HISTORIA MEXICANA

82

En su Vigésimo

ANIVERSARIO

EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MEXICANA

82

En su Vigésimo

ANIVERSARIO

EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MEXICANA

REVISTA TRIMESTRAL PUBLICADA POR EL COLEGIO DE MÉXICO

Fundador: Daniel Cosío Villegas

Director: Enrique Florescano

VOL. XXI OCTUBRE-DICIEMBRE 1971 NÚM. 2

SUMARIO

HISTORIA MEXICANA aparece los días 1º de julio, octubre, enero y abril de cada año. El número suelto vale en el interior del país $ 15.00 y en el extranjero Dls. 1.50; la suscripción anual, respectivamente, $ 50.00 y Dls. 5.50.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

por

Fuentes Impresores, S. A., Centeno, 4-B, México 13, D. F.

PRESENTACIÓN

El primer número de *Historia Mexicana* apareció en el año de 1951, cuando era muy sensible en el país "la falta de una revista académica seria, estable, sin prejuicios o banderías, que acogiera los trabajos sobre historia mexicana de mexicanos y extranjeros". 1951 no parece muy distante; pero en ese tiempo era una hazaña publicar sostenidamente una revista de esas características, y aún más conseguir los medios para su financiamiento. Prueba de ello es que su fundador, don Daniel Cosío Villegas, y el grupo de colaboradores que unió sus esfuerzos a esa empresa —Arturo Arnáiz y Freg, Alfonso Caso, Wigberto Jiménez Moreno, Agustín Yáñez y Silvio Zavala—, tuvieron que dedicar casi tanto tiempo y esfuerzo a constituir una revista de alto nivel académico, como a buscar los fondos para asegurar su continuidad. Ésta ha sido posible, como lo muestran palpablemente los 82 números que hasta hoy componen la colección de *Historia Mexicana,* gracias al apoyo que desde sus orígenes le otorgó El Colegio de México, institución que amparó su nacimiento y supo crearle bases sólidas para su posterior desenvolvimiento material e intelectual.

Durante varios años *Historia Mexicana* ha cumplido el compromiso de salir al público, regularmente y sin interrupción, cuatro veces cada año. Esto, que puede considerarse como una hazaña en nuestros medios académicos, no es ni con mucho su mayor mérito. Del excelente índice preparado por el profesor Luis Muro para conmemorar el vigésimo aniversario de la revista y facilitar su manejo, se desprenden hechos más significativos.

He aquí algunos. Durante veinte años *Historia Mexicana* ha sido vehículo de expresión para más de 360 autores, quienes han publicado en ella poco más de 850 colaboraciones. Un análisis atento de esos estudios muestra que *Historia Mexicana* ha divulgado las primicias o los

resultados acabados de investigaciones hechas por los más distinguidos historiadores nacionales y extranjeros; ha mantenido constantemente abiertas sus páginas a los historiadores de provincia; y ha publicado por primera vez a decenas de investigadores jóvenes, que, antes de publicar un libro, labraron un nombre a través de sus colaboraciones en la revista. Esta apertura explica que en sus páginas puedan encontrarse tanto las tendencias temáticas, teóricas y metodológicas de los historiadores extranjeros que se ocupan de México, como las que han caracterizado el trabajo histórico de varias generaciones y "escuelas" de mexicanos. De ahí que pueda decirse, casi con certeza, que todas las corrientes de interpretación histórica que han tenido vigencia en el quehacer histórico mexicanista, están representadas en los veinte volúmenes que integran la colección de *Historia Mexicana.* Y recordémoslo: hacer de la revista un foro permanentemente abierto a todos los estudiosos de la historia nacional, fue una de las ideas centrales que propiciaron su nacimiento.

Punto de reunión de los historiadores que se ocupan de México, *Historia Mexicana* ha sido también el órgano que mejor expresa la variada gama de temas e intereses que ha movido a la investigación en los dos últimos decenios. No obstante que en ese lapso han aparecido otras publicaciones nacionales y extranjeras especializadas en diversos períodos y temas de nuestra historia, *Historia Mexicana* continúa siendo la revista que recoge y refleja las tendencias mayores de la investigación sobre el pasado del país. He aquí las pruebas: en veinte años de existencia ha publicado 45 artículos sobre la época prehispánica; 43 sobre el período del descubrimiento, conquista y colonización; 148 acerca de la época colonial; 39 sobre la Independencia; 88 sobre el período que va de 1821 a 1857; 65 acerca de la Reforma y el Imperio de Maximiliano; 110 sobre la República restaurada y el gobierno de Porfirio Díaz; 114 sobre la Revolución de 1910 y el pa-

sado inmediato; y 67 artículos sobre diversos temas que no caben en la anterior clasificación por épocas.[1] O sea que la revista sigue siendo, como lo desearon sus fundadores, expresión de *toda la historia mexicana,* y fiel indicador de sus tendencias.

Al lado del interés de crear una revista que recogiera estudios acerca de toda la historia mexicana, desde los primeros números se manifestó el justificado deseo de ofrecer la indispensable información documental, bibliográfica y crítica, sin la cual no es posible el desarrollo de los estudios históricos, ni la formación de una mentalidad histórica crítica y alerta. Esto explica la inserción en la revista de las secciones de Archivos, Testimonios y Bibliografía, las cuales han facilitado considerablemente el trabajo de investigación y ampliado el conocimiento de las fuentes con que cuenta hoy el historiador. Hasta la fecha, la revista ha publicado 76 estudios bibliográficos e informes sobre archivos. Debe decirse, además, que de su sección bibliográfica emergió la hoy independiente *Bibliografía Histórica Mexicana,* que desde 1967 viene preparando la profesora Susana Uribe y que ha recopilado 17 991 cédulas bibliográficas sobre temas mexicanos.[2]

Junto a estos propósitos, *Historia Mexicana* se adscribió la difícil tarea —en nuestro medio— de estimular la crítica sobre la obra de los historiadores, y de alentar la reflexión sobre el sentido y la concepción del quehacer histórico entre los mexicanos. Prueba de ello es la publicación de cerca de 400 reseñas bibliográficas y notas críticas que han aparecido en la revista, y de más de 70 estudios consagrados al análisis de las teorías, las ideas y las formas de historiar que han adoptado los mexicanos o

1 Éstas y las demás cifras que aparecen aquí no son rigurosamente exactas; sólo pretenden servir de indicadores. Fueron sacadas de *Historia Mexicana. Índice de los volúmenes I-XX (julio 1951-junio 1971),* preparado por Luis Muro. México, El Colegio de México, 1971. 121 pp.

2 Véase *Bibliografía Histórica Mexicana.* México, El Colegio de México, 1967-1970. 4 tomos.

que han influido en la enseñanza de la historia. Las páginas de reseña y notas críticas sobre obras históricas, han divulgado lo hecho fuera y dentro del país, convirtiéndose cada vez más en instrumentos de análisis y crítica objetiva, donde se han ventilado con seriedad y profesionalismo célebres debates sobre la obra y las ideas de los historiadores. Y no hay que olvidar que entre los estudios dedicados al análisis historiográfico, se cuentan las mejores páginas de crítica y reflexión que se han producido en el país en los últimos años acerca de las tareas del historiador.

Tales son, en resumen, algunas de las principales aportaciones que *Historia Mexicana* ha hecho al conocimiento de la historia nacional y al desarrollo de los estudios históricos en México. Cabría agregar que el cumplimiento de esas grandes tareas no hubiera sido posible sin la amplia visión de su destino que le inculcaron sus fundadores, y sin la renovada entrega de esfuerzo, cariño, profesionalismo y pasión que le han dado las personas y equipos que sucesivamente se han encargado de su dirección. En veinte años la revista ha renovado varias veces sus equipos de dirección, y esto le ha permitido renovar continuamente su propósito original de ser una revista abierta a todas las corrientes y atenta a los cambios que renuevan el quehacer historiográfico.

Nada mejor, entonces, que dedicar este número conmemorativo de sus veinte años de vida a las nuevas perspectivas de investigación que pueden enriquecer el conocimiento de la historia mexicana. Mostrar otros temas y caminos poco o nada transitados por la historiografía nacional, proponer a partir de lo hecho nuevas metas y señalar la posibilidad de aplicar otros métodos y enfoques en el análisis de los problemas históricos, tal es el propósito de éste y de otros números de *Historia Mexicana* que actualmente se preparan. Con ello, sus editores y colaboradores de hoy creen continuar una vieja tra-

dición de la revista y rendir homenaje al equipo que en el transcurso de veinte años ha hecho de *Historia Mexicana* "la revista más importante de entre las consagradas a la historia de México en este siglo".[3]

E. F.

[3] ROBERT A. POTASH: "Historiografía del México Independiente", *Historia Mexicana*, vol. X, enero-marzo 1961, pp. 361-412.

PERSPECTIVAS DE LA INVESTIGACIÓN SOBRE LA HISTORIA PREHISPÁNICA DE MÉXICO

Miguel León-Portilla
Universidad Nacional Autónoma de México

Parece conveniente recordar algunas de las razones principales que no sólo justifican, sino vuelven también particularmente atractiva la investigación en torno a la historia antigua de México. La primera, y tal vez la más obvia, puede enunciarse así: el pasado prehispánico constituye el más profundo sustrato del ser histórico de la moderna nación mexicana. Sería imposible intentar comprender nuestra realidad cultural contemporánea si se prescindiera de sus antecedentes indígenas. En ellos, al igual que en los de origen hispánico y occidental, deben buscarse las raíces de los complejos procesos de formación del moderno pueblo mestizo.

Una segunda razón la ofrece el hecho de la presencia de varios millones de indígenas, descendientes de los pobladores prehispánicos. No puede intentarse investigación alguna sobre la actual cultura de los grupos nativos, ni acerca de sus relaciones de participación en la vida política, social y económica de México, haciendo caso omiso de sus antecedentes más antiguos.

Hay otra razón, que es la que principalmente confiere validez y significación universales al estudio, por sí mismo, del pasado prehispánico. La evolución cultural de Mesoamérica —básicamente aislada de influencias externas— constituye una experiencia histórica de excepcional interés. En esta porción del Nuevo Mundo se desarrollaron autónomamente diversas formas de alta cultura y asimismo los elementos que

integraron en sentido estricto una civilización. Para conocer lo que ella fue puede acudirse a los múltiples vestigios materiales que estudia la arqueología y también a un rico caudal de testimonios genuinamente históricos: las inscripciones, los códigos pictográficos, los textos en lenguas indígenas, recopilación de antiguas tradiciones, y las obras de los cronistas posteriores a la conquista. Fuera del caso de las civilizaciones clásicas del Viejo Mundo, no hay otro ejemplo que pueda compararse con el del México antiguo desde el punto de vista de la abundancia de los testimonios históricos. Muchos de éstos, conviene repetirlo, provienen de los mismos creadores de las culturas prehispánicas que, en diversas formas, llegaron a desarrollar una conciencia histórica. En este sentido, la experiencia mesoamericana tiene un rango que sólo cabe parangonar con el de los otros florecimientos más antiguos del Cercano Oriente, del Valle del Indus y del Río Amarillo en China. Esto explica por qué el pasado prehispánico de México ha sido tema de la atención de no pocos historiadores y filósofos de la cultura.

Desde muy pocos años después de la conquista, surgió de hecho el interés por conocer las antigüedades indígenas. De un modo o de otro, a lo largo de la época colonial, se continuaron estos estudios que se vigorizaron ya en pleno siglo XIX. Con más amplias perspectivas, y teniendo como objetivo la comprensión de realidades culturales consideradas de interés universal, actualmente la investigación se lleva a cabo en diversos centros como la Universidad Nacional, el Instituto de Antropología e Historia, El Colegio de México y otras instituciones. Larga sería la lista de los lugares en que, fuera de México, desde hace ya mucho tiempo, se atiende asimismo científicamente al pasado mesoamericano. Entre los países cuyos historiadores y antropólogos han logrado importantes contribuciones en este campo deben mencionarse al menos Alemania, Francia, España, Inglaterra y los Estados Unidos de Norteamérica.

Las perspectivas de la investigación sobre Mesoamérica presentan muy distintos aspectos. De manera general puede

afirmarse que hay áreas culturales que han sido objeto de mayor atención, en tanto que existen otras relativamente poco estudiadas. Esto es válido tanto en lo que se refiere a las investigaciones arqueológicas como a las de carácter más específicamente histórico. Entre los horizontes culturales que han sido objeto de mayor estudio, tienen la primacía los que corresponden a los pueblos de idioma náhuatl y de distintas lenguas de la familia maya. A continuación habrá que mencionar las culturas de la zona del Golfo y del área oaxaqueña. En cambio, menos abundantes han sido las investigaciones sobre el pasado de grupos como los otomíes, los tarascos y otros de la llamada región del occidente de México. Esta consideración de carácter general muestra ya que, aun en el aspecto más obvio de las áreas culturales, ha habido formas no iguales de interés que dejan entrever perspectivas distintas para la investigación que en el futuro deberá llevarse a cabo.

Es necesario fijar ahora la atención, de manera más directa, en lo que se refiere a las posibilidades que ofrece el estudio de las distintas fuentes, así como los temas de investigaciones monográficas que desde luego asimismo se requieren.

Por lo que toca a las fuentes, pueden éstas distribuirse en las siguientes categorías:

a) Códices pictográficos; *b)* Textos en lenguas indígenas en los que se conservan antiguas tradiciones; *c)* Crónicas e historias del siglo XVI y principios del XVII; *d)* Elementos proporcionados por las investigaciones arqueológicas y por los trabajos etnológicos entre grupos indígenas contemporáneos.

a) *Códices pictográficos.* Sin lugar a duda son los antiguos manuscritos indígenas, al igual que las inscripciones en diversos monumentos y objetos, la fuente más genuina de carácter histórico que ha llegado a nosotros. Aquí las perspectivas de la investigación parecen no tener límites. Por una parte subsiste el problema del desciframiento de la escritura

maya. Es verdad que se han preparado ya catálogos de glifos de los códices como el de Günter Zimmermann [1] y los de J. Eric S. Thompson,[2] en los que se toman en cuenta además numerosas inscripciones. También otros especialistas en la Universidad Nacional y en centros de investigación de Alemania y la Unión Soviética se ocupan actualmente en esta materia aprovechando las posibilidades de las computadoras electrónicas. Este campo. no obstante, continúa abierto a aportaciones que pueden llegar a ser de suma importancia. Vale la pena pensar en lo que podrá alcanzarse a través de la lectura de miles de inscripciones que se conservan provenientes del ámbito de la cultura maya.

Si bien la escritura de los pueblos mixtecas y nahuas no ofrece un problema de tal magnitud, existe sin embargo la urgencia de llegar a contar con catálogos de sus correspondientes glifos. Hay algunos estudios, entre otros, los preparados por Peñafiel,[3] Barlow,[4] y Dibble [5] pero, en realidad, como este último autor lo ha notado, "el escaso conocimiento del estudiante del método mexicano de hacer dibujos de objetos y de indicar sonidos, a veces causa perplejidad y desaliento".[6] Aunque muchas veces se recuerda con exclamacio-

[1] GÜNTER ZIMMERMANN, *Die Hieroglyphen der Maya-Handschriften*, Universität Hamburg, Abhandlungen aus dem Gebiet der Auslandkunde, Vol. LXVII, Reihe B, 1956.

[2] J. ERIC S. THOMPSON, *Maya hieroglyphic writing*, Norman University of Oklahoma Press, 1960; y *A Catalog of Maya hieroglyphs*, Norman University of Oklahoma Press, 1962.

[3] En su obra: *Nombres geográficos de México. Catálogo alfabético de los nombres de lugar pertenecientes al idioma náhuatl. Estudio jeroglífico*, Oficina de la Secretaría de Fomento, México, 1885.

[4] ROBERT H. BARLOW y BYRON MACAFEE, *Diccionario de elementos fonéticos en escritura jeroglífica (Códice Mendocino)*, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1949. ROBERT H. BARLOW, "Glifos toponímicos de los códices mixtecos", *Tlalocan*, México, 1947, Vol. II, p. 285-286.

[5] CHALES E. DIBBLE, "El antiguo sistema de escritura en México", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, 1940, T. IV, p. 105-128.

[6] *Ibid.*, p. 105.

nes de dolor que la mayor parte de los antiguos códices se perdieron como consecuencia de la conquista, subsiste el hecho de que hasta hoy no existen adecuados estudios ni comentarios de un considerable número de estos manuscritos, algunos prehispánicos y muchos elaborados con técnica indígena en años posteriores, durante el siglo XVI. En nuestro medio, el recientemente desaparecido don Alfonso Caso dejó un ejemplo digno de ser continuado con sus magníficas ediciones y comentarios de tres códices mexicanos, el *Bodley*, el *Selden* y el *Colombino*.

Por lo que toca a las posibilidades de estudio de códices, principalmente poshispánicos, bastará con mencionar las colecciones que de éstos se conservan en el Museo Nacional de Antropología de México y en la Biblioteca Nacional de París. Véanse a este respecto los catálogos que de ellos han preparado Eugene Boban [7] y John B. Glass.[8] Huelga ponderar la importancia que tendrá para la historia antigua de México disponer de ediciones y estudios críticos de estos centenares de documentos.

b) *Textos en lenguas indígenas.* La importancia de esta segunda categoría de fuentes se debe a que en estos textos —principalmente en lengua náhuatl y también en varias de la familia maya—, se incluyen antiguas tradiciones históricas al igual que diversas formas de comentarios formulados por indígenas del siglo XVI, en ocasiones sobre la base de sus códices pictográficos. Durante las últimas décadas han sido más frecuentes los estudios en relación con estos materiales. Prin-

[7] EUGENE BOBAN, *Documents pour servir a l'histoire du Mexique.* Catologue raisonné de la collection de M. E. Goupil. Ancien collection J. M. A. Aubin, 2 vols. y atlas, París, 1891.

[8] JOHN B. GLASS, *Catálogo de la colección de códices,* Museo Nacional de Antropología, México, 1964. Puede consultarse además, por lo que se refiere en general a manuscritos pictográficos mesoamericanos de importancia primaria para la historia: MIGUEL LEÓN-PORTILLA y SALVADOR MATEOS HIGUERA, *Catálogo de los códices indígenas del México antiguo,* Suplemento del *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda,* año III, núm. 11, México, 1957.

cipalmente en México, Alemania y los Estados Unidos han aparecido ediciones de algunos de ellos con versión paleográfica y traducción al español, alemán o inglés. Entre los investigadores que han hecho aportaciones en este campo deben citarse los nombres de Eduard Seler, Francisco del Paso y Troncoso, Walter Lehmann, Leonhard Schultze Jena, Ernst Mengin, Ángel María Garibay K., Adrián Recinos, Wigberto Jiménez Moreno, Adrián León, Primo F. Velázquez, Ralph L. Roys, Alfredo Barrera Vázquez, Charles E. Dibble, Arthur O. Anderson, Günter Zimmermann, Munro S. Edmonson, Miguel León-Portilla y Alfredo López Austin.

Estos estudiosos se han ocupado de manuscritos tan importantes como algunos de los libros mayas de los *Chilam Balam*, del *Popol Vuh* de los quichés y de los *Anales de los cakchiqueles* y, en lo que toca a documentos nahuas, de varias porciones de los *Códices Matritenses*, del texto íntegro del *Códice Florentino*, de los *Anales de Cuauhtitlán*, de los de *Tlatelolco*, de la *Historia tolteca-chichimeca*, de las colecciones de *Cantares mexicanos* y de algunos *Huehuetlatolli*, discursos de los ancianos.

Continúan, por otra parte, abiertas las posibilidades de proseguir el estudio de éstas y de otras fuentes. De hecho se conocen numerosos textos indígenas de los siglos XVI y principios del XVII que permanecen inéditos. Pueden mencionarse, como ejemplo, otros libros de los *Chilam Balam*, más de doce, que no han sido aún estudiados ni publicados.[9] Otro tanto puede decirse de manuscritos nahuas como diversas colecciones de *Huehuetlatolli*, varias porciones de los *Códices Matritenses*, algunos anales de lugares de la región central de México y obras de cronistas indígenas que, como en el caso de la *Crónica* del tlaxcalteca Juan Ventura Zapata, no han sido objeto de atención hasta el presente.

Pero, al lado de la necesidad de sacar a luz esos y otros

[9] Véase a este respecto: ALFREDO BARRERA VÁZQUEZ y SYLVANUS G. MORLEY, *The Maya Chronicles*, Carnegie Institution of Washington Publication 585, 1949.

documentos, existe otra urgencia en cierto modo más apremiante. Se refiere ésta al análisis y valoración que, con rígida metodología crítica, debe hacerse de todo este tipo de fuentes. Hasta ahora han sido muy raros los estudios en los que se busca establecer las interrelaciones que pueden tener algunas de estas fuentes entre sí. Paralelamente es indispensable distinguir y precisar la procedencia de las varias especies de información que en ellas se contienen. En algunos casos puede tratarse de tradiciones que fueron memorizadas sistemáticamente desde épocas considerablemente anteriores a la conquista. En otros, el documento refleja quizás tan sólo la opinión del indígena informante, influida ya, en distintos grados, por formas de pensamiento de origen occidental. En pocas palabras, una muy deseable perspectiva de la investigación será precisamente la de someter a la más rigurosa crítica todo este caudal de documentos, los ya publicados y los que permanecen inéditos. No quiere decir esto desde luego que carezca de valor cuanto hasta hoy se ha logrado. Significa ello, por el contrario, que, como ha ocurrido respecto de los textos clásicos de las culturas del Viejo Mundo, es necesario que también los mesoamericanos se beneficien con el desarrollo de los métodos filológicos, lingüísticos y de la crítica histórica contemporánea. Como más abajo habremos de notarlo, las investigaciones que en esta materia deberán de proseguirse, tendrán que tomar en cuenta asimismo, de manera muy especial, las aportaciones de la arqueología y de los trabajos etnológicos entre grupos indígenas sobrevivientes.

c) *Crónicas e historias del siglo XVI y principios del XVII.* Las consideraciones que pueden formularse en este punto guardan semejanza con las ya expresadas a propósito de los textos indígenas. Igualmente son muy numerosas las crónicas e historias escritas por frailes misioneros, funcionarios de la Corona y otros personajes españoles, criollos, mestizos e indígenas en los tiempos que siguieron a la conquista. Aunque de la mayor parte de esos trabajos comenzaron a prepararse ediciones, principalmente a partir del siglo XIX, sin género de duda hace falta volver a acercarse a ellos con

una actitud crítica y revisionista. Grandemente meritorios fueron los empeños de don Joaquín García Icazbalceta, don Manuel Orozco y Berra y otros que se ocuparon en sacar por vez primera a luz las obras de esos cronistas. Hoy en día, sin embargo, se dispone de conocimientos y métodos que permiten nuevas formas de análisis y crítica de la más temprana historiografía colonial, tan importante para el estudio del pasado indígena.

Una muestra de lo que puede ser esta tarea la ofrecen, por ejemplo, el admirable trabajo de Alfred L. Tozzer sobre la *Relación de las cosas de Yucatán* de fray Diego de Landa, así como las modernas ediciones preparadas por Edmundo O'Gorman de la *Historia natural y moral de las Indias* de Joseph de Acosta, de la *Apologética historia sumaria* de fray Bartolomé de las Casas y de los *Memoriales* e *Historia de los indios de Nueva España* de Motolinía, este último trabajo en proceso de publicación. Labor de seminario en la Facultad de Filosofía y Letras y en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional es actualmente un análisis pormenorizado de la *Monarquía Indiana* de fray Juan de Torquemada, estudiada en relación con las fuentes indígenas y españolas que han podido consultarse con el fin de precisar lo que realmente fue la aportación del franciscano.

Para tomar conciencia de las perspectivas de investigación que existen en torno a estas crónicas e historias bastará con aducir los títulos de algunas, particularmente requeridas de análisis y valoración críticas: las *Relaciones* y la *Historia chichimeca* de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, la *Relación breve* y la *Historia* del oidor Alonso de Zurita, la *Historia general de las cosas de Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún, tomando íntegramente en cuenta el texto del *Códice Florentino;* la *Historia Eclesiástica Indiana* de fray Jerónimo de Mendieta, la *Palestra Historial* de fray Francisco de Burgos, la *Crónica Mexicana* de Fernando Alvarado Tezozómoc, en correlación con los otros testimonios derivados de la llamada "Crónica X", la *Historia de Yucatán* de Diego

López de Cogolludo, el conjunto de las *Relaciones* y el *Diario* de Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, la ya mencionada *Crónica de Tlaxcala* de Juan Ventura Zapata, los fragmentos de la *Crónica* de Cristóbal del Castillo, al igual que otros textos que resultaría largo enumerar.

Y podría añadirse aquí algo que es también válido a propósito de los textos en lenguas indígenas: la búsqueda en los archivos puede proporcionar sorpresas en esta materia. No es mera hipótesis esperar un fortuito hallazgo de tanta importancia como sería toparse con la obra histórica de fray Andrés de Olmos o con la "Crónica X", uno de los principales testimonios de que se valieron autores como Diego Durán y Alvarado Tezozómoc.

d) *Elementos proporcionados por las investigaciones arqueológicas y por los trabajos etnológicos entre grupos indígenas contemporáneos.* No parece superfluo insistir en este punto. Si las investigaciones sobre la historia prehispánica han de proseguirse sobre base firme, deberá tomarse en cuenta, cada vez más, la ininterrumpida serie de aportaciones de la arqueología y también, con rigor crítico, los datos que puedan derivarse de la etnología aplicada al estudio de poblaciones indígenas contemporáneas. En este sentido el intercambio de información entre historiadores, arqueólogos y etnólogos resulta indispensable. Como una muestra de lo que ha habido ya en el pasado, pueden recordarse las varias mesas redondas organizadas por la Sociedad Mexicana de Antropología. En ellas se discutieron, desde los más diversos puntos de vista, problemas de tanto interés como el de Tula y los toltecas, el del probable origen de la cultura olmeca, y el de huastecos y totonacos en la antigüedad y en el presente.

Entre los investigadores que en sus trabajos sobre historia prehispánica han tomado en cuenta lo arqueológico y lo etnológico, tienen lugar distinguido Eduard Seler, Alfonso Caso, Wigberto Jiménez Moreno, Alfred L. Tozzer y J. Eric S. Thompson. Un libro recientemente publicado por este último

mo, *Maya History and Religion,*[10] muestra cómo puede enriquecerse sorprendentemente un estudio de tema mesoamericano, gracias al aprovechamiento conjunto de los testimonios de los códices, de los manuscritos más tardíos en lenguas indígenas, de las crónicas e historias, de los hallazgos de la arqueología y de las investigaciones etnológicas. Favorables perspectivas tienen los estudiosos que prosigan la búsqueda, con un enfoque cada vez más amplio, sobre la base de una interrelación de aportaciones como la que se ha apuntado. Corresponderá incluso a los historiadores, en casos específicos, sugerir al arqueólogo o al etnólogo determinados problemas que plantean los testimonios escritos y que posiblemente logren esclarecerse por medio de la integración de informaciones derivadas de métodos distintos, pero todos dirigidos a conocer la realidad cultural de Mesoamérica.

Hemos tratado hasta aquí de lo que se refiere a las fuentes. Toca ahora considerar algunas de las posibilidades que se presentan en aquello que más puede concernir al historiador, es decir en el terreno de las investigaciones sobre aspectos e instituciones a lo largo de los distintos períodos en la evolución del México antiguo.

Perspectivas en las investigaciones monográficas

También durante las últimas décadas se han incrementatado considerablemente los estudios sobre aspectos e instituciones del pasado prehispánico. De hecho, hoy más que nunca, el campo se halla dispuesto para investigaciones de mayor penetración y más amplias perspectivas. Tal cosa se debe sobre todo al mejor conocimiento que se ha alcanzado de las distintas fuentes históricas y también a las cada vez más grandes aportaciones de la arqueología y de otras disciplinas. Se dispone además de medios que, en determinados casos, pue-

[10] J. ERIC S. THOMPSON, *Maya History and Religion,* Norman, University of Oklahoma Press, 1970.

den coadyuvar a un procesamiento más eficiente de los elementos de información. Ahora bien, al igual que en relación con cualquier otro tema de contenido histórico, corresponde al investigador elaborar no sólo síntesis coherentes sino, lo que más importa, interpretaciones críticamente significativas. Y no deberá soslayarse aquí la dificultad que implica el hecho de que, quien desea comprender un contexto cultural muy distinto del suyo propio, tiene que despojarse de un sinfín de prejuicios. Problemas como éste y otros de índole parecida sólo podrán ser superados tal vez por el estudioso familiarizado realmente con el caudal de los testimonios prehispánicos. Requisito indispensable será, por ejemplo, conocer los correspondientes idiomas nativos.

La toma de conciencia de la complejidad de las fuentes históricas y de las renovadas aportaciones de la arqueología, ha traído consigo, entre otras consecuencias, la idea de que elaborar una obra de conjunto sobre el pasado prehispánico es tarea que parece rebasar por completo las posibilidades de un trabajo individual. A reserva de considerar después si es o no factible un proyecto de tal naturaleza, trataremos ahora de lo que ha recibido mayor atención y sigue requiriendo ulteriores investigaciones: los estudios monográficos sobre aspectos e instituciones de la antigüedad mesoamericana. En este terreno se sitúan los temas de la evolución en las formas de organización social y política; igualmente cuanto concierne a la aparición del urbanismo y, como asunto que se relaciona con los anteriores, el de la historia económica prehispánica. Otras materias son la religión y pensamiento con todo aquello que les fue afín: la educación, la escritura, la lengua, los sistemas calendáricos y la rica gama de creaciones artísticas. Puede además pensarse en otra suerte de problemas como los que se derivan de la periodización de los varios horizontes culturales y asimismo de las interrelaciones que, en diversas épocas, existieron entre distintos focos y subáreas de cultura en Mesoamérica.

Los temas de la organización social y política, al igual que los de la aparición de un urbanismo y de diversas for-

mas de estructura económica, innegablemente han sido objeto de copiosas investigaciones. La trayectoria de éstas se ha visto normada por tendencias diferentes. Hubo historiadores que se limitaron a meras descripciones, basándose principalmente en testimonios de los cronistas del siglo XVI. Muchas veces se aplicaron entonces conceptos de origen occidental para elucidar por medio de ellos los fenómenos sociales, políticos y económicos del mundo indígena. Más tarde, la revisión crítica emprendida por Adolph F. Bandelier significó un cambio radical de enfoque. A la luz de teorías como las expresadas por Lewis H. Morgan en su *Sociedad antigua,* se hicieron a un lado las afirmaciones sobre la existencia de "monarquías e imperios" para destacar el carácter de una relación gentilicia, o sea tribal y de parentesco, en las distintas sociedades prehispánicas. Finalmente, nuevas maneras de revisión, con apoyo en fuentes que no se habían tomado en cuenta, llevó a investigadores como Manuel M. Moreno, Arturo Monzón, Salvador Toscano, Alfonso Caso, Alfredo López Austin y Friedrich Katz, a conclusiones que distan mucho de la tesis sostenida por Bandelier. De cualquier modo que se considere esta materia, es un hecho que los acercamientos más recientes llevan consigo un manifiesto sentido crítico.

Mas a pesar de lo que hasta ahora se ha logrado, quedan aún muchos aspectos por elucidar a propósito de formas de organización como la del *calpulli* o la que implica la existencia en determinados momentos de clases sociales y la aparición de grupos con indiscutible prepotencia económica como en el caso de los *pochtecas* o mercaderes. El tema de las alianzas o confederaciones entre diversos pueblos y estados indígenas continúa abierto a investigaciones más acuciosas. Por lo que toca a la evolución y a las variantes de la economía prehispánica, las perspectivas son todavía más amplias. Con base en los códices, en textos indígenas, en los hallazgos de la arqueología, y en otros testimonios procedentes de la época colonial, deben revisarse las tesis hasta hoy formuladas sobre lo que fueron, en las áreas culturales más importantes,

las bases, las fuerzas y las relaciones de producción; la tecnología de que llegó a disponerse, las formas de subsistencia, la propiedad de la tierra y de elaboración de productos, industrias y artesanías, sistemas de tributación, de trueque y en general cuanto se refiere a la institución del comercio. Hasta hoy son escasos los trabajos con análisis críticos acerca de los puntos que se han citado. En realidad se requieren investigaciones en las que se busque cuantificar y no sólo describir, tales aspectos de la economía. Tomando en cuenta, por ejemplo, la metodología de la llamada "arqueología matemática", en la que se hace uso de medios como las computadoras electrónicas, podrán tal vez lograrse aportaciones significativas en este campo.

A este propósito mencionaremos también la necesidad que hay de trabajos en los que se busque precisar las relaciones que existieron entre los factores económicos y otros aspectos del cambio cultural. Puede pensarse en estudios sobre la evolución de la economía agrícola en Mesoamérica, desde el período preclásico hasta los tiempos inmediatos a la conquista, llevados a cabo por equipos de especialistas de muy distintas disciplinas. Entre otras cosas, estas investigaciones incluirán en su enfoque los métodos de la etnobotánica, análisis de vestigios de las más antiguas formas de cultivo, estudios de problemas ecológicos, de una eventual existencia de irrigación, etcétera. Para realizar esto se dispone hoy de técnicas que van desde la fotografía aérea, el análisis de suelos, la ecología aplicada a la evolución del medio ambiente, hasta nuevas formas de valoración cuantificada de los hallazgos arqueológicos que, a su vez, en el caso de los períodos clásico y posclásico mesoamericanos, se enriquecerán además con la posibilidad del testimonio histórico.

Pasando ahora a las "instituciones de cultura espiritual", puede afirmarse que también respecto de ellas hay amplias perspectivas de investigación. Aunque quizás sea correcto hablar de "una religión mesoamericana", por otra parte es innegable que, a lo largo de la evolución de las distintas subáreas del México antiguo, surgieron múltiples diferencias.

Esto parece ser válido a propósito de los ritos, ceremonias, organización sacerdotal, creencias populares, mitos y doctrinas o sistemas de pensamiento de los sacerdotes y sabios. Para dar un ejemplo de lo mucho que queda aquí por investigar, puede señalarse que no existe un estudio, hecho sobre el conjunto de las fuentes de que se dispone, acerca del ritual y significado de los ciclos de fiestas a lo largo del año solar, en áreas como las del mundo náhuatl o maya en cualquiera de sus diferentes períodos. Si los varios sistemas de cómputos calendáricos llegaron a tener respecto de los ciclos de fiestas una función normativa, cabe preguntarse igualmente acerca de otras formas de interrelación entre lo calendárico y lo religioso.

De hecho hace falta precisar hasta qué grado los sistemas cronológicos y calendáricos funcionaron como una especie de estructura o columna vertebral, en relación con las realidades religiosas, económicas, sociales y políticas de los distintos grupos mesoamericanos.

Temas como religión y magia y sus implicaciones, por ejemplo en el caso de la medicina indígena, mantienen permanente relación con los estudios etnológicos contemporáneos. Insistir en esto es necesario ya que hasta hoy en numerosas obras sobre rasgos y elementos de la religión prehispánica, no es frecuente encontrar que se hayan tomado en cuenta —críticamente analizadas y correlacionadas— cuantas posibilidades de información de hecho existen. Digamos al menos que, en ocasiones, la utilización de determinadas fuentes es difícil, como sucede con algunos códices sobre los que no ha habido interpretaciones ni comentarios. Tal consideración obliga a reiterar la urgencia de trabajos sobre los testimonios primarios que se tienen por conocidos pero que no han sido realmente analizados.

Puede añadirse finalmente que, para llevar a cabo más adecuadamente estudios del fenómeno religioso mesoamericano, contribuirá en gran medida que el investigador conozca los métodos y teorías formuladas por especialistas interesados en materias afines, desde el punto de vista de discipli-

nas como la psicología, la sociología, la filosofía y la historia comparada de las religiones.

Dada la abundancia de testimonios históricos de origen prehispánico, es asimismo posible inquirir sobre lo que pensaron los sabios y sacerdotes a propósito de una gran variedad de cuestiones. Por una parte está el campo de la producción literaria en lenguas indígenas. Los trabajos llevados a cabo por el doctor Ángel Ma. Garibay K., han mostrado la importancia de un enfoque esencialmente humanista sobre esta materia.[11] Respecto de la cultura maya existen asimismo las valiosas contribuciones de Ralph L. Roys, Adrián Recinos y Alfredo Barrera Vásquez.[12] Mucho es, sin embargo, lo que queda aún por ser estudiado. De manera semejante cabe analizar en los antiguos textos determinadas formas de expresión, fruto de especulaciones religiosas y aun filosóficas. De este tipo de análisis se tienen algunos primeros resultados, pero sin duda son grandes las perspectivas si se prosiguen con metodología cada vez más rigurosamente crítica. Lo que personalmente he ofrecido acerca de la filosofía náhuatl es quizás sólo una primera manera de ensayo.[13] La gama de cuestiones, que pueden plantearse con acercamientos parecidos, abarca puntos como los siguientes. ¿Qué pen-

[11] Entre otras cosas, véase su *Historia de la literatura náhuatl,* Editorial Porrúa, 2 vols., México, 1953-1954, así como las varias ediciones que preparó de textos poéticos: *Poesía náhuatl,* Universidad Nacional, Instituto de Investigaciones Históricas, I-III, 3 vols., México, 1963-1967.

[12] Entre las ediciones preparadas por estos investigadores están: Ralph L. Roys, *The Book of Chilam Balam of Chumayel,* 2ª ed., Norman, University of Oklahoma Press, 1967. *Ritual of the Bacaabs,* Norman, University of Oklahoma Press, 1965. Adrián Recinos, Popol Vuh *Las antiguas historias del quiché,* Fondo de Cultura Económica, 2ª edición, México, 1958. Alfredo Barrera Vásquez y Silvia Rendón. *El libro de los libros de Chilam Balam,* Fondo de Cultura Económica, México, 1948. Alfredo Barrera Vásquez, *El libro de los cantares de Dzitbalché,* Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1965.

[13] Miguel León-Portilla, *La filosofía náhuatl, estudiada en sus fuentes,* Universidad Nacional, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 3ª edición, 1966.

saron los sacerdotes y sabios náhuas o mayas acerca de sus creaciones que hoy llamamos artísticas? ¿Qué sentido tuvo para ellos preservar el recuerdo del pasado? ¿Cómo concibieron sus sistemas educativos? ¿Qué diferencias de opinión llegaron a manifestar sobre sus creencias y prácticas religiosas? ¿Qué dejaron dicho acerca de su organización social y política, de sus actividades agrícolas, de sus propósitos al emprender una guerra, de la importancia que atribuían a sus sistemas de comercio? La existencia de testimonios escritos permitirá en muchos casos descubrir una respuesta a través de lo que fue la tradición del hombre prehispánico. Se abre así un mundo de posibilidades para valorar más hondamente la realidad cultural de los pueblos mesoamericanos que vivieron en el marco de una civilización y fueron dueños de una peculiar manera de conciencia histórica.

Otro tipo de estudio particularmente atractivo lo constituyen el análisis y valoración estéticas del arte prehispánico. También aquí las perspectivas son casi ilimitadas. No obstante que con gran frecuencia aparecen obras sobre las creaciones artísticas del México antiguo, debe reconocerse que muchas de ellas más que nada son álbumes con excelentes fotografías y precarias introducciones. Entre las más serias contribuciones que hasta hoy se han hecho, mencionaremos las de Paul Westheim y Justino Fernández. El primero publicó libros como el *Arte antiguo de México* e *Ideas fundamentales del arte prehispánico,* concebidos a la luz del pensamiento estético de Wilhelm Worringer. Por su parte Justino Fernández, sobre todo en su libro, *Coatlicue, estética del arte indígena antiguo,* logró una acertada descripción fenomenológica a través del análisis de la simbología náhuatl, apoyado en fuentes escritas y en diversos hallazgos arqueológicos.[14] Su enfoque implica una metodología que podrá continuarse aplicando a otras expresiones artísticas prehispá-

[14] JUSTINO FERNÁNDEZ, *Coatlicue, estética del arte indígena antiguo,* Universidad Nacional, Instituto de Investigaciones Estéticas, México, 2ª edición, 1959.

nicas. La escultura, la cerámica, los trabajos en metales, la pintura mural y los grandes complejos de la arquitectura deben ser objeto de meticulosa comprensión estética. Ello será también válido respecto de los portadores de historia que son los antiguos manuscritos pictográficos.

Hemos tocado sólo algunas de las principales y más obvias perspectivas que tiene ante sí la investigación sobre el pasado prehispánico. Los límites a que debemos circunscribirnos nos impiden tratar de otros temas como, por ejemplo, aquellos que conciernen a la cronología y los sistemas calendáricos, las diversas formas de tecnología, la educación, la guerra, la medicina, el derecho, etcétera. Tampoco ha sido posible, fuera de la consideración general que hicimos al principio y de otras alusiones a lo largo de este trabajo, fijarnos detalladamente en puntos de interés específico dentro de la periodización establecida en las distintas subáreas de Mesoamérica, ni menos aún de zonas de fuera de ella, como sería el caso de todo el norte de la actual República Mexicana.

Volvemos únicamente la atención al problema, también ya mencionado, de la posibilidad y conveniencia de contar con una historia general del México antiguo. Es cierto que la riqueza y complejidad de las fuentes históricas y arqueológicas obligan a dudar de que un solo investigador pueda acometer eficazmente esta tarea. Sin embargo, es un hecho que, no por ello, dejan de requerirse visiones de conjunto elaboradas sobre la base de lo que hasta hoy se conoce. En tiempos anteriores, hombres como Francisco Xavier Clavijero, Manuel Orozco y Berra y Alfredo Chavero, para sólo citar a los más conocidos, no sólo creyeron indispensable preparar diversas formas de síntesis sino que, dedicándose a ello, dieron a conocer los frutos de sus respectivos trabajos. Hicieron así realidad la afirmación de que a cada época corresponde ofrecer su propia visión del pasado.[15] Si probablemen-

[15] Puede mencionarse aquí al menos un reciente ensayo, básicamente circunscrito a las aportaciones arqueológicas: ROMÁN PIÑA CHAN, *Una visión del México prehispánico,* Universidad Nacional, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1967.

te nadie se juzga hoy capacitado para realizar, con la amplitud y hondura necesarias, una empresa semejante, subsiste al menos la posibilidad de trabajar en equipo. Elaborar una nueva obra de conjunto implicará mucho más que la preparación de trabajos monográficos cuyo destino será aparecer uno a continuación del otro, dejando ver su falta de estructuración original. En todo caso lo que se requiere, si ha de buscarse la participación de varios investigadores, es una coordinación adecuada en el plan y en la realización de la obra. En otras palabras, la perspectiva en este punto es lograr una nueva síntesis apartada de cualquier especie de mosaico de información; búsqueda de una imagen derivada de métodos e interpretaciones con sentido unitario.

A modo de apéndice señalaremos al menos otros dos temas, también de suma importancia en las perspectivas de investigación sobre la historia antigua de México. El primero corresponde a los lingüistas, y es el de la urgencia que hay de incrementar los trabajos acerca de los idiomas indígenas mesoamericanos. Hacen falta estudios tanto sobre las formas clásicas y más antiguas de las varias lenguas como acerca de sus variantes y formas dialectales entre los grupos que continúan hablándolas. El desaparecido Mauricio Swadesh, dejó en sus últimos trabajos una muestra de cómo pueden aprovecharse para este fin nuevos métodos y recursos, entre ellos los de las computadoras electrónicas.[16]

El segundo punto es la preparación de bibliografías e índices de fuentes y de lo que cabe llamar una documentación informativa sobre investigaciones arqueológicas y etnológicas. Aunque se cuenta con algunas obras, entre las que des-

16 MAURICIO SWADESH y MAGDALENA SANCHO, *Los mil elementos del mexicano clásico, base analítica de la lengua nahua,* Universidad Nacional, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1966. MAURICIO SWADESH, *Elementos del tarasco antiguo,* Universidad Nacional, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1969. MAURICIO SWADESH, M. C. ÁLVAREZ y J. R. BASTARRACHEA, *Diccionario de elementos del maya yucateco colonial,* Universidad Nacional, Seminario de estudios de la escritura maya, cuaderno 3, México, 1970.

tacaremos el copioso repertorio bibliográfico preparado por Ignacio Bernal,[17] debe reconocerse que mucho es lo que resta por hacer en esta materia.

Quizás una justa apreciación acerca de cuanto hasta hoy se ha logrado en la investigación sobre el pasado indígena de México, sea reconocer que todo descubrimiento y auténtica interpretación ha dado lugar en fin de cuentas a planteamientos de nuevos problemas. No es actitud pesimista aceptar que hay enormes lagunas y deficiencias en las aportaciones de quienes hemos trabajado en este campo. Al revés, tomar conciencia de ello y señalar perspectivas, implica que se reconoce la compleja riqueza de este antiguo mundo de cultura. Por encima de todo, hace falta la presencia activa de mayor número de investigadores que, debidamente preparados, se dediquen, como hoy se dice, "de tiempo completo", a estas materias desde los puntos de vista de sus respectivas especialidades. A los historiadores, arqueólogos, etnólogos, lingüistas y filólogos contemporáneos —sin que la enumeración sea completa—, corresponderá realizar mucho de lo que aquí se ha propuesto y también descubrir perspectivas nuevas y más amplias.

[17] IGNACIO BERNAL, *Bibliografía de arqueología y etnografía, Mesoamérica y norte de México, 1514-1960,* Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1962.

SOBRE LA SÍNTESIS DE LA HISTORIA DE MÉXICO

Josefina VÁZQUEZ DE KNAUTH
El Colegio de México

YA EN 1865 don Manuel Larrainzar en su *Algunas ideas sobre la Historia y la manera de escribir la de México,* señalaba qué importante y necesario era "dotar a México de una *Historia general,* en que recogiéndose todos los materiales que existen... se escriba bajo un plan bien combinado, *en que prevalezca la unidad de pensamiento...* de manera que presente en su conjunto un todo perfecto, en que no se eche de menos nada de lo que debe contener la historia general de una nación".[1] Pero lo más curioso es que a continuación se lamentaba de algo que todavía nos lamentamos: "cualquiera que tenga una ligera tintura de esta materia, conocerá que México todavía no posee una obra de esta naturaleza". Larrainzar se consolaba pensando que no era "una mengua, ni debe llamar mucho la atención; porque esta clase de trabajos son la obra lenta del tiempo y del concurso de muchas circunstancias". La mayor parte de nosotros sentimos, sin embargo, que ha pasado mucho desde el intento del grupo encabezado por Riva Palacio y de la síntesis genial de Justo Sierra, que cumplieron la misión de entregar las visiones de la historia de México adecuadas a las exigencias de su tiempo.

Muchas son las cosas que han estorbado la realización de buenas síntesis, y una de ellas es, sin duda, la carencia de buenas monografías sobre muchos momentos críticos —el siglo XVII, la etapa de 1821 a 1854 o la Revolución Mexicana, serían

[1] JUAN A. ORTEGA Y MEDINA, *Polémicas y Ensayos Mexicanos en Torno a la Historia,* Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1970, p. 161.

buenos ejemplos. Pero tal vez el problema básico ha sido que, a la manera de los románticos, los historiadores han servido al nacionalismo. Y no es extraño, puesto que México advino a la vida independiente como un mosaico de gente a la que, de manera tenue, unía la religión, la lealtad a la monarquía española y, en ocasiones, la lengua. Se vio en la historia un instrumento para constituir una nación y substituir la falta de experiencia política de los novohispanos. Más tarde, al triunfo del grupo liberal, la historia iba a tener una tarea más definitivamente nacionalista: forjar en el niño la lealtad a la patria, representada por el gobierno republicano. La mayor parte de los historiadores, convencidos o no, han seguido la línea que en otra ocasión hemos llamado "oficialista". Estos historiadores se han empeñado en probar los mitos y las explicaciones que servían a los fines del grupo vencedor o del gobierno en turno. Frente a ellos, representantes del bando enemigo usaron la historia para tratar de ganar por lo menos "el juicio de la historia", ya que habían perdido el poder. En cada etapa hubo también conciliadores o historiadores que trataron de escapar al servicio de la política, pero, en general, fueron las excepciones.

Y no es que no haya habido en México intentos de meditación filosófica seria que traspusiera los límites de la pequeña interpretación, requisito indispensable para llevar a cabo una verdadera síntesis histórica. El reciente libro de Ortega y Medina, *Polémicas y Ensayos Mexicanos en torno a la Historia,* nos recuerda algunos de los esfuerzos olvidados, como los de Gómez de la Cortina, del propio Larrainzar, de García Granados, de Porfirio Parra, de Antonio Caso y de Agustín Aragón, para no citar a nuestros conocidos José Gaos y Edmundo O'Gorman. A menudo, sin embargo, los que han intentado hacer síntesis históricas, no han tenido una idea clara de la tarea, y por si esto no fuera poco, al estar destinados a textos escolares o convertir la historia en arma política, no sólo han limitado su libertad, sino que se han perdido en detalles polémicos. Así, en lugar de ver la historia como el proceso que iba dando ser a México, reconocían o negaban

parte de ese proceso, levantaban o tiraban héroes, acusaban o defendían intentos o realizaciones del pasado.

No cabe duda que la historia de la historiografía mexicana podría enseñarnos mucho sobre la constitución del mexicano y su búsqueda constante de sí mismo; las síntesis, en particular, serían fuente inapreciable para conocer las ideas y creencias que las produjeron.

Las últimas dos décadas vieron florecer intentos de síntesis interesantes, pero que no llegaron a cuajar por completo. Algunas historias son casi exclusivamente políticas; otras olvidan que el país es algo más que la ciudad de México; las más terminan antes de la Revolución o cuando más cubren la etapa violenta; por último, las que se han aventurado más allá de la historia política, han caído en algo de lo que Womack define como "tratar la historia como una ciencia social en el tiempo".

La crítica es excelente, pero sin duda si nos quedamos en ella no llegamos a ningún lado. Por tanto, vale la pena hilvanar unas cuantas ideas al respecto. Como cada generación necesita elaborar su propia visión del pasado, de nada serviría cumplir con el excelente programa propuesto por Larrainzar, aunque, sin duda alguna, todavía puede estimular muchas ideas para acercarse a la historia del país. "Nuevas condiciones demandan una comprensión fresca del pasado" dice Óscar Handlin en el prefacio de su síntesis de historia de los Estados Unidos [2] y sin duda, gran parte de los libros, aún los escritos recientemente, han ignorado que estamos en la segunda mitad del siglo XX, que las comunicaciones modernas han achicado la tierra, que el hombre ha traspuesto el planeta y que, aunque nos empeñemos, no podemos dejar de interesarnos en Vietnam, el Medio Oriente y los problemas creados por la entrada de algunas sociedades en la era posindustrial. Desde el triunfo liberal hasta la década de los cuarentas —en que se encontraron los restos de Cor-

[2] OSCAR HANDLIN, *The History of the United States*, Holt Rinehart and Wiston, Inc., Nueva York, 1967, p. V.

tés y Cuauhtémoc— los mexicanos dieron gran significación al lugar que esos personajes habían jugado en nuestra historia y el relato de la Conquista ocupó gran parte del apartado dedicado a la época colonial. Relacionado al mismo tema del rechazo o la aceptación de nuestro legado histórico, también el período de la Independencia ocupó buena parte de la historia nacional. El "problema" de la Reforma era también polémico, dilucidado a través de la valoración extraña de ¿quiénes fueron los traidores? Los extremos de los cuarentas acallaron la actualidad de la Conquista, pero dejaron viva la discusión sobre la Independencia y la Reforma, que sólo hasta los años sesenta se empezaron a ver desde una perspectiva más justa. La generación actual, en México como en otros países del mundo, se conmueve ante la contradicción de nuestro mundo moderno. Los logros de la tecnología, los adelantos científicos, son contemporáneos del hambre, el atraso y la explotación. El optimismo posrevolucionario hizo pensar a muchos hombres que el Mezquital desaparecería naturalmente con la modernización; hoy, cualquier mexicano consciente no puede menos que conmoverse, no sólo con el Mezquital, sino con la corrupción y con el hecho de que junto al esplendor del Pedregal, exista la Ciudad Netzahualcóyotl. ¿Podemos justificar todas estas injusticias, como antaño muchos lo hicieron, ingenuamente, con la Conquista? Todos los argumentos históricos suenan huecos, como finamente lo plantea Rosario Castellanos en su artículo "Indagación sobre el ser nacional. La tristeza del mexicano".[3]

[3] *Excélsior*, 30 de enero de 1971: "El mexicano es triste ¿por qué es triste? Porque Tezcatlipoca puso de vuelta y media a Quetzalcóatl; porque el indio escuchó 'el sollozar de sus mitologías'; porque la Malinche traicionó a su raza; porque Cortés lloró bajo el árbol de la noche que en su nombre lleva ya nuestra característica; porque la conquista se hizo con lujo de fuerza y de crueldad y no como se hacen todas las otras conquistas que es a base de convencimiento; porque nunca aprendimos a hablar bien el español, lengua ultramarina si las hay, y así cuando queremos escribir una obra maestra no nos sale, porque tenemos que andar ¡todavía!, a cachetadas con las palabras; porque los encomenderos obligaban a sus encomendados a trabajar todo

La preocupación que provocan nuestros contrastes, ya no se acalla con simplismos. Las nuevas generaciones quieren encontrar una explicación y si se acercan a la historia es buscándola. En general, lo que ofrecen las síntesis existentes se parece, como lo hemos dicho en otro lugar, al mural de Diego Rivera en la escalera de Palacio: un amontonamiento de miles de retratos y de escenas violentas. Hay cambio en el vestido, pero no se explica por qué. Todo parece estar dominado por las caras de soldados, de religiosos y de múltiples héroes y gobernantes. Aunque en muchas instancias se trata de superar la simple historia política y se analiza el cambio de las instituciones y las ideas, no se logra dar idea de los efectos que el paso del tiempo va causando en el pueblo mexicano, ni de cómo se han originado algunos problemas sociales y se han superado otros. Falta pintar lo que sucede en la base de la sociedad, la interacción de las culturas, la resistencia al cambio o la transformación de la vida cotidiana bajo la influencia de las revoluciones, de la importación de modas o de ideas. Describir la interacción de las ideas y de los hechos, el paso de ciertas ansiedades, supersticiones, creencias e ideales, a otras diferentes. Para lograr esto, hay que abandonar la relación meramente cronológica y cuestionar las divisiones tradicionales que aceptamos sin meditar en su validez. Habrá que plantear una periodización que per-

el día y a rezar todas las noches el rosario; porque los virreyes eran inaccesibles y los amanuenses corrompidos; porque Iturbide se coronó emperador; porque Santa Anna perdía una pata y metía la otra; porque no hubo parque y por eso están aquí; porque Maximiliano era tan guapo que, aunque nos lo enseñen desde la primaria como el villano de la película, no podemos menos que enamorarnos un poco de él y de llorar su triste fin cuando lo vemos rememorado en la televisión; porque Juárez no debió de morir, pero se murió porque entre el ser y el deber ser existe un abismo insondable; porque bailamos con don Porfirio y no se nos olvida; porque nos terciamos el rebozo de la Adelita y echamos bala con Pancho Villa y desorejamos cristeros y luego todo se metamorfoseó en un barrio residencial en el Distrito Federal, porque... no, ya no. Hemos llegado demasiado lejos. Es decir, demasiado cerca."

mita estudiar unidades temporales desde todos los ángulos, e interpretarlas con respecto al todo.

No es posible tampoco seguir centrando nuestra atención en tres momentos cruciales: la Conquista, la Independencia y la Reforma. La Conquista es el hecho fundamental que da nacimiento a la entidad histórica que después será México, pero con toda su importancia no puede ocupar una atención casi total en el apartado dedicado al Virreinato. Tres siglos de historia forjaron una sociedad, una cultura, unos hábitos y una serie de valores que explican gran parte de la problemática del primer siglo de vida independiente.

Nadie negaría la importancia de la Independencia y la Reforma, pero no basta con relatar un solo punto de vista. Hace falta referirse, tanto como sea posible, a los fracasos y a las victorias, a los vencedores y a los vencidos. Por otra parte tampoco podemos saltar de un momento crucial al otro, ya que entre ellos hubo muchos cambios que prepararon el terreno para lo que vino después. El complicado periodo que va de 1821 a 1867, sin duda fue producido por el rompimiento del orden legal y los esfuerzos por llenar ese vacío mediante la creación de un verdadero Estado. No todos los mexicanos estaban de acuerdo en la forma de construirlo y tanto los diferentes intereses, como las diferentes convicciones sobre la mejor forma de organizar y dirigir al país, provocaron el caos constante, aunque las potencias comerciales también contribuyeron con su granito de arena. La "bola" jugó un papel modelador de la sociedad, hasta ahora no considerado, y que expresaba parte de las fuerzas centrífugas y de la discordia social existentes. La guerra del 46 no alcanza en las síntesis el lugar que le corresponde. Fue una calamidad, no cabe duda; el país se redujo a sus dimensiones "reales", pero además de ejemplificar la inexistencia de una nación, al significar una sacudida violenta, hizo despertar de su marasmo a toda una generación más consciente y sembró las bases para que el país adquiriera un sentido nacional.

Las síntesis necesitan explicarnos más comprensivamen-

te a los dos bandos de la Reforma, su formación e ideología, para que se entiendan las dimensiones del enfrentamiento irreconciliable. Habría que mencionar hasta qué punto el pueblo quedó a un lado en esa contienda ideológico-política, y hasta qué punto toleró o colaboró con el Imperio.

Algunas síntesis han aventurado juicios duros sobre las consecuencias de la Reforma. Pero si la sociedad y la economía de ese tiempo no se describen debidamente, no se entenderá cómo se formó el latifundio y cuándo se quedó el indio sin tierra. Habría que trabar con cuidado las explicaciones para aclarar por qué las buenas intenciones de los liberales se tradujeron en un agravamiento de la situación, ya precaria, de las clases más bajas. A la vida urbana también tiene que inyectársele vida; pintar sus contrastes y acomodamientos, sus ideas y modas, nativas e importadas, sus reacciones ante las muestras de las primeras maravillas de la tecnología. Por qué al caos sucedió el orden y cómo con el orden volvió a aparecer la fe en el progreso. Las dudas, los titubeos sobre los caminos a seguir para pasar del país que era al país que fue: educación, comunicaciones, comercio, colonización.

Habría que pintar la sensación de progreso que embargaba a los mexicanos en la primera década de este siglo, a pesar de reconocer sus grandes problemas, para entender cómo al orden sucedió un intento de solución política que desembocaría en la Revolución Mexicana. No se puede evitar tratar la Revolución con el pretexto gastado de que "aún no ha terminado". Hay que aventurar una interpretación y decidirnos a verla como pasado. Con todas sus contradicciones de intención, acción y resultados, no cabe duda que impulsó las características del México en que vivimos. Creemos que no debería faltar el análisis de la sociedad mexicana de 1920 a 1950. Las transformaciones, profundas algunas veces, superficiales otras, junto a la persistencia del pasado. El desarrollo de las comunicaciones, la industrialización, la modernización de la agricultura, el esfuerzo por extender la educación han influido grandemente en el desarrollo de algunas regiones y en el cambio de aspecto y cre-

cimiento de las ciudades; pero junto a esto, gran parte del país ha permanecido inmutable.

En alguna medida pediríamos una historia social, aunque no a la manera de Travelyan, de una historia en la cual la política queda fuera. Imposible, más bien desearíamos una pintura, lo más completa posible, de la vida en cada etapa. Y para que sea vida tiene que tener sociedad, política, cultura, economía. Sin embargo sería aconsejable no mostrar la utilería. No se necesita explicar toda la trabazón. De la narración deberían desprenderse las explicaciones. Para ello, además de una idea muy clara de la tarea histórica, sus posibilidades, limitaciones y metas, haría falta una buena pluma, capaz de inyectar vida a la narración.

MICROHISTORIA PARA MULTIMÉXICO

Luis González
El Colegio de México

Ya es tiempo de que la historia local lance su grito de independencia. Ya lo han hecho algunas hermanas. Lo hizo la biografía hasta el grado de quedar en malos términos con la historia y en buenas relaciones con la literatura. La microhistoria puede hacer también vida aparte de su matriz y frecuentar más a la geografía y a la literatura. Entre la historia y la microhistoria se ahondan cada vez más las diferencias y superviven antiguas antipatías. Los microhistoriadores no desaprovechan oportunidad ninguna para llamarles mentirosos a los macrohistoriadores. Algunos ejecutantes de la macrohistoria ven con olímpico desprecio a las hormigas de la verdad, en buena medida porque no comprenden las metas y los métodos de los gambusinos del detalle y la exactitud.

La microhistoria nace del corazón y no de la cabeza como la macrohistoria. El microhistoriador suele acercarse a su objeto más por simpatía o por antipatía que por el mero afán de saber; su madera es más de poeta que de científico. En la microhistoria se confunden más que en cualquier otro tipo historiográfico el sujeto y el objeto, el ser que se expresa, el ente expresado y el ser comprensivo. Quien la refiere suele ser parte del asunto relatado, y quien la lee lo mismo. Admite la mano del investigador extraño a condición de que se identifique con su objeto; se deja leer por el gringo siempre y cuando la sienta suya. Por naturaleza, es una forma de comunicación de circuito corto, aunque esporádicamente se torne de gran círculo.

Según el célebre dicho de Benedetto Croce, toda historia es historia contemporánea porque la búsqueda de las acciones humanas del pasado nace de requerimientos de la vida

práctica actual. Con todo, en ninguna investigación histórica la presencia del presente es tan clara como en la historia menuda. Ésta es hija incondicional de los problemas contemporáneos, de las preocupaciones de hoy, de los requerimientos económicos, políticos, sociales e intelectuales de cada pequeña comunidad humana. La historia local es historia muy ligada al presente y al futuro; muy unida a preocupaciones y acciones. Es la historia hecha y leída por sentimentales sí, pero por sentimentales activos, como los "apasionados" de la clasificación de René Le Senne.

El espacio geográfico de la historia universal es obra de la naturaleza, es la bola de billar denominada mundo. El espacio de la historia continental no es menos inhumano. El espacio de la historia nacional lo determinan convenios y guerras conforme a vagas razones de Estado. El espacio de la historia local tiene límites poco precisos y muy cambiantes, oriundos del sentimiento y de la acción. Según Unamuno se contrae a "la patria ya no chica sino menos que chica, la que podemos abarcar de una mirada, como se puede abarcar Bilbao desde muchas alturas"; de hecho la que sentimos vivamente y en la que trabajamos codo con codo. Puede ser una breve corporación —El Colegio de México, el Instituto Tecnológico de Monterrey, la Casa de Moneda, la casa de estudiantes de doña Julieta—; un barrio —la cohetera en Hermosillo, Tepito en la ciudad de México—; una colonia dispresa en una urbe —los arandenses de la capital, los josefinos de Los Ángeles—; un pueblo o una villa —El Llano, San Miguel Allende, Zinapécuaro—; una ciudad monovalente —el puerto de Veracruz, Acapulco, Monterrey—; un municipo de módicas proporciones —Yuriria, Silao—; una pequeña región —La Laguna, el valle de Tecomán, la cañada Tarasca—; una porción de tierra más o menos chica, continua o discontinua, pero siempre aceptada como la "aromosa tierruca" o el lugar donde trabajo.

Las demás historias, aunque tengan contornos geográficos precisos, callan sin mayores trastornos el escenario de las acciones relatadas. Una historia local es difícilmente concebi-

ble si no la precede o acompaña la descripción del contorno. La historia local es casi siempre geohistoria; es difícil y no es deseable arrancarla de su residencia, de la vida de tiempo lentísimo que nutre y sobre la que reposan estructuras sociales, económicas y culturales y acontecimientos de toda índole. La minihistoria sólo se entiende si parte de la vida natural. La maxihistoria puede partir de los sucesos de duración media y quedarse en ellos como lo hacen las historias económica y social. La minihistoria, que se desprende del tiempo lentísimo de la geografía, desemboca, casi sin pasar por el *tempo* moderato de las estructuras en el *tempo* rapidísimo de la anécdota.

La historia local no desdeña el hecho menudo. Mientras las otras especies del género seleccionan los sucesos trascendentes e influyentes, y en menor escala los típicos, la microhistoria se inclina por la tipicidad; gusta de lo cotidiano. Hechos de escaso bulto y renombre; hechos que no levantan polvareda; hechos de la vida diaria: nacimientos, matrimonios, muertes, enfermedades, tareas agrícolas, artesanías, comercio al menudeo, solaces, ferias, delitos del orden común, alcoholismo, creencias y prácticas religiosas, supersticiones, folklore en suma. Conductas, ideas, creencias y actitudes que caracterizan una comunidad pequeña, que permiten emparentarla o distinguirla, que ayudan a establecer "su originalidad, su individualidad, su misión y destino singulares" y al mismo tiempo su parecido con otras comunidades o con la sociedad que la engloba. Los historiadores localistas recogen las menudencias que los sabios pedantes tiran con enfado.

La gran historia trabaja, según modas e ideologías, con individuos de nariz levantada (reyes, presidentes, conquistadores, grandes asesinos, cortesanos, santos, sabios y artistas de reconocido prestigio) o con masas (los agricultores, los obreros, la clase media, la burguesía, la nobleza) o con ficciones (el Estado, la nación, el espíritu). En cambio, los protagonistas de la pequeña historia son generalmente individuos del pueblo raso; o si se quiere de la élite local que difiere muy poco de la masa local. La microhistoria es el relato

individualizado de los humildes, de los vecinos que rara vez aparecen en la sección social de los periódicos y quizá nunca en la sección política o en la sección económica.

El campo de estudio de la microhistoria es muy distinto al campo de estudio de la historia a secas. Los métodos de ambas son también muy diferentes. En la macrohistoria el camino está perfectamente trazado. Los macrohistoriadores van a su objeto y a su público por supercarretera. En la historia menuda no existe el camino; el microhistoriador caminando hace al camino. Por regla general, el macro, antes de emprender la marcha hacia las fuentes de conocimiento histórico, se arma de esquemas, hipótesis de trabajo, modelos y ayudantes; el micro sale a la brega con un plumero, un mínimo de ideas previas e hipótesis y el corazón abierto de par en par. Aquél irrumpe en bibliotecas y archivos bien acondiconados; éste, en el cuarto de los tiliches. Aquél no suele padecer por la penuria, la dispersión, lo poquito de los documentos; éste sabe que la vida local rara vez deja abundantes huellas; rara vez se juntan esas huellas en fondos catalogados, y rara vez dan información copiosa. Aquél hace su libro sin necesidad de salir a la intemperie; éste necesita recorrer a pie, una y otra vez, la sede de su asunto y visitar y entrevistar a los lugareños; no puede eludir la inspección de ojos del terreno y su gente.

La crítica y la interpretación de las pruebas microhistoriográficas no cuentan con un código de normas hechas, de poco les sirve la preceptiva de Langlois y Seignobos. Aquí ayudan la malicia y la simpatía del erudito, la capacidad detectivesca y la capacidad amatoria, la lucidez del indiferente y la ceguera del amante. Tampoco hay muchas recetas establecidas para explicar y componer. Por su mayor realismo y concreción, la historia local se inclina a la explicación teleológica, pero acude con mucha frecuencia a la explicación por causas eficientes. Ya hace a las acciones hijas de los proyectos de los actores; ya las emparenta con el medio geográfico y social. Tampoco es insólito que acuda a la explicación formal por estructuras, esquemas y tipos ideales.

Toda historia debe ser una resurrección del pasado, según el dicho de Michelet; pero en ninguna es tan urgente ese deber como en la microhistoria. Por lo mismo ni se adecúa a una arquitectura prefabricada, ni puede prescindir en la hora de la redacción, de los recursos artísticos, vivificadores. La historia local, como la biografía, está más cerca de la literatura que las otras especies. Los casos y cosas locales son incomibles si no se les revive con la emoción artística, si no se les pone sabor, color, olor y sonido, si no se les evoca con carne y hueso, al vivo.

En suma, la microhistoria es distinta de la historia a secas por su mayor dosis de emotividad, presencia, geografía, detalle y literatura y por ser menos formalista, metódica, cuantitativa y científica. Se trata de una ciencia balbuciente y un arte maduro, con larga, larguísima tradición en México y dondequiera.

La tradición de la historia local entre nosotros se remonta a la época prehispánica. Como lo ha visto don Wigberto Jiménez Moreno, en la Mesoamérica anterior a la conquista "sólo existía la historia parroquial. Nuestros indígenas carecían del concepto de historia general y en lápidas o en códices consignaban sucesos relativos a su terruño, rebasando este estrecho marco sólo cuando se trataba de conquistas efectuadas en lugares más o menos distantes, o cuando se aludía a lejanos puntos de partida de donde procedían algunos inmigrantes. La historia precolombina es, pues, casi siempre, microhistoria".

En la época colonial, aunque no fue la especie predominante, la historia local se diversificó, tuvo mejores fuentes de información y adquirió recursos expresivos ignorados antes de la llegada de los españoles. En tres ocasiones la Corona alentó esas casi historias llamadas relaciones histórico-geográficas. En los siglos XVI y XVII florecieron las crónicas conventuales y en el siglo XVIII empezó a cundir el interés por la vida urbana. Los frutos más maduros de la historia local novohispana son los libros de don José Rivera Bernárdez

sobre Zacatecas y la *Historia de la fundación de la ciudad de Puebla de los Ángeles,* de don Mariano Fernández de Echeverría y Veytia.

Las guerras de independencia no fueron propicias para la microhistoria. En cambio, el primer momento de la vida independiente patrocinó "noticias geográficas y estadísticas", parecidas a las viejas relaciones histórico-geográficas. Hacia 1833 México sale de una etapa de euforia nacionalista y se inscribe en un período ásperamente localista. Se vive en plena disociación, en la lucha de las partes contra el todo, en el mero auge de lo local y comarcano. Por un lado, la atmósfera es propicia para los trabajos históricos de comunidades y comarcas; por otro, la tormenta sin fin deja poco tiempo y poca paz para las tareas de desenterrar papeles viejos. Durante la matanza de todos contra todos se hicieron algunas obras ejemplares: los *Apuntes históricos de la heroica ciudad de Veracruz,* de Miguel Lerdo de Tejada; las *Noticias de Durango,* de José Fernando Ramírez; el *Diccionario histórico de Yucatán,* de Jerónimo del Castillo, y las *Noticias para formar la historia y la estadística del obispado de Michoacán,* del canónigo José Guadalupe Romero.

Desde mediados del siglo XIX "las invasiones extranjeras y la presencia de un vecino todopoderoso" habían robustecido en los jóvenes de la aristocracia y la mesocracia de las ciudades mexicanas, un nacionalismo desconfiado, a la defensiva, triste y proselitista. Aquella gente, al asumir plenamente el poder, después de sepultar al cosmopolita Maximiliano de Habsburgo y al ranchero Tomás Mejía, hizo lo indecible por robustecer el nacionalismo; propició la historia nacional y le hizo el feo a las historias estatal y local. Como reacción, los gobiernos locales las patrocinaron, y en tiempos de don Porfirio el número de libros históricos subnacionales no bajó de cien; los más de historia de los Estados, pero alrededor de treinta de índole local por el espacio a que se refieren que no siempre por las metas y los métodos. Los principios y los métodos positivistas desfiguraron a la microhistoria, pero la estatura intelectual de quienes la ejercie-

ron logró salvar mucho de aquella producción. Ninguna de las historias de entonces ha llegado a ser clásica nacional, aunque la mayoría son clásicas lugareñas.

La Revolución Mexicana durante su etapa destructiva, de 1910 a 1940, fue tan nacionalista como la Reforma, pero los revolucionarios, en su mayoría campesinos, defendieron la tesis de que se podía ser patriota sin dejar de ser localista. Se convirtió en virtud lo que fuera vicio: "la adhesión calurosa, a la tierra nativa". Alfonso de Alba observa que aun los más universalistas de nuestros intelectuales revolucionarios se dejaron atraer por el colorido local. Como Ramón López Velarde, que empequeñeció a la capital "ojerosa y pintada" y puso por las nubes a Jerez, muchos poetas y novelistas le hicieron "comerciales" a la existencia trivial y pueblerina. Los hombres de letras, no los del gremio de la historia. Los de más nota entre éstos nadaron en otras corrientes: el indigenismo, el colonialismo, el hispanoamericanismo. Sin embargo, en los primeros veinte años de época revolucionaria salieron a la luz más libros de microhistoria que en los cuarenta años de la era liberal. Conté para el período 1911-1940, 148 libros de historia regional y local; el 57% caen en la categoría de historia de los Estados, y el 43% de historias locales. Las más de éstas historían a ciudades de fuste. Los temas políticos siguen predominando. También abundan las monografías enciclopédicas. Irrumpen con fuerza dos nuevos modos de microhistoria: la etnohistoria que echa a retozar don Manuel Gamio, y la historia lugareña del arte, lanzada por un sentimental trotamundos, por don Manuel Toussaint.

De 1941 a 1970 han aparecido alrededor de trescientas historias de tema regional y parroquial; esto es, diez por año, casi el doble de las publicadas durante la Revolución y el triple de las que produjo el Porfiriato. Las historias locales han aventajado en número a las de asunto regional. Va de salida la moda de hacer historias de los Estados. El 60% de la producción reciente es parroquial. Todavía más: crece la cifra de libros microhistóricos que toman como asunto ciudades chicas y pueblos. Otra buena noticia: ya muchos Esta-

dos tienen animadores entusiastas —y a veces, además de entusiastas, muy profesionales— de la historia localista. Así en el Estado de México, Mario Colín; en Veracruz, Leonardo Pasquel; en Nuevo León, Israel Cavazos; en Jalisco, José Ramírez Flores; en San Luis Potosí, Rafael Montejano y Aguiñaga; en Guanajuato, Eduardo Salceda. Con todo, la historia local no ha alcanzado su máxima estatura. Ahora se enfrenta a muchos problemas, a variados obstáculos, a serias lesiones.

La crisis actual de la microhistoria mexicana es múltiple. Hay líos en autores, lectores, asuntos y métodos. Aunque se dan muy ilustres excepciones, por regla general el sacerdocio de la microhistoria es de dos especies: la amateur pueblerina y la profesional capitalina. Los de la especie amateur, carecen de formación historiográfica, no cuentan con auxilios institucionales, están en mala situación económica, dedican los ratos perdidos a Clío, viven aislados del mundo intelectual, desconocen las nuevas corrientes de metodología, van a la zaga, muy a la zaga; están fuera de onda, completamente *out*. Una de sus virtudes es la de carecer del vicio del profesionalismo; otra, su vocación por el tema. Los microhistoriadores de la especie profesional generalmente son meras máquinas hacedoras de libros de tijera y engrudo; indiferentes a la vida menuda que pretenden historiar, sin cariño por su objeto de estudio. Ni los vocados sin oficio, ni los profesionales sin vocación pueden sacar al buey del atolladero.

El lectorio y el auditorio de los historiadores localistas sigue siendo reducido, pobre y espontáneo. En el círculo académico las microhistorias gozan de poca estima. Los críticos rara vez les conceden un rato de atención. El gran público no sabe de su existencia. Circulan entre amigos. Muy pocas veces trascienden las fronteras de su terruño, y ni siquiera en éste llegan muy allá. No cumplen la función para la que fueron escritas. No despiertan la conciencia histórica de los lugareños ni les permiten resolver los problemas prác-

ticos locales. No se imponen como textos en las escuelas, y de nada les servirán a esos futuros trabajadores que son los educandos. Vienen casi del vacío y caen en el vacío. Ni siquiera pasan, como diría don Arturo Arnáiz y Freg, de la tumba de los archivos a la tumba de las bibliotecas porque las más no provienen de aquéllos y sólo las menos son recogidas en las bodegas bíblicas.

En los últimos años el esfuerzo heurístico de los microhistoriadores ha aumentado; se advierte un mayor aprovechamiento de los fondos documentales de archivos y bibliotecas. Sin embargo, lo conseguido está muy lejos de la meta ideal. Todavía se anda a tientas; todavía la microhistoria se hace más con conjeturas que con testimonios. La razón es clara: los investigadores provinciales difícilmente logran acceder a los testimonios. ¿Quién no reconoce la pobreza y mal funcionamiento de las bibliotecas públicas? ¿Quién ignora el desorden de nuestros archivos? La mayoría de las fuentes de la historia local no ha sido recogida aún en los repositorios públicos. Muchas han sido sustraídas por bibliómanos y maníacos de los papeles viejos y se guardan bajo siete llaves en arcones privadísimos. Otras han sido entregadas a la acción destructiva de la humedad, o del aire, o del fuego o vendidas para servir de papel de envoltura. La situación lugareña de los depósitos de fuentes suele ser tan mala que más de alguno considera salvadora la emigración de sus papeles hacia los Estados Unidos.

Sobre la dificultad de allegarse huellas para la historia local se podría decir mucho. Lo han dicho en el Congreso de Historia del Noreste de México, en septiembre de 1971, don Rafael Montejano y Aguiñaga y don Antonio Pompa y Pompa. Sobre el mal uso que en la mayoría de los casos se hace de las escasas fuentes accesibles, baste decir que la crítica documental está en pañales. De hecho todas las operaciones del análisis histórico dejan mucho que desear. No se tienen detectives de la historia; faltan heurísticos, críticos y hermenéuticos; hay muy pocos cultivadores de las ciencias auxiliares. Por ausencia de asistentes, el historiador local se

ve obligado a convertirse en hombre orquesta y naturalmente falla en el uso de algunos pitos, cuerdas y tambores; fallaría aunque no fuera, como lo es casi siempre, un simple aficionado, sin más instrumentos de análisis y síntesis que su gran afición a su gente y su terruño.

Por diletantismo, por desconocimiento de las fuentes, por escasez de colaboración, la temática de la historia local sigue siendo muy ruin. Como la fachada de las vidas política, militar y religiosa produce documentación abundante y asequible, nuestra historia parroquial sigue adicta a los sucesos bélicos, políticos y religiosos de relumbrón. Como el historiador parroquial generalmente es un empleado de la autoridad civil o de la autoridad religiosa o de la autoridad económica, o de las tres, acostumbra añadir a sus efemérides chorizos de semblanzas prosopopéyicas de sus patrocinadores y de los parientes de sus patrocinadores. La mayoría de la historia local calla casi siempre los aspectos más significativos de la vida lugareña; deja fuera lo mejor; sólo cultiva las porciones menos fértiles de su campo.

De las muchas debilidades del conjunto de nuestra historiografía parroquial quizá las más notorias son las arquitectónicas y estilísticas. La manera como nuestros eruditos suelen distribuir el fruto de sus investigaciones está muy lejos de la arquitectura funcional. Ni la forma de efemérides, ni el orden alfabético de asuntos, ni las colecciones de estampas y episodios, ni las escuetas narraciones cronológicas son los moldes más apropiados para recrear la vida local. Otra cara repelente de esa historiografía —y no privativa de ella— es la prosa solemne, esdrújula, *camp;* la prosa que no habla el común de la gente; la prosa menos expresiva de las comunidades reseñadas; la prosa mortífera de púlpito, estrado y plataforma.

Aunque la historia local tiene una larga, y a veces luminosa, tradición; aunque es, por su número, uno de los fragmentos mayores de toda la historiografía mexicana, debido a sus muchas deficiencias sólo esporádicamente puede servir de ejemplo a la historiografía local del futuro. En este caso

urge más que en otros abrirse a una "nueva historia", darle la espalda a la tradición, huir de lo hecho. Hay que pensar en una "nueva historia local" que no sea copia y plagio de ninguna otra, ni de la tradicional nuestra ni de la que se estila ahora en los países desarrollados.

El porvenir de la historia local puede ser halagüeño. Hay tela de donde cortar. Es posible tener a corto plazo un buen equipo de sastres cortadores. Existen muchas mieses espléndidas todavía sin operarios. Son cada vez más los deseos de oír el mensaje, la buena nueva, de la historiografía microscópica. El futuro que se vislumbra es vigoroso porque las oportunidades actuales son espléndidas.

Quizá por ser un país en vías de desarrollo, quizá por mantenerse disímbolo a pesar de los esfuerzos igualadores de la modernización, quizá porque su historia nacional es sólo piel y sus entrañas son particularistas, quizá por la supervivencia de los amores al terruño, México es particularmente proclive a la historiografía menuda. El camino natural de la ciencia histórica mexicana es localista. Los otros caminos han sido impuestos muchas veces por el poder, la imitación extranjerizante, la moda y la pedantería universitaria. Muchos jóvenes aspirantes a convertirse en historiadores confiesan que su mayor interés reside en reconstruir la vida del corto pedazo de tierra y de la pequeña comunidad a la que aman, de donde provienen, donde muchas veces laboran. Son los profesores, los poderes políticos, económico y religioso, la costumbre *pop*, las academias, los cenáculos los que los apartan de su vocación espontánea.

La curiosidad histórica se dirige hacia la vida local porque ésta, en México, es de una riqueza inconmensurable para la emoción, el pensamiento y la moción. Los temas atractivos, los temas en busca de autor se cuentan por millares. Se puede afirmar categóricamente que la Güera Rodríguez no tuvo razón en su dicho tan cacareado de que fuera de la ciudad de México todo es Cuautitlán. Quien le dio al clavo fue Ignacio Ramírez cuando dijo: "En vano nos empeñamos

en confundir en una sola a cien naciones diferentes". El Nigromante vislumbró cien mexiquitos. Quizá sean el doble o el triple, o muchos más. No por repetida y cursi deja de ser exacta la expresión de que "México es un mosaico multicolor". Por lo mismo, sólo la historia local puede descubrir su verdad histórica. Por lo mismo los temas históricos locales son particularmente numerosos e interesantes. Los hay para todos los gustos.

Charles Harris acaba de insistir en el Congreso de Historia del Noreste de México, celebrado en Monterrey, en la necesidad de inquirir particularmente la vida de la hacienda, porque "nada, según Jacques Lambert, ha tenido un efecto más difuso y duradero en la historia social y política de América Latina", porque, según Gibson, "es una institución crucial", cuyo estudio longitudinal se ha descuidado. Para el conocimiento transversal de su natalidad y puericia existe la obra clásica de François Chevalier, a la que pronto complementará, para los siglos XVIII y XIX, la de David Brading. Para el saber vertical de nuestras haciendas destacan las muy buenas aportaciones de Edith Boorstein Couturier sobre San Juan Hueyapan, Ward Barrett sobre San Antonio Atlacomulco y la propia de Harris sobre el latifundio de los Sánchez Navarro. Con todo, lo que falta por cubrir es inmenso. No hay nada sobre alguna de tantas haciendas de autoconsumo; no se han historiado las modernas haciendas agrícolas como las de los Cusi en la Tierra Caliente de Michoacán.

Otro, entre los muchísimos terrenos poco y mal explorados por la historiografía local y con grandes posibilidades de estudio, es el de los pueblos rústicos de oriundez hispánica. Se acepta comúnmente la división tripartita de la cultura mexicana: en un primer piso, el sedimento prehispánico, en el segundo, el acarreo hispánico, y en el tercero, las adquisiciones modernas. Alrededor del 20% de los mexicanos actuales habitan el primer piso; otro 20%, el segundo, y la mayoría restante, el de arriba. El 60% de población urbana y moderna, aunque se distribuye en más de cien panales, es

más o menos un todo homogéneo desde el punto de vista cultural. Las minorías indígena e hispanorústica son muy heterogéneas culturalmente. La existencia de la población urbana constituye generalmente el asunto de la historia nacional. Las fracciones de la población indígena han sido y están siendo estudiadas por un buen número de antropólogos e historiadores de profesión, que no por los aficionados nativos. Algunos pueblos de la problación hispanorrústica han merecido la atención amateur de algún lugareño, que no la profesional de antropólogos e historiadores salidos de las aulas universitarias. Ojalá dispusiera de tiempo y espacio para mostrar los atractivos microhistóricos de los pueblos de oriundez hispánica.

En fin, las minicomunidades dignas de estudio son tantas como las miles de minicomunidades existentes. Hay numerosas patrias chicas y también muchas facetas en cada una de ellas merecedoras de historia, necesitadas de historización. La historia económica a nivel local ofrece enormes posibilidades. La historia local de las actitudes ante la vida, la muerte, el dinero y la novedad es otro campo inexplorado. La nueva microhistoria puede abrirse con éxito a todos los sectores de la vida: la economía, la demografía, la sociedad, la religión, la política, las ideas, las creencias, las actitudes, el arte, la ciencia y la literatura popular. No hay disciplina histórica que se preste tanto a la visión del hombre entero, a la historia integral, como la microhistoria.

El profesor Finberg opina que a través de la minihistoria es como se llega mejor a la verdad humana. Para él, la historiografía microscópica, como suele ser la mini, contiene más verdad que la telescópica; se alcanza una mayor aproximación a la realidad humana viendo lo poco que es posible ver desde la propia estatura que contemplando un gran panorama desde una elevada torre o desde la ventanilla de un avión de retroimpulso. El mismo profesor le concede otra virtud a la pequeña historia, la de ser un gimnasio ideal para desarrollar los músculos historiográficos de los estudiantes de historia, porque la historiografía local, como ninguna

otra, exige el uso de todas las técnicas heurísticas, críticas, interpretativas, etiológicas, arquitectónicas y de estilo.

La historia de lugares pequeños tiene muchas posibilidades en la República Mexicana; en muy buena medida por lo rico y múltiple de las fuentes locales, a pesar de lo disperso, caótico y maltratado de esas fuentes. La tradición oral está muy viva entre lugareños y es un tipo de testimonio notablemente fecundo si se les trabaja con los métodos afinados de la entrevista. Los registros parroquiales testimonian no sólo el camino demográfico; también el social y aún el mental, sobre todo en los libros de informaciones matrimoniales y visitas de obispos. Los archivos de notarías permiten trazar la trayectoria de la tenencia de la tierra y múltiples aspectos de lo social y económico. Los papeles de las haciendas, los diarios, las genealogías, las memorias, las hojas sueltas, los epistolarios de las amas de casa, los libros de diezmos, las petaquillas donde se custodian las reliquias del pasado familiar, las cicatrices del terreno, la aerofoto, los periódicos, los censos, la vieja arquitectura, son sólo algunos de los caminos que se ofrecen para meterse de rondón hasta el fondo de la vida histórica lugareña.

Aparte, existe una demanda creciente de microhistoria por parte de los historiadores de alcance nacional, los economistas, los sociólogos y los geógrafos humanos, en México y en el extranjero. Lucien Febvre escribió hace 30 años: "sólo conozco un medio, uno solo, de comprender bien, de situar adecuadamente la gran historia, y es la de poseer a fondo, en todo su desarrollo, la historia de una región, de una provincia..." Años después don Alfonso Reyes dijo: "Es tiempo de volver los ojos hacia nuestros cronistas e historiadores locales... En los historiadores locales están las aguas vivas, los gérmenes palpitantes. Muchos casos nacionales se entenderían mejor procediendo a la síntesis de los conflictos y sucesos registrados en cada región." "La economía regional —escribe Leuilliot— necesita mucho de la historia local que le procura materiales y métodos de aproximación." Y no sólo entre los colegas de otras ramas del conocimiento, tam-

bién en el círculo popular se perciben signos de acercamiento. Todo hace esperar un próximo auge de la minihistoria. Sin embargo, es creíble que sin el concurso de una política, ese auge se malogrará.

La política a seguir para lograr el advenimiento de la "nueva historia local" requiere de la colaboración de todos y cada uno de los historiadores localistas. Quizá ofrezcan alguna utilidad para la hechura de un plan de operaciones en pro de la microhistoria las propuestas presentadas en orden disperso por don Wigberto Jiménez Moreno y por mí a la Tercera Reunión de Historiadores de México y los Estados Unidos reunida en Oaxtepec en noviembre de 1969. Allí el profesor Jiménez Moreno propuso los puntos numerados del 10 al 16, citados a continuación de los perpetrados por mí para no apartarme del orden en que se leyeron en Oaxtepec. No son una política bien planeada, pero sí semillas para un plan político. Allí se pidió, pero sin hacerlo llegar a los destinatarios, lo siguiente:

1) Que la Secretaría de Educación Pública y las direcciones de educación de los Estados hagan sitio a la historia local en los niveles de enseñanza primaria y secundaria.

2) Que nuestras universidades y centros de alta cultura abran seminarios y cátedras donde se enseñen y apliquen los principios y métodos de la historia local.

3) Conseguir para los pasantes de historia proclives a la microhistoria que se les conceda beca por un año para investigación y organización de archivos provinciales, y el informe sobre su búsqueda se les acepte como tesis para optar a los grados de licenciatura y maestría.

4) Reanudar los congresos nacionales de historia que desde 1933 ayudaron a establecer el contacto entre historiadores de la capital y la provincia y a promover las investigaciones de historia regional y parroquial.

5) Formar desde luego una asociación de historiadores localistas cuya sede podría estar en la capital de la República o en una de las capitales de los Estados.

6) Que el mecenazgo del gobierno y las fundaciones se extienda a la historiografía de tema local en forma de becas, o sinecuras burocráticas, o premios a la labor hecha, o mediante la edición y distribución de las obras de nuestros cronistas locales.

7) Difundir, por medio de una revista creada *ad hoc,* las nuevas orientaciones de la microhistoria en otros países y los trabajos microhistóricos hechos en México.

8) Promover la traducción de obras de historia local que se distingan por su carácter innovador o su perfección técnica.

9) Fundar una universidad de verano, cuya sede podría ser El Colegio de México, donde por un par de meses cada año se impartieran conferencias y cursillos sobre principios y métodos de historia local.

10) Procurar en cada capital de Estado y en otras poblaciones de importancia, la organización de juntas de geografía e historia locales, integradas por personas idóneas, conocedoras del ambiente geográfico en que viven y de los antecedentes históricos del lugar.

11) "Que se procure la instalación adecuada de ciertos archivos locales importantes, y la catalogación de sus fondos documentales, mediante la colaboración de los gobiernos de los Estados o de las autoridades municipales con el Instituto Nacional de Antropología e Historia."

12) "Que se introduzcan libros de lectura especiales para cada Estado, en que los temas sean, con preferencia, la geografía, la flora, la fauna, el folklore, la arqueología, la etnografía y la historia de la región, lo mismo que datos de carácter lingüístico, y juicios sobre el valor de los productos artísticos regionales, revinculando por estos y otros medios a los habitantes con la región."

13) "Que se promueva la creación de un Instituto de Geografía e Historia Regionales, preferentemente dentro de la UNAM, con el apoyo de las universidades estatales y en colaboración con ellas. Tal instituto contaría con mapoteca, biblioteca, hemeroteca y archivo documental de micropelícula."

14) "Que se pida a El Colegio de Méxio auspicie la elaboración de una historia de la historiografía mexicana y dentro de ella se consagre atención a la historiografía regional y local."

15) "Que se solicite a El Colegio de México encargue a persona o personas idóneas la elaboración de una bibliografía de la historia regional y local de México."

16) Y último, "que se recomiende a los gobiernos y universidades de los Estados patrocinen la publicación de bibliotecas de autores regionales, consistentes en series en las que se den a conocer o se reimpriman, obras importantes de historiografía regional".

En suma, como dijo el ilustre mexicano Alfonso Reyes, conviene "abrir el fuego en toda la línea".

EL PAISAJE RURAL Y LAS CIUDADES: DOS PERSPECTIVAS DE LA GEOGRAFÍA HISTÓRICA

Alejandra MORENO TOSCANO
El Colegio de México

Introducción

UN PUNTO DE VISTA que consideramos fundamental para la comprensión, no solamente de nuestra historia sino de nuestro presente, justifica que intentemos plantear aquí algunas perspectivas para la investigación histórica.

Historia y geografía han estado unidas desde sus orígenes, como tiempo y espacio. Y, sin embargo, la geografía histórica, desde el punto de vista que aquí nos interesa, ha tenido un desarrollo más bien desigual. Todavía hoy este punto de vista sigue cargando con el peso de su propio pasado. La geografía histórica, cuando al principio recibió ese nombre, se preocupaba por definir, o establecer al menos, la influencia del medio ambiente geográfico en la vida del hombre y en su historia; por otro lado, hacía la historia de las divisiones políticas entre los estados. Todos conocemos los callejones sin salida a que condujeron algunos de esos planteamientos, los cuales al ser extremados, llegaron a desacreditar el interés mismo por el tema.

Es por eso que el punto de vista que recogemos —planteado en los últimos años por algunos investigadores franceses y norteamericanos— ha de invertir las preocupaciones. Vamos simplemente a interesarnos más en el papel del hombre y de los hombres como transformadores de su propio paisaje. Vamos a interesarnos en esos infinitos cambios realizados, voluntaria o involuntariamente, por la acción de los hombres en el medio geográfico.

Pero al mismo tiempo, la preocupación por la geografía histórica habrá de conducirnos a una nueva visión, más dinámica, de nuestra historia pasada, al recoger una serie de expresiones "espaciales" de esa historia que todavía se nos escapan.[1]

No es el propósito de estas líneas reunir una bibliografía de los trabajos realizados sobre este tema, aunque si lo intentáramos veríamos que es bien poco —reducido aún más por la limitación exigida de que se analicen sólo estudios sobre México. Pero no podemos dejar de mencionar algunos temas que han preocupado a nuestros investigadores.

La historia de las divisiones territoriales. Además de aquel estudio pionero de Francisco del Paso y Troncoso sobre la división territorial de Nueva España,[2] contamos para este tema, con el multicitado trabajo de Edmundo O'Gorman.[3] En cierto sentido, nuestros investigadores se han conformado cómodamente con seguir citando ambos trabajos, sin que haya habido nuevos esfuerzos por avanzar en la investigación. El trabajo de O'Gorman, por ejemplo, centrado por sus fuentes y perspectivas, nos proporciona únicamente situaciones estáticas: las legislaciones que a lo largo de su historia han dividido administrativamente al país. Pero el planteamiento mismo de ese tema nos ha dejado abiertas muchas interrogaciones que deberían resolverse. Bien poco sabemos

1 En este sentido podemos preguntarnos si sabemos acaso cómo reaccionaron ante los hechos históricos resentidos en el centro del país, las regiones más alejadas. Conocemos ejemplos aislados como la decisión de Tabasco de separarse de la República para "defender su integridad" a raíz de la invasión norteamericana del 48, y tantos otros intentos secesionistas. Pero de hecho, todos esos acontecimientos no forman todavía cuerpo en la historia de nuestro país. *Vid.* MANUEL MESTRE GHIGLIAZZA. *Invasión norteamericana en Tabasco 1846-1847.* Imprenta Universitaria, México, 1948.

2 FRANCISCO DEL PASO Y TRONCOSO, "División territorial de Nueva España en el año 1636", *XVIII International Congress of Americanists.* Madrid, 1912, pp. 464-483.

3 EDMUNDO O'GORMAN, *Historia de las divisiones territoriales de México.* Porrúa, México, 1966, 3ª ed.

de los "procesos" mismos, de la "otra" historia, más dinámica, de esas mismas divisiones territoriales. Muchas veces, la legislación indicaba límites que no fueron aceptados fácilmente por quienes eran "limitados". El estudio de los límites jurisdiccionales entre estados plantea muchas veces profundos problemas de historia regional. Disputas locales llegaban a obstruir la determinación de los límites entre los estados —el caso de la Laguna, por ejemplo, en el que la lucha por el uso de las represas y los derechos sobre el agua del Nazas hicieron muy violentas las diferencias entre Coahuila y Durango.[4] Esa "otra" historia de nuestras divisiones territoriales bien merecería algunos renglones.

Los toponímicos. Con una tradición más amplia y sostenida,[5] las investigaciones sobre toponímicos han proporcionado materiales inapreciables para el estudio de la geografía histórica. Sin embargo, el interés de los investigadores se ha centrado únicamente en toponímicos de origen indígena descuidando sistemáticamente los de origen colonial o los más modernos, cuyo análisis puede ampliar nuestra visión histórica de conjunto.[6]

La geografía política y social. La posibilidad de hacer análisis de geografía política y social para algunos periodos de nuestra historia fue planteada, no hace muchos años, por

[4] CLIFTON KROEBER, "La cuestión del Nazas hasta 1913", *Historia Mexicana,* Vol. XX, núm. 3 [79], enero-marzo 1971. El Colegio de México, México, pp. 428-456.

[5] El estudio de los toponímicos tuvo cierto auge entre los historiadores del siglo pasado. Fueron importantes los trabajos de PEÑAFIEL, *Nomenclatura Geográfica de México,* 1897, y de CECILIO A. ROBELO. Algunos trabajos posteriores de MANUEL GAMIO, ÁNGEL Mª GARIBAY, DÁVILA GARIBI, JIMÉNEZ MORENO, MIGUEL LEÓN PORTILLA, contienen siempre indicaciones precisas sobre toponímicos de origen náhuatl. De interés especial por sus implicaciones con la historia social, son los trabajos de FERNANDO ANAYA MONROY sobre Zacatecas, Aguascalientes, Guerrero, Noroeste de México y Tlaxcala.

[6] ALEJANDRA MORENO TOSCANO, "Toponimia y análisis histórico", *Historia Mexicana,* Vol. XIX, núm. 1, julio-septiembre, 1969.

François Chevalier en un artículo rico en sugerencias.[7] Desgraciadamente no ha vuelto a aparecer como preocupación de nuestros investigadores, pero ahí están señalados muchos caminos que necesitan seguirse.

La geografía económica. Puesto que se trabaja con estructuras, en los estudios de historia económica encontramos planteados a menudo problemas de interés para la geografía histórica. En los trabajos sobre historia económica encontramos señaladas las bases para desarrollar, con una visión amplia, la historia de nuestras regiones. Un buen número de trabajos sobre historia económica ha abierto nuevos cauces y perspectivas en el estudio de la geografía histórica.[8]

Sin embargo, si algo se ha hecho, es infinitamente mucho más lo que falta por hacerse. En este ensayo procuraremos resaltar solamente dos de las grandes perspectivas de investigación sobre geografía histórica, que incluyen en sí mismas el germen de posibilidades que por ahora ni siquiera prevemos. La geografía histórica requiere de imaginación y, por lo tanto, sus posibilidades están abiertas mucho más allá de lo que incluimos en las líneas siguientes. Pero para empezar por algún principio, vamos a señalar aquí algunas perspectivas de la historia de nuestros paisajes rurales y de la historia del desarrollo de nuestras ciudades. Enfocar desde esas

[7] FRANÇOIS CHEVALIER, "Conservateurs et liberaux au Mexique. Essai de sociologie et Geographie politiques, de l'Independance a l'Intervention Française", *La Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano cien años después.* México, 1965.

[8] Sólo mencionaremos algunos libros principales: WOODROW BORAH, "La despoblación del México Central en el siglo XVI", *Historia Mexicana,* Vol. XII, núm. 1, julio-septiembre, 1962; SHERBURNE F. COOK, *The historical demography and ecology of the Teotlalpan.* University of California Press, Berkeley, 1949; LESLEY B. SIMPSON, *Exploitation of land in central Mexico in the XVI century.* University of California Press, Berkeley, 1952; CARL O. SAVER, *Colima of New Spain in the XVI century.* University of California Press, Berkeley, 1948; PIERRE y HUGUETTE CHAUNU, *Seville et l'Atlantique 1504-1650.* A. COLIN, París, 1955-59; WARD BARRET, *The sugar hacienda of the Marqueses del Valle.* University of Minnesota Press, Minneapolis, 1970.

dos perspectivas las investigaciones sobre geografía histórica, podrá permitirnos avanzar en el conocimiento de nuestro desarrollo regional.

Este último sería el gran tema de la historia que un país de grandes diversidades regionales como el nuestro, no debiera descuidar más, como hasta ahora.

I. *Cambios en el paisaje*

1. Perspectivas de conjunto. A la llegada de los españoles la población organizada cubría apenas la mitad de nuestro territorio. El resto estaba habitado por grupos humanos de actividades aún predadoras. En estas vastas zonas, los movimientos de pueblos enteros en busca de subsistencias temporales eran un género de vida habitual. Los grupos organizados del centro no lograron romper la vieja frontera, aunque flexible, de la cultura mesoamericana.

La llegada de los españoles fractura definitivamente esa frontera e incorpora a la organización del espacio vastos territorios vírgenes. La entrada de los españoles, primero a Zacatecas y después hasta Chihuahua y más allá, abre perspectivas nuevas a nuestra historia.

Pero al mismo tiempo que se incorporan nuevas tierras durante la época colonial, parece haber existido una marcada tendencia a abandonar otras. La despoblación de las zonas bajas de tierra caliente en favor de las tierras altas, parece haber significado un proceso continuo y definitivo para grandes extensiones de nuestro territorio. Este proceso de despoblamiento, señalado por Aguirre Beltrán en sus trabajos sobre la cuenca del Tepalcatepec,[9] del que no parecen escapar más que algunas regiones de Veracruz, algunas zonas en las que se explotaba el palo de tinte en Campeche y la pe-

[9] GONZALO AGUIRRE BELTRÁN, *Problemas de la población indígena de la cuenca del Tepalcatepec.* Instituto Nacional Indigenista, México, 1952; véase también con relación a la Huaxteca, JORGE L. TAMAYO, *Geografía Moderna de México.* Trillas, México, 1970, p. 363.

nínsula de Yucatán, parece haberse detenido hasta las últimas décadas del siglo XIX. Entonces comienza el proceso de recuperación y explotación de esas tierras (tierras bajas de Michoacán, algunas zonas de Guerrero, de Nayarit) y su poblamiento.

Pero esta impresión, que parece estar confirmada por uno de los mapas que construimos con información de las *Relaciones geográficas* (Minas y Placeres abandonados 1580),[10] no es todavía más que eso, una impresión. Habría que investigar mucho más sobre este tema y subrayarlo en los estudios monográficos regionales; seguramente no será una hipótesis a descartar.

En esta visión de conjunto, en estos esfuerzos por examinar las variaciones de equilibrio en el aprovechamiento organizado de nuestro territorio, uno de los temas de mayor interés es el examen de los cambios, movimientos, extensiones, contracciones, introducciones y abandonos de los cultivos agrícolas. Podría pensarse en hacer un examen más o menos preciso —las fuentes estadísticas de conjunto están a la mano— de los diferentes cultivos aprovechados en el país desde la época colonial hasta hoy, pero cuidando bien de que las informaciones aprovechadas, proporcionen datos por lo menos a nivel municipal —para poder acercarse más a una visión de la distribución "real" de los fenómenos— pues las informaciones a nivel estatal nos ayudan bien poco a reconstruir la historia de algunas regiones que fracturan efectivamente los límites jurisdiccionales entre los estados.

Encontraremos, siguiendo este enfoque, los diversos destinos de algunas regiones que constituyen nuestro país. El estudio particular de la caña de azúcar es posible que revele, en este sentido, cierta originalidad. Investigaciones recientes han señalado que durante la época colonial, el patrón de circulación del azúcar se volcó hacia el interior del país. Las zonas productoras de caña, de tamaño restringido e irrigadas

10 ALEJANDRA MORENO TOSCANO, *Geografía Económica de México siglo XVI*. El Colegio de México, México, 1968. Mapa IX, p. 70.

en su mayor parte, se encontraron situadas cerca de los grandes mercados consumidores: Cuernavaca-Cuautla abastecían a la ciudad de México; Atlixco a Puebla; Morelia y Zacatecas recibieron (hasta el siglo XVII) el azúcar de la caña que se cultivaba en algunas zonas aisladas de Michoacán; otros pequeños centros producían lo suficiente para abastecer las demandas de Oaxaca.[11] Pero cada una de esas pequeñas zonas llegó a sentir los efectos del dominio persistente de un solo cultivo comercial, que como tal se vio marcado episódicamente con la huella de acontecimientos políticos de índole diversa.

También podría hablarse de un destino más o menos común de muchos otros cultivos orientados a la exportación. Gran parte del desarrollo del cultivo del algodón a mediados del siglo XIX, corresponde, como lo han señalado algunos investigadores, a los largos años de dificultades por los que atraviesan los centros productores de esta fibra en los Estados Unidos, durante la Guerra de Secesión. Y no solamente como "extensión" de un cultivo, que comienza a aparecer entonces al sur de Sinaloa —aunque esta extensión adquiera rasgos de "fiebre de oro", si pensamos en los "miles de extranjeros (que) desembarcan en San Blas para consagrarse al cultivo del algodón".[12] Sino además, sentando las bases del desarrollo de una zona de la frontera norte (Piedras Negras-Monterrey-Matamoros) como centro intermediario en la circulación de una parte del algodón de los estados confederados que escapa de esa manera al bloqueo yanqui.[13]

[11] WARD BARRETT, *The sugar hacienda of the Marqueses del Valle.* University of Minnesota Press, Minneapolis, 1970.

[12] *La Gaceta,* 9 de noviembre de 1864, citada por FRÉDERIC MAURO, "L'Economie du Nordést et la Résistance a l'Empire", *La Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano cien años después,* p. 64.

[13] ISIDRO VIZCAYA CANALES, *Los orígenes de la industrialización de Monterrey. Una historia económica y social, 1867-1920.* Publicaciones del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Monterrey, 1969, cita el siguiente párrafo: "La aduana de Piedras Negras le producía a Vidaurri, únicamente por concepto de derechos sobre el algo-

Y si pensamos además, que una fuerte corriente de opinión pública que se manifiesta en artículos de periódicos de aquellos años, defendió la tesis de que la extrema carestía del algodón producida por la Guerra de Secesión había inclinado a Napoleón III a intervenir en México buscando hacerse de una fuente de aprovisionamiento algodonero,[14] entonces el cuadro puede cerrarse. La importancia de acontecimientos externos a la historia de nuestro país, ya sea técnicos o de ruptura del equilibrio en las zonas productoras a nivel mundial, afectará igualmente el destino de regiones enteras dedicadas a ciertos cultivos, y ahí está el caso del henequén en Yucatán sólo para ilustrarlo. Regiones enteras han cambiado en pocos años unos cultivos por otros y con ello han provocado cambios definitivos en el equilibrio regional.

Además, la importancia y preferencia de los mercados de consumo marca definitivamente –aunque por lo general está en el origen– muchos de estos cambios de destinos regionales. Conocemos al menos el ejemplo de los efectos que produjo en la economía de la región de Puebla-Atlixco, el crecimiento del Bajío en la segunda mitad del siglo XVIII. El desarrollo agrícola alcanzado por el Bajío anuló, de manera casi definitiva, la importancia de Puebla como abastecedor de productos agrícolas de la ciudad de México y produjo un estancamiento en el desarrollo agrícola del que fue considerado, durante los primeros siglos de la colonia, el "granero de México". Las consecuencias de este cambio en el equilibrio de los mercados para el desarrollo urbano y regional,

dón, cincuenta mil pesos mensuales... El tráfico con Texas tenía empleados más de 3 mil carros en el comercio, y la circulación del dinero texano en Nuevo León, desde el comienzo de la Guerra de Secesión llegaba a un efectivo de 3 millones", p. xix. Algunos comerciantes de Monterrey, como Patricio Milmo, lograron hacer grandes fortunas personales con el tráfico del algodón norteamericano. *Vid.* RONNIE C. TYLER, "Cotton on the Border, 1861-1865", *Southwestern Historical Quarterly,* LXXIII, núm. 4, abril, 1970, pp. 456-477.

[14] FRÉDERIC MAURO, *art. cit.*

tanto de Puebla como del Bajío, fueron de gran importancia y marcaron su destino durante los años siguientes.[15]

Pero el interés de estas transformaciones en el aprovechamiento de los recursos debe estudiarse tanto como problema de conjunto, "del país", como a nivel regional, y con carácter más monográfico. Los resultados de estas investigaciones serán igualmente apasionantes desde ambas perspectivas.

2. *Enfoques de acercamiento.* Estamos tan acostumbrados a nuestros paisajes contemporáneos que olvidamos su historicidad. Nos resulta difícil imaginar, por ejemplo, que una gran parte de la planicie que se domina al descender la sierra rumbo al valle de Toluca, no hace muchos años era una extensa laguna. Si visitamos el poblado de Capulhuac (Edo. de México), no podemos ya imaginarlo como el poblado ribereño del que nos hablan las crónicas. Y sin embargo, Capulhuac creció y se desarrolló a orillas de la laguna del Lerma, como San Mateo Atenco, como Amomolulco. Durante muchos siglos Tultepec, Chapultepec y Tepeapulco[16] fueron islas. Nos resistimos a creer que aquella famosa isla de Tultepec, donde Vasco de Quiroga intentara fundar uno de sus hospitales-pueblos,[17] sea el mismo pueblecito que ahora conocemos. Hace bien pocos años (antes de 1951), aun cuando la laguna había descendido ya notablemente, dejando al descubierto el llano que separa Atenco y Tlaltizapán, Tulte-

15 Alejandra Moreno Toscano, "Economía regional y urbanización: tres ejemplos de relación entre ciudades y regiones en Nueva España a finales del siglo xviii", III Simposio sobre la Urbanización en América desde sus orígenes hasta nuestros días, XXXIX Congreso Internacional de Americanistas, Lima, Perú, 1970. Se publicará en las Memorias del Congreso.

16 "Fui a visitar antes de entrar en esta ciudad el cerro de Tepeapulco, que está dentro de la laguna", Carlos María de Bustamante, *Viaje a Toluca,* 1834.

17 Javier Romero Quiroz, *Vasco de Quiroga en Tultepec.* Gobierno del Estado de México, Toluca, s.f.

pec todavía era una pequeña península. Así está señalada en los mapas.[18]

Hoy, la localización de este pueblecito sigue siendo la misma, en el mismo lugar del espacio, pero el cambio histórico resentido ha sido enorme. Está allí, pero ahora en el centro de un llano, alejado de las líneas importantes de comunicación. Antes, por el agua, estaba relativamente más cerca de muchos lugares. Paradójicamente ahora está más aislado que cuando era una verdadera isla.

La antigua laguna del Lerma, si hemos de creer en las impresiones de los viajeros del siglo pasado, se extendía desde Amomolulco hasta más allá de Doña Rosa. "En el tránsito de Lerma fijé mi atención en la gran laguna comenzada allí a formar por las aguas de la gran fuente llamada Almoloyita, de la que toma su origen el famoso río de Guadalajara"... dice Carlos María de Bustamante en 1834.[19]

Allá por los años de 1920 o 30, cuando la generación de nuestros padres hacía sus paseos domingueros, estaba de "moda" ir a pescar truchas al río que atravesaba el pueblecito de Ocoyoacac. La pintura popular parece haber sido la única fuente que conservó escenas "pintorescas" de "pescado-

[18] Departamento del Distrito Federal, *Obras para provisión de Agua Potable para la ciudad de México,* Sistema del Lerma. México, 1951, con 2 mapas.

[19] Carlos María de Bustamante, *Viaje a Toluca,* 1834. En un documento del siglo XVIII encontramos la siguiente descripción: "A la entrada por el Este tiene Lerma una calzada que facilita la comunicación por medio de las lagunas y pantanos que la circundan. Cuidada y en buen estado por el continuo celo y trabajo del actual Subdelegado Don José Martínez de Castro. Al poniente tiene un puente para el paso de los Ríos de Almoloya y Ocuyuacaque, que nacen el primero al Sur y el Segundo al ESE de Lerma, a poco más de dos leguas de distancia y traen su curso al Norte reuniéndose sus corrientes a la inmediación de Lerma formando uno al concurrir por ella. Los derrames de estos ríos producen los pantanos y lagunas expresadas inutilizando más de cuatro leguas cuadradas de extensión que sustrae a la agricultura." "Padrón militar de la ciudad de Lerma, 1791" AGNM. *Padrones,* Vol. 12, p. 207.

res" en sitios donde hoy no podemos ver otra cosa que sedientos ejidatarios.

Todos estos episodios relatan una historia de cambio de paisaje. En 1942 se habían iniciado las obras para dotar de agua potable a una ciudad de México que comenzaba entonces a desbordarse a sí misma. Una antigua idea, que hasta entonces había parecido solamente producto de una imaginación exaltada, comenzó a ponerse en práctica. Había que captar las aguas manantiales de las márgenes sur y oriente de la laguna del Lerma (Almoloya del Río, Texcaltenco, Alta Empresa, Ameyalco) y conducirlas por gravedad al Valle de México. Los trabajos durarían casi diez años. Cuando terminaron, en 1951, el agua de los manantiales había sido desviada más de 60 km., atravesando la Sierra de las Cruces (Túnel de Atarasquillo), para usarla en la cuenca de México.

Si desde el punto de vista de la geografía lo importante en este episodio fue que una cantidad considerable de agua, que naturalmente pertenecía a la vertiente del Pacífico (Río Lerma-Santiago), fue desviada a la vertiente del Golfo (Zumpango-Tula-Pánuco), desde el punto de vista de nuestra historia, lo importante será analizar las transformaciones que resintió la población del Valle de Toluca.

La antigua laguna, que al desbordarse en tiempos de lluvias se alimentaba a sí misma alimentando los mantos freáticos de la zona, desapareció. Y con ella, se agotó el agua en muchos sitios. "Las instalaciones, abandonadas e inútiles, quedaron como mudos testigos de una explotación exagerada. Al mismo tiempo, la vida económica de la zona cambió radicalmente. De comunidades de pescadores, sus habitantes se convirtieron en artesanos, en ganaderos y en vendedores de artículos como barbacoa." [20]

Dentro de esa historia de los cambios en el paisaje, el único caso que parece haber interesado a un amplio número de investigadores es el del Valle de México.

[20] Banco de Comercio, *La Economía del Estado de México*. México, 1969.

Al estudiar el valle, los geógrafos se han interesado en la historia, como los historiadores, y —más que ellos los antropólogos—, en la geografía. Algunos geógrafos se han vuelto a la historia obligados a explicar las características contemporáneas de un valle que sufrió grandes transformaciones a lo largo de su historia remota o cercana. El estudio del drenaje actual del valle siempre estará relacionado con un sistema hidrológico que desde antiguo fue modificado en varias ocasiones. Las variaciones en el equilibrio ecológico de la zona así como la desecación del valle, son hipótesis planteadas por algunos geógrafos.[21]

Pero la historia del valle todavía no se ha escrito. Cuando en 1958 Enrique Beltrán publicó su trabajo sobre el Valle de México,[22] había intuido un gran tema. Pero no pudo escribir un gran libro porque su misma concepción de la historia se lo negaba. Así, al hacernos la historia del valle, nos cuenta los episodios históricos que tuvieron como escenario el valle: la llegada de Cortés, el recibimiento de Moctezuma, la noche triste... o las vicisitudes políticas del siglo XIX. O sea, que en su obra, el espacio sólo está concebido como escenario del drama. Así, el valle aparece más como escenografía que como problema vivo.

[21] *Vid.* varios trabajos publicados en *Simposio sobre el valle y la ciudad de México.* Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México, 1956. El problema de la desecación del Valle lo recogió Alfonso Reyes: "Abarca la desecación del Valle desde el año de 1449 al año de 1900. Tres razas han trabajado en ella, y casi tres civilizaciones —que poco hay de común entre el organismo virreinal y la prodigiosa ficción política que nos dio treinta años de paz augusta. Tres regímenes monárquicos divididos por paréntesis de anarquía, son aquí ejemplo de cómo crece y se corrige la obra del estado ante las mismas amenazas de la naturaleza y la misma tierra que cavar. De Netzahualcóyotl al segundo Luis de Velasco, y de éste a Porfirio Díaz, parece correr la consigna de secar la tierra. Nuestro siglo nos encontró todavía echando la última palada y abriendo la última zanja. Es la desecación de los lagos como un pequeño drama con sus héroes y su fondo escénico." *Visión de Anáhuac (1519).* El Colegio de México, México, 1953.

[22] ENRIQUE BELTRÁN, *El hombre y su ambiente, Ensayo sobre el valle de México.* Fondo de Cultura Económica, México, 1958.

La historia del valle es mucho más que esos episodios. Es la historia de la extensión y reducción del cultivo de Chinampa, como la ha mostrado Pedro Armillas; es la historia del asolvamiento de los lagos; de las nuevas formas de utilización del riego. Problemas tan vivos en aquellos primeros tiempos coloniales, que dejaron su huella en la poesía novohispana, tradicionalmente alejada de las realidades cotidianas. Ahí tenemos a Arias de Villalobos recogiendo en su "Canto a la llegada del Virrey de Montesclaros" el problema de la laguna de Texcoco:

> Y si ahora se ve que sus raudales / Menguan el agua y han venido a menos, / Culpa tienen las tierras sementales, / Que, por cultivo de los tiempos buenos, / Abren azudas zanjas y canales, / De donde el labrador hinche los senos, / Haciendo que (a pesar del curso) el río / le falte al lago y sobre el regadío.[23]

La historia del valle es la historia de una desforestación que, aunque difícilmente, también puede medirse. Es la historia del crecimiento de una ciudad que irá devorando los antiguos ranchos y haciendas que dieron su "paisaje" al valle de otro tiempo, y de los que sólo nos quedan como recuerdo algunos nombres de barrios o "colonias": Hacienda de Narvarte, Hacienda de los Portales, Hacienda de los Morales, Hacienda de Clavería, Rancho del Olivar de los Padres, Molino de Santa Fe, Rancho de Santo Tomás.[24] Esa historia del valle todavía no ha sido escrita.

El mismo Beltrán adelantó unos temas de los que aquí hemos señalado. Pero al desarrollar, por ejemplo, la historia de las obras del desagüe por Huehuetoca, se detuvo más en consideraciones institucionales y políticas que en otros temas que pueden cambiar nuestra visión de las cosas. Todavía se-

[23] ARIAS DE VILLALOBOS, *México en 1623*. En GENARO GARCÍA, *Documentos inéditos*, Vol. XII.

[24] JOSÉ ROMERO, *Guía de la ciudad de México y demás municipalidades del Distrito Federal*. Librería Porrúa, México, 1910.

guimos intuyendo el problema del desagüe como una empresa que trastocó, profundamente, la estructura del valle; y no sólo su estructura hidrológica, sino la social, la de sus hombres, y la de muchos hombres de otros valles y otros lugares distantes. Y sobre este problema contamos ya con algunos párrafos ricos en sugerencias, de Charles Gibson.[25]

3. *Los grandes transformadores del paisaje.* Muchos hemos oído decir, por personas amigas y por algunos maestros, que en el fondo nuestra preocupación por los cambios en el paisaje está lejos de lo que es "Historia" (historia como relato de las acciones memorables de los hombres). Ésa es, nos parece, una posición extrema. Si queremos individuos actores en esta historia de los cambios en el paisaje, sin duda los encontraremos, y en abundancia. Su estudio, como personajes transformadores de su mundo, va a revelarse de una fuerza extraordinaria.

Allí tendríamos, para poner sólo un ejemplo cercano, la personalidad de Dante Cusi,[26] aquel visionario italiano que con sus propios recursos cambió definitivamente el destino de esas ricas tierras bajas de Michoacán, desde Uruapan hasta el Tepalcatepec (entre 1885 y 1937). Éste puede ser uno de nuestros personajes. No solamente introduce nuevos cultivos, experimenta variedades nuevas, abre caminos, y en una de las aventuras más apasionantes de nuestra historia, abre a la irrigación esa zona al trazar un canal y abrir uno de los sifones más impresionantes en funcionamiento del mundo en su época —maravilla que hizo decir a los peones que tenía pacto con el diablo, porque el agua en lugar de correr hacia abajo, lo hacía hacia arriba—. Pero hizo algo más que introducir nuevos cultivos, o echar a andar una zona que permanecía inculta desde sus orígenes; tuvo una clara visión de que toda nueva empresa formaba parte del mismo proceso

[25] CHARLES GIBSON, *The Aztecs Under Spanish Rule.* Stanford University Press, Stanford, 1964, pp. 236-242.

[26] EZIO CUSI, *Memorias de un Colono.* Ed. Jus, México, 1969.

de desarrollo regional. No nos equivocamos con esa última palabra. Aun cuando eran sus propiedades personales, las haciendas de Lombardía y Nueva Italia formaban verdaderamente una región.

Todas las innovaciones realizadas por Cusi habrían de tener un significado regional. Que los cultivos no se desarrollaban por falta de abonos químicos... la solución no fue, para este hombre excepcional, importar los abonos que necesitaba, sino crear su propia planta transformadora de fosfatos. Algo semejante ideó cuando observó que la producción de limones provocaba un excedente, saturando el mercado de consumo de fruta. Para conjurar ese problema se le ocurrió instalar una extractora de aceite de limón y de ácido cítrico, productos que pudo exportar más tarde a Estados Unidos y a Francia.

¿Tendríamos que aceptar que se trata de un gigante aislado en esta historia de los cambios del paisaje? Hay seguramente en nuestra historia muchos otros empresarios de visión comparable. ¿Qué personajes están detrás de esa apasionante historia de la Laguna?,[27] ¿del valle del Yaqui? Nuestra propia generación ha sido testigo de fenómenos tan espectaculares como Acapulco y Puerto Vallarta. Bien sabemos que siempre "alguien" está detrás de esas historias de transformaciones definitivas del paisaje. ¡Qué distintos nos parecen, desde esta perspectiva, personajes como Lucas Alamán, fomentando cultivos y protegiendo empresarios desde sus cargos en el gobierno!

Algunas veces también podemos registrar pequeños hechos, que a su nivel minúsculo nos reflejan la misma voluntad por el cambio consciente de las condiciones heredadas. Se nos viene a la memoria un episodio que relata Fernando Benítez acerca de Aurelio Kanare, profesor rural de la región Cora, "que valiéndose del dibujo de una enciclopedia, ha construido una noria egipcia de péndulo, lo que le per-

[27] CLIFTON KROEBER, "La cuestión del Nazas hasta 1913", *art. cit.*

mite regar sus papayos, sus naranjos, sus mangos y una pequeña hortaliza".[28]

Pero en estas historias de los cambios del paisaje, los individuos no serán siempre brillantes, ni sus acciones vistosas. El cambio fundamental del paisaje sigue siendo un hecho cotidiano. Recordemos aquella cita de Marc Bloch,[29] cuando nos relata la historia que se repite cotidianamente, del efecto de la pastura de ovejas sobre el bosque...

II. *Historia de las ciudades*

Así como la historia de nuestros paisajes rurales está por escribirse, la historia de nuestras ciudades es terreno abierto para los investigadores.

1. La estructura de las ciudades. Sabemos bien poco de la estructura de una ciudad porfiriana, más cercana en el tiempo pero de perfiles más indefinibles para nosotros, que la ciudad de períodos más antiguos: esa ciudad, pequeña todavía, de 14 kilómetros cuadrados, "sin comprender —como diría García Cubas— la área de los terrenos en que se están formando las colonias de San Rafael y la Piedad" (1892).[30] Eran aquellos tiempos en que cualquier citadino sabía distinguir entre las peritas de San Juan y la bergamota de Mixcoac, que consumía aceite de los olivares de Tulyehualco o que, durante el invierno, podía dedicarse a la caza de patos

[28] FERNANDO BENÍTEZ, "Historia de un Chaman Cora", *Revista de la Universidad de México,* Vol. XXIV, núms. 5-6, enero-febrero, 1970, p. 2.

[29] MARC BLOCH, *Les caractères originaux de l'histoire rurale Française.* Libraire A. Colin, París, 1960.

[30] ANTONIO GARCÍA CUBAS, *Geografía e Historia del Distrito Federal.* Antigua Imprenta Murguía, México, 1892, p. 23; hemos aprovechado en esta parte algunas de las indicaciones que señala Eric E. Lampard, "The Dimensions of Urban History: A Footnote to the Urban Crisis", *Pacific Historical Review,* Vol. XXXIX, Núm. 3, agosto, 1970.

y "chichicuilotes".[31] Cuando Cuajimalpa era un "espeso bosque" y las damas elegantes gustaban de ir a bañarse al Peñón ("establecimiento de baños últimamente mejorado de tal manera que por su lujo puede competir con los mejores europeos").[32]

Pero las fuentes para analizar la estructura de esa ciudad de fines de siglo están a la mano y los resultados de ese análisis son muy prometedores. Bastaría, por ejemplo, que se trabajase el Censo de Peñafiel[33] para hacernos una nueva idea, más clara, de la estructura de nuestra ciudad prerrevolucionaria. Podrían llegarse a establecer —utilizando procedimientos de análisis cartográfico— ciertas distribuciones "espaciales" que todavía desconocemos. El Censo de Peñafiel contiene todos los elementos necesarios en este tipo de análisis. Su información se descompone en "cuarteles" y en "manzanas" —último microcosmos urbano— y permite así establecer concentraciones y dispersiones, que caracterizarían la estructura de la ciudad de entonces.

Las informaciones sobre características de las habitaciones (casas de 1, 2, 3 y 4 pisos); sobre la distribución de templos, parroquias y capillas; sobre el número de accesorias y cuartos para habitación, están bien especificadas en ese censo. Pero no solamente esas distribuciones espaciales de características "físicas" y al fin y al cabo, fácilmente localizables en el espacio, sino otras características más sutiles de la ciudad.

Puede analizarse la distribución espacial de los habitantes urbanos por su origen. Esos "extranjeros" (españoles, franceses, norteamericanos y otros) que seguramente habrán de concentrarse en ciertos barrios de residencia de las nuevas colonias. Lo mismo —más importante— con relación a

[31] Dice García Cubas: "tanto que se aprecia en más de medio millón el número de patos que se introducen en los mercados y en otro tanto el de las demás aves acuáticas". *Op. cit.*, p. 22.

[32] *Ibid*, p. 28.

[33] *Estadística General de la República Mexicana a cargo del Dr. Antonio Peñafiel.* Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, México, 1892.

los originarios de otros estados de la República (principalmente de los estados de México, Guanajuato, Querétaro, Hidalgo, Puebla y Michoacán) y que pueden concentrarse o dispersarse de manera significativa.

Además de esas distribuciones espaciales de población por sus orígenes, el censo de Peñafiel nos permite localizar la población alfabeta o analfabeta dentro de ese ámbito urbano y con ello, inferir importantes relaciones con su estructura. Al mismo tiempo, podría hacerse un análisis preciso de la distribución espacial de la población urbana por sus ocupaciones (profesionistas, ocupados en la administración, en el comercio, artes, oficios y manufacturas) y descubrir la concentración —más que dispersión seguramente— de ese rubro bien indicativo de "propietarios". Como esta fuente hay muchas otras, para épocas anteriores o posteriores, que esperan esos análisis de distribución espacial, fundamentales para la comprensión de nuestra geografía histórica de las ciudades.

Tenemos que centrar nuestras preocupaciones en los problemas de continuidad y cambio en las funciones de los barrios de nuestras ciudades. Conocemos, gracias al excelente trabajo de Enrique Valencia,[34] el ejemplo del barrio de La Merced en la ciudad de México. Ese antiguo centro residencial, del que todavía da testimonio la *Guía de Forasteros* de 1864, cambiará de destino después de las leyes de desamortización. El cambio del valor de la tierra, la modificación tanto en su tenencia como en su uso, acabarán haciendo de los antiguos conventos y edificios públicos coloniales de esta zona habitaciones colectivas, vecindades o edificios invadidos por casas comerciales, cerrados a la vida pública, convertidos en bodegas de almacenes. El centro "prestigioso" de la ciudad, el antiguo "centro" —a la manera tradicional española— en el que estaban representados los grupos de poder de

[34] ENRIQUE VALENCIA, *La Merced. Estudio ecológico y social de una zona de la ciudad de México.* INAH, México, 1965. Especialmente el capítulo "Antecedentes históricos".

la sociedad antigua: catedral, casas de cabildo, casa de virrey, casa de hombres ricos del tiempo; aquel centro nacido de una "traza", de una segregación de los mundos del conquistador y del conquistado,[35] acabará por romperse definitivamente; los barrios elegantes se irán desplazando hacia el poniente. Seguirán el camino de la Alameda y del Paseo de Bucareli, abandonando el centro antiguo a su progresiva "populización" y deterioro.[36]

En los últimos años del crecimiento de la ciudad, en un "presente" que todavía es el nuestro, hemos sido testigos de procesos semejantes de transformación de antiguas zonas residenciales en centros comerciales más o menos influyentes: la "zona rosa", la avenida de los Insurgentes, la aparición de la zona comercial que abarca desde el Camino Real hasta el Nuevo Liverpool y tantos otros. Vale pues la pena interesarnos en los efectos de esas transformaciones en el pasado como nos importan en el presente.

2. *El proceso de construcción y destrucción de las ciudades.* Desde nuestro punto de vista, otro tema que debe destacarse es el de la expansión física de nuestras ciudades. Este tema se relaciona estrechamente con la topografía de sitio en el que se establecen originalmente nuestros centros urbanos. Generalmente, la topografía marca la suerte de las expansiones sucesivas de esas ciudades. Algunas ciudades extenderán sus nuevos barrios más allá de sus estrechamientos topográficos originales (Guanajuato, Monterrey). La ciudad de México, por circunstancias de emplazamiento, pasará por una etapa lacustre, por un largo periodo anfibio[37] —cuyo último resto arqueológico fue, hasta este siglo, el canal de

[35] EDMUNDO O'GORMAN, *Reflexiones sobre la distribución urbana colonial de la ciudad de México.* XVI Congreso Internacional de Planificación y de la Habitación, México, 1938.

[36] ENRIQUE VALENCIA, *op. cit.*

[37] La expresión es de Gibson, *The Aztecs. . ., op. cit.*

Santa Anita—[38] y por un sucesivo encaramarse a las "lomas" y zonas altas, desprendiéndose de su antiguo valle.

Así como debemos considerar la topografía, tenemos que volver varias veces al estudio de los planos originales: esa herencia cuadriculada colonial de la que apenas escaparon algunas de nuestras ciudades (algunos centros mineros, por su topografía; algunas ciudades-estación de caminos, por su función) y que dejó una huella que ha permanecido sin modificaciones importantes a pesar de las transformaciones urbanas posteriores.[38a] (Y con los planos cristalizados, vivos, podríamos examinar toda una serie de planificaciones imaginadas, pero nunca realizadas, de las que tenemos algunos ejem-

[38] Todavía en 1910 podía escribirse lo siguiente: "Dice D. Manuel Payno que en este pueblo (Ixtacalco) y en el de Santa Anita solamente se conserva hasta nuestros días algo que recuerde las épocas de reyes y emperadores de la ciudad." "El que haya ojeado la historia antigua de este país... puede fácilmente, cuando se halla en Ixtacalco, figurarse en su imaginación lo que sería esta ignorada Venecia del Nuevo Mundo... reposando tendida como una ondina entre las aguas azules y apacibles de los lagos y entre las variadas flores y arbustos de que estaban llenas las islas. Este canal, estas chinampas, este pueblecillo, siempre húmedo y frondoso, es lo que más llama la atención de los extranjeros instruidos que no dejan de admirar esta agricultura sencilla y primitiva y esta antigua invención de los jardines flotantes, digna de los pueblos más adelantados en la civilización. Los indígenas que habitan estos pueblos siembran casi en todas las estaciones del año flores y verduras, y las vienen a vender a la ciudad conduciéndolas por el canal en unas chalupas muy pequeñas...

Santa Anita e Ixtacalco son los paseos favoritos de la gente del pueblo. En la estación propia, que comienza el primer domingo de cuaresma y concluye en Pascua del Espíritu Santo todos los días festivos se dirigen las gentes en bandadas al embarcadero de la Viga." José Romero, *Guía de la ciudad de México y demás Municipalidades del Distrito Federal.* Librería de Porrúa Hermanos, México, 1910, p. 110.

[38a] Ver los trabajos de Woodrow Borah, "La influencia cultural europea en la formación del esquema de centros urbanos que perdura hasta nuestros días" y de Jorge E. Hardoy, "Las formas urbanas europeas durante los siglos XV a XVII y su utilización en América. El trasplante tecnológico urbano de españoles, portugueses, ingleses, holandeses y franceses", presentados en el III Simposio sobre el proceso de urbaniza-

plos excelentes.[39]) Debemos considerar también todas aquellas adaptaciones urbanísticas limitadas, fragmentarias, que darán cierta "personalidad" a algunas de nuestras colonias. Como esos ensayos de avenidas "panorámicas", a pequeña imagen y pequeña semejanza de modelos europeos (la calle de Orizaba en la colonia Roma, con sus plazas sucesivas, por ejemplo) o la afrancesada introducción de nuestros quioscos de provincia.[40]

La ciudad va creciendo siguiendo planos sucesivos a los que se superponen otros nuevos, destruyendo en parte los antiguos. Muchas veces esos reacomodos obedecen a estímulos de novedad que deberíamos enchufar en una historia más amplia de la expansión de nuestras ciudades. Ahí tenemos por ejemplo, esa serie de fraccionamientos planeados "en circuito" que llegó a extremos inimaginables en Ciudad Satélite, en la que cualquier "extranjero" al área difícilmente encuentra las salidas. Pero existen también otros ejemplos de expansión de nuestras ciudades sin plano alguno, producto simplemente del peso de su mismo crecimiento. Y como la expansión física horizontal, el crecimiento concentrado vertical, del que son ejemplo algunas de nuestras ciudades provincianas del siglo XIX (Guadalajara), debe también tenerse en cuenta.

La expansión de las ciudades puede analizarse desde otras perspectivas. Habría que hacer algo de la historia del financiamiento de los fraccionamientos que marcan esas expansio-

ción en América, que se publicaran en las Actas y Memorias del XXXIX Congreso Internacional de Americanistas. Lima, Perú, 1969.

39 SIMÓN TADEO ORTIZ DE AYALA, *Resumen de la Estadística del Imperio Mexicano 1822*. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1968.

40 Véase el comentario de François Chevalier al trabajo de MAURICIO GÓMEZ MAYORCA "La influencia francesa en la arquitectura y el urbanismo en México". *La Intervención Francesa y el Imperio cien años después..., op. cit.* Al parecer es también durante esta época cuando las plazas centrales de los pueblos dejan de ser centros de comercio para convertirse en lugares de paseo y reuniones sociales semanarias.

nes sucesivas. Volvamos a los ejemplos. Podría situarse un primer gran crecimiento —expansión de la ciudad de México entre los años de 1880 y 1908.[41] Para esas fechas se encontraban establecidas definitivamente las primeras extensiones de la ciudad con las colonias Guerrero, de los Arquitectos y Santa María la Ribera, que habían comenzado a abrirse desde mediados del siglo XIX.

En los años que van de 1880 a 1890,[42] se abren al público 12 colonias o fraccionamientos incluyendo el de Tepito y Díaz de León, las colonias Progreso y Morelos, la de Tecoac (por el rumbo de Bucareli y Rosales), la Candelaria Atlampa y la San Rafael. La ciudad avanza algunos de sus extremos de manera espectacular, rebasando los límites de la estación de Buenavista e iniciando su prolongación alargada por San Pedro de los Pinos, rumbo a Tacubaya.

En la década de 1890 continuaron abriéndose nuevas colonias. Surgen entonces Indianilla, El Chopo, y lo que más tarde sería la colonia Obrera, conocida entonces como "El Cuartelito". Durante esos mismos años comienza a fraccionarse también la antigua hacienda de San Pedro Mártir para dar nacimiento a lo que después sería El Carmen, en Coyoacán.

Entre 1900 y 1908 se ponen en marcha algunos proyectos perseguidos desde tiempo atrás. Se abren entonces la colonia Roma y en los antiguos terrenos de la Hacienda de la Teja, la Juárez y la Cuauhtémoc.

Podríamos preguntarnos pues, quiénes fueron los propietarios o concesionarios originales de esos fraccionamientos. Entre la información diluida que tenemos a la mano, descu-

41 Estas fechas coinciden con un periodo de serias dificultades (inundaciones, problemas en el drenaje, etc.) para la zona centro de la ciudad. MOISÉS GONZÁLEZ NAVARRO, "México en una laguna", *Historia Mexicana,* Vol. IV, Núm. 4, abril-junio 1955, pp. 506-522.

42 Para toda la información que sigue hemos utilizado los datos que proporciona JOSÉ LORENZO COSSÍO, "Algunas noticias sobre las colonias de esta capital", *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística,* t. 47, Núm. 1, México, 1937, pp. 1-41.

brimos desde luego los nombres de algunos financieros importantes ligados al nacimiento de esas colonias. La Candelaria fue fraccionada por la familia de José Ives Limantour, entonces ministro de Hacienda. En el fraccionamiento de San Rafael intervino la sociedad formada por Enrique Tron y Leon Signoret, relacionados con los grandes almacenes comerciales franceses de la ciudad de fin de siglo. Rafael Martínez de la Torre, fraccionador de la colonia Guerrero, estuvo también ligado originalmente al fraccionamiento de la Hacienda de la Teja, aunque más tarde haya vendido sus derechos a una compañía norteamericana. Podríamos preguntarnos asimismo, quiénes fueron los socios locales de esas compañías fraccionadoras que lograron controlar las nuevas colonias de principios de siglo (Mexico City Land Improvement Company; Mexico City Propriety Sindicate Limited), y buscar el establecimiento de la probable relación entre los grupos financieros y las especulaciones urbanas. La sola tarea de identificación, no dejará de tener importancia para la historia de nuestro crecimiento urbano.

De la misma manera, podríamos proponernos descubrir —si las fuentes lo permiten— algunas indicaciones sobre la concentración de la propiedad urbana. Al fin y al cabo, una gran parte de la riqueza rural afectada durante diversas etapas de nuestra historia, sobre todo la de algunos hacendados después de la Revolución, ha terminado en inversiones urbanas; "oficio triste, pero seguro", como diría uno de tantos exponentes de este proceso.[43]

3. *Las ciudades y su exterior.* Además de todo lo anterior, desde el punto de vista de la geografía histórica será mucho más importante analizar la relación de las ciudades con su exterior, lejano o cercano.

Si volvemos al ejemplo de la ciudad de México, podríamos ver su comportamiento como centro urbano centralizador y absorbente frente a las pequeñas "villas" que la rodea-

[43] Ezio Cusi, *Memorias de un Colono, op. cit.*

ban y que ahora han quedado integradas a ella definitivamente, como sus "partes". Ahí está el ejemplo de la "Villa" de Guadalupe, que desde tiempos coloniales prefigura su calidad dependiente de la gran ciudad. El estudio de Delfina López Sarrelangue sobre esta villa[44] señala algo que parece ser distintivo en esas relaciones entre ciudad mayor-ciudad menor dependiente. En la villa de Guadalupe del siglo XVIII, los alimentos alcanzan precios más altos que en la ciudad de México y, por otro lado, los salarios son notablemente menores. Los precios en el alquiler de las viviendas resultan relativamente más caros en la villa que en la ciudad de México —porque no se construyen suficientes viviendas puesto que el terreno no vale gran cosa. Además, resulta que faltan una serie de servicios urbanos precisamente a causa de la proximidad de la pequeña villa a la gran ciudad. En la villa del sigo XVIII, el enfermo se ve obligado a consultar al médico de la ciudad de México, pues ningún médico quiere residir fuera de ella. Esas son las contradicciones que resienten muchos de esos centros menores cercanos a las grandes ciudades. Ellas limitan su desarrollo autónomo. Su misma cercanía acaba convirtiendo a esos centros en apéndices o "colonias" de la gran ciudad. Este ejemplo del siglo XVIII podemos verlo repetido ahora en algunos centros que conservan relaciones paralelas con la ciudad de México, como Cuajimalpa, y quizás muchos otros.

El dominio de la ciudad mayor sobre las pequeñas ciudades aledañas se manifiesta a todos los niveles. Externamente la dependencia económica se traduce en una dependencia en cuanto al propio modelo urbano. Cuando en 1834 Carlos Ma. de Bustamante visita Toluca, ese "apéndice o suplemento de México", escribe lo siguiente:

> En todos los edificios se notan las mismas disposiciones que en los de México. El espíritu de imitación se nota hasta en las

[44] DELFINA E. LÓPEZ SARRELANGUE, *Una villa mexicana en el siglo XVIII*. Imprenta Universitaria, México, 1957.

cosas más pequeñas e insignificantes: México es el gran tipo de toda la República, como París de una gran parte de Europa.[45]

La ciudad dependiente acaba por ser sólo "externamente" urbana; su desarrollo la obliga a conservar ciertos rasgos en la vida de sus habitantes más cercanos a la vida rural. La pequeña ciudad de Toluca ejemplifica bien esa desigualdad de desarrollo frente a la ciudad de México:

[El viernes] era de mercado y pasé a verlo. Noté que muchas señoras madres de familia se presentaron a comprar lo necesario para sus casas; todavía se respira allí la noble sencillez de nuestras matronas del siglo XVII, que no esquivan, como nuestras cortesanas, de presentarse en esos lugares, consultando a la economía del bolsillo y alivio de sus maridos, sin descocarles sus capitales en modas y perfumes.[46]

En estos exámenes de las relaciones de las ciudades con su exterior cercano, podríamos interesarnos en precisar la órbita de expansión e influencia de una ciudad, procurando conocer (datar y localizar en el espacio), cuáles han sido considerados o preferidos como paseos "domingueros" por sus habitantes. Desde Tacubaya a Valle de Bravo hay una expansión importante que podría perseguirse. Las llegadas rituales de población citadina a centros más rurales, acaba por transformar los géneros y calendarios de vida de los nativos. Podríamos señalar fácilmente esos sitios y reconstruir los mapas sucesivos de esa influencia. En 1834 los habitantes de la ciudad de México no tenían ni siquiera una idea de lo que era Toluca, ya que para llegar a esa ciudad, había que invertir por lo menos todo un día de viaje en coche.[47] El des-

[45] CARLOS MARÍA DE BUSTAMANTE, *Viaje a Toluca...*, *op. cit.*, p. 55.

[46] *Ibid*, p. 51.

[47] "Este día me dediqué a observar esta ciudad y reconocí que no se tiene de ella una idea precisa en México." CARLOS MARÍA DE BUSTAMANTE, *Viaje a Toluca...*, *op. cit.*, p. 53, esta pequeña obrita indica de manera muy precisa los tiempos del itinerario.

arrollo de las comunicaciones, el consecuente "irse acercando" de los centros rurales a la gran ciudad, transforma el destino de varios de esos pequeños sitios, al ponerlos al servicio de los consumidores citadinos esporádicos.

Y como el ejemplo de la ciudad de México, cuya órbita de dominio rebasa sus propios encuadramientos regionales, a nivel de una región más pequeña encontraremos relaciones semejantes de dominio de una sola ciudad sobre un exterior amplio.[48]

Habría que interesarse más por estudiar también las relaciones entre las ciudades y su exterior lejano, "su región". En este sentido encontraremos variaciones regionales en el comportamiento de algunos centros urbanos de gran interés para la geografía histórica. Así como hemos señalado algunos casos de ciudades "absorbentes" cuya área de influencia se extiende sobre un región amplia, encontramos otros que presentan características particulares.

El ejemplo del crecimiento de Orizaba y Córdoba (Veracruz) durante los últimos años del siglo XVIII, nos muestra un caso de desarrollo paralelo de dos ciudades medianas de funciones diversas, que dominan una amplia región sin estorbarse: Córdoba es desde entonces una ciudad-almacén de los productos agrícolas de tierra caliente; Orizaba uno de los centros fabriles más importantes de aquel tiempo.

Otro caso ejemplar en este sentido sería el del desarrollo urbano de El Bajío a finales del siglo XVIII. Encontramos ahí una serie de ciudades mayores, medianas y menores que funcionan como "red" y se reparten equilibradamente los beneficios del desarrollo regional, diluyendo entre todas el peso de sus funciones urbanas.[49]

[48] El caso de Puebla en el siglo XVIII, como centro urbano que absorbe a otras ciudades menores de su periferia (Atlixco y Cholula) lo hemos analizado en ALEJANDRA MORENO TOSCANO, "Economía regional y urbanización: tres ejemplos de relación entre ciudades y regiones en Nueva España a finales del siglo XVIII", *art. cit.*

[49] Ambos casos los hemos analizado con detalle en *ibid.*

Estos comportamientos no son nunca históricamente definitivos y por ello debemos estudiarlos más ampliamente. Los equilibrios logrados en un período pueden transformarse esencialmente y variar su peso con el tiempo.

Un buen ejemplo en ese sentido, sería el estudio de la ciudad de Zacatecas, aquel antiguo real que llegó a tener cien mil habitantes en el siglo XVIII y que hoy apenas alcanza los 30 mil. Con la vida de las minas terminó la ciudad. Queda sólo el testimonio de un espléndido casco urbano, que se deteriora paulatinamente.

Temas mayores y temas menores, los estudios de geografía histórica ofrecen el camino abierto a infinitos proyectos. Todos ellos, sin embargo, van a confluir en las grandes preocupaciones de la historia de nuestras estructuras; de nuestros desiguales desarrollos regionales; del uso que hemos hecho de nuestros recursos; historias, todas ellas, que están por hacerse.

PROBLEMÁTICA DE UNA HISTORIA ECLESIÁSTICA

Francisco MIRANDA

LA NECESIDAD de considerar nuestra historia como algo sujeto a grandes y profundas revisiones, va siendo aceptada; repetidas veces se ha demostrado la urgencia de replantearnos, en forma objetiva y verídica, muchos de los enjuiciamientos y criterios que "oficialmente" constituyen la historia de México puesta a la base de la educación política de nuestro pueblo. La seriedad científica que han logrado algunos de nuestros centros de investigación histórica permite intentar esa revisión, en la que se busca superar prejuicios partidistas, que nos han dado visiones simplistas de nuestra historia, y olvidar los criterios estrechos que han favorecido la deformación y el voluntario oscurecimiento de temas que parecían perjudicar intereses ideológicos. Es en este intento de revisión integral y análisis objetivo de nuestro pasado, donde puede encontrar cabida una Historia Eclesiástica Mexicana, considerando a la Iglesia no como la eterna rival del Estado, o independiente de él, sino como parte integrante de nuestra realidad social, cultural, económica y política o en síntesis, de nuestro propio ser histórico en las distintas etapas del desarrollo del país.

La Iglesia en México como objetivo histórico

Creemos que es válido hablar de la Iglesia en México como de una realidad que integra nuestro pasado histórico; en todas partes se viene trabajando sistemáticamente en el estudio del fenómeno religioso. Crece el interés para nosotros de desarrollar ese estudio al constatar que somos el fruto cultural de la simbiosis de dos tradiciones de marcada colora-

ción religiosa: la española medieval y la indígena. Es el hecho religioso un fenómeno tan analizable como cualquier otro fenómeno social, económico o político, pero es su interrelación con los demás fenómenos históricos la que permite hablar de una historia del hecho religioso. En el caso preciso de México, a partir de la conquista, ese análisis del hecho religioso es promovido y hasta cierto punto controlado por la Iglesia, situándose ella como criterio de juicio de las distintas manifestaciones religiosas de nuestro pueblo.

La Historia de la Iglesia es válida e inclusive se puede estudiar en forma aislada desde un punto de vista metodológico, pero no es posible considerar el fenómeno religioso separado de sus implicaciones sociales, económicas, culturales o políticas. Creemos que es un error quererlo construir en forma independiente. El laicismo en México es una actitud más intelectual que vivencial y aparece tardíamente; el fenómeno religioso se encuentra presente desde nuestro primer instante histórico, profundamente enraizado con los otros elementos de nuestra personalidad y es junto a ellos, en la necesaria implicación de todo lo vivo, como debemos analizarlo. Es lógico que el análisis de cada uno de esos elementos requiera métodos específicos, pero la evaluación final tiene que aspirar a ser total. El estudio del fenómeno religioso y de la Iglesia, requiere en el investigador familiaridad con muy variados elementos que lo capaciten para entenderlo y analizarlo dentro de un contexto que no deforme la realidad objetiva que se pretende alcanzar y es quizás éste el punto que reviste mayores problemas para el estudio de nuestra historia eclesiástica. El investigador debe estar enterado de la naturaleza del fenómeno religioso, de la de la Iglesia, de su estructura interna, su organización jurídica, sus fines, su historia general, etc.

Sobreabundando en la importancia de una visión integral de nuestra historia, en la que encontraría lugar obligado la historia de la Iglesia en México, insistimos en que ésta no se puede considerar marginal pues se halla en estrecha conexión con los distintos aspectos de nuestra problemática histórica,

a partir de la historia del pensamiento, pasando por la historia política, la social, la geográfica o la económica, cosa que resulta evidente para el medianamente enterado de nuestro pasado.

Necesidad de método y división

Al hacer alusión a una metodología específica para el estudio del fenómeno religioso y lo relacionado con él, incluyendo en ello la misma historia de la Iglesia, no queremos descubrir el Mediterráneo. La historia de las religiones y la misma historia eclesiástica están ya desarrolladas en otros países; lo que a nosotros toca es hacer una adaptación justa a nuestros problemas concretos, tratando de identificar la personalidad propia de nuestra iglesia, nacida de una realidad específica y en circunstancias particulares. No que tratemos de desconocer los influjos externos, especialmente europeos, sino que hay necesidad de medir su modificación ambiental en nuestro país.

Hay algo que desde un principio dificulta el trabajo histórico en temas mexicanos, incluido el nuestro, y es lo que podríamos llamar la coincidencia en el tiempo de distintos ambientes históricos que se desenvuelven a distinto ritmo y en procesos independientes. El periodo de conquista que se considera concluido con el establecimiento de núcleos europeos y la implantación de una organización política, económica y urbanística, se cierra en diferentes tiempos según la región de que se trate: para la región central será el siglo XVI mientras que para otras zonas tendrá que traerse hasta el mismo siglo XIX. Este solo hecho supone mantener despierta la conciencia, frente a lo que, igual en apariencia, está ya modificado por el distinto tiempo en que se realiza, con una distinta mentalidad subyacente y distintas circunstancias, todo ello indispensable para un juicio histórico objetivo. La consecuencia inmediata de esto para nuestro tema, es limitar nuestra capacidad de generalizar sobre aspectos válidos en una zona, a las condiciones de otras.

El establecimiento de la organización jerárquica de la Iglesia, con la erección de diócesis y el nombramiento de obispos, marca etapas en el establecimiento de la Iglesia: presupone la aceptación general del cristianismo por parte de los habitantes de determinada región o bien la positiva esperanza de su próxima incorporación a la Iglesia. Ejemplifican la aludida diversidad de ambientes y la dificultad de construir una historia común y unívoca para todo México, en lo eclesiástico y valen en su medida para lo civil, las notables diferencias en tiempo observables en la erección de diócesis. El centro de México cuenta desde el mismo siglo XVI con los siguientes obispados: Tlaxcala-Puebla, México, Oaxaca, Valladolid y Guadalajara; no es sino hasta 1620 que se erige el de Durango; sólo en 1777 se fundará el de Monterrey y en 1779 el de Hermosillo. Habrá que esperar a 1840 para la fundación del de California. En 1871 se erigirá el de Tampico, en 1891 los de Saltillo y Chihuahua; Campeche contará con diócesis en 1895, a pesar de que existían ya desde el siglo XVI las de Chiapas y Mérida. La multiplicación de diócesis, por razones administrativas, se hará intensa a mediados del siglo pasado pero para una igual multiplicación en el sur y norte de nuestro territorio habrá que esperar hasta nuestros días, 1957 y años subsiguientes.[1]

La erección de la diócesis trae consigo la fundación de parroquias y la sustitución del trabajo de misiones por el de atención pastoral y el cultivo cristiano de los ya bautizados, siendo en uno y otro caso distinta la actitud de los ministros en relación con los fieles. Dado que esa erección de diócesis se retarda para muchos territorios hasta el siglo XIX, parecería que es idéntica la mentalidad que guió a los misioneros del siglo XVI en el centro de México a la que motivó las labores de Kino, Serra o de nuestros modernos misioneros entre los Tarahumaras, los Mixes o los Huicholes, pero

[1] JOSÉ BRAVO UGARTE, *Diócesis y obispos de la Iglesia Mexicana (1519-1965)*. Ed. Jus, México, 1965, pp. 29-30.

es evidente la desigualdad que crea la distancia en el tiempo entre unos y otros.

Hemos querido destacar esta dificultad metodológica con el afán de señalar la urgencia de una división en periodos, no necesariamente coincidentes en el tiempo, para cada una de las regiones e insistir en lo importante que es esa particularización de nuestra investigación histórica, tema sobre el que volveremos más adelante.

Si fuera necesario indicar las características esenciales de una división válida en lo que a Historia de la Iglesia en México se refiere, atenderíamos a la particularidad bien definida de cuatro periodos distintos, que en las regiones de México pueden coincidir en un mismo espacio y tiempo. Es el nuestro un intento que pretende abrir un cauce experimental a esa dificultad señalada de la coincidencia en el tiempo de distintos ambientes históricos. Los periodos a que hemos aludido se podrían denominar: *misional, colonial, independiente* y *moderno,* situándonos nosotros en un quinto que denominaríamos *contemporáneo.* Las características que podríamos señalar para cada uno de ellos serían las siguientes:

1. *Periodo misional.* Nos presenta una Iglesia no institucionalizada y en vías de organización, sin control absoluto sobre el fenómeno religioso: sus actitudes responden a las iniciativas personales de los misioneros y tienen como característica el espíritu de las distintas órdenes misioneras. La actitud es abierta, estudiándose directamente los problemas y resolviéndose éstos en forma experimental sin atreverse a generalizar soluciones; actitud de inseguridad y búsqueda ante gente nueva y problemas desconocidos. La técnica de penetración está en constante revisión y sobre los problemas rituales privan los que se relacionan con los aspectos humanos y sociales. El choque cultural es frontal y va apareciendo el mestizaje religioso en actitudes sincretísticas, ya que a pesar de que los elementos indígenas parezcan abrumar a los elementos nuevos, éstos cuentan con el apoyo del grupo conquistador. En el campo urbanístico hay una notable inesta-

bilidad que afecta la ubicación de los centros misionales que serán la base de las parroquias en el siguiente periodo. Encontramos zonas con estas características desde el siglo XVI hasta el siglo XIX en el territorio del México actual.

2. *Periodo colonial.* Se puede señalar para la región central de México en los siglos XVII y XVIII. Supone la estabilización de la organización eclesiástica y su concentración en manos del obispo; la actividad misional decrece para dar lugar a la organización parroquial; las órdenes religiosas ceden sus actividades al clero diocesano, no sin tensiones. Atendiendo a lo que fue para el México central este periodo que señalamos, conviene destacar la relación que guarda con el nacimiento de una Iglesia mestiza reflejado en la pugna que enfrenta a los elementos criollos y peninsulares en el control de las instituciones. La Iglesia se identifica plenamente con el estado, que la controla por medio del Real Patronato, y le da el apoyo necesario para una creciente influencia en todos los aspectos de la vida de la colonia. Problemas entre criollos y peninsulares, clérigos y religiosos, alto clero y bajo clero, serán los típicos de esta época. El sistema de misiones populares vendrá a sacudir la uniformidad de la vida religiosa en la población cristiana establecida.

3. *Periodo independiente.* Es ésta una época de transición que prepara el periodo moderno. México busca su personalidad y lo mismo le sucede a la Iglesia; los problemas heredados junto con las virtudes de la época anterior, lo harán periodo de tensiones. El gobierno pretende ser el heredero de las prerrogativas reales sobre la Iglesia, mientras ésta lucha por su independencia sin querer renunciar a los privilegios y exenciones obtenidos a través del Real Patronato. De esta lucha crecerá en el moderno estado mexicano, como consecuencia de la digestión apresurada de las corrientes ideológicas de la revolución francesa, la urgencia de una separación total y absoluta entre la Iglesia y el Estado. La inseguridad hará luchar a ambas instituciones por el control social y educativo del pueblo.

4. *Periodo moderno.* En su base está el rompimiento

entre la Iglesia y el Estado. La violencia de la separación deja indefinidos muchos campos de influencia entre las dos instituciones que, acostumbradas a la identificación total en los periodos anteriores, tratan de hacerse de terrenos neutrales y encuentran en ello motivo de constantes fricciones. A la supresión del Patronato y a la separación entre Iglesia y Estado, sucede una búsqueda de relaciones más estrechas con Roma de parte de la Iglesia, respondiendo esa actitud a paralelos movimientos ultramontanos en Europa; el Estado, desconociendo a la Iglesia como religión oficial, dará cabida a la pluralidad religiosa e inclusive tratará de fomentarla. Lo cambiante de las relaciones entre las dos instituciones va del *modus vivendi* a la hostilidad o a la alianza tácita o al mutuo desconocimiento; actitud perjudicial, en cualquiera de los casos, ya que crea conflictos de conciencia que perjudican la formación civil y religiosa del mexicano y lo llevan a actitudes conflictivas por no saber definir cada institución sus campos de influencia.

Este periodo nos conduce a un quinto que se podría llamar *contemporáneo,* que corresponde a nuestros días y se caracteriza por nuevas relaciones entre Iglesia y Estado. Se empieza a superar el conflicto histórico de la separación entreambos y se tiende a normalizar las relaciones y definir funciones, suponiendo respeto por los ámbitos propios de cada institución y superando actitudes fanáticas o jacobinas. Su vecindad a nosotros impide una mayor identificación de este período.

Hemos querido intentar una división que nos permita poner pie firme en el estudio de la Iglesia de México, atendiendo a la coincidencia de distintos periodos en un mismo tiempo, y señalando las diferencias regionales subyacentes; al intentar definir la dificultad inicial para el estudio global de la Historia de la Iglesia, sabemos que iguales problemas acompañarán a las historias económica, social o política si queremos que sean científicas y posean validez general para un país que entra en fase de aglutinamiento e integración sólo hasta nuestros días.

Fuentes de investigación de la historia eclesiástica mexicana

La investigación histórica sobre problemas de México es, y seguirá siendo durante mucho tiempo, un campo apasionante para propios y extraños. Nuestra investigación criolla carece todavía de suficientes centros especializados y de los medios suficientes para desenvolverse autónomamente, lo cual nos sitúa en franca inferioridad en relación a los extranjeros; éstos nos han brindado algunos estudios encomiables, no superados por nosotros, pero también nos han proporcionado otros carentes de objetividad histórica. Todo sumado, queda todavía mucho que hacer en las distintas ramas de la investigación histórica mexicana, considerándose el campo de la investigación religiosa tan inexplorado como otros. Parece urgir la fundación de un centro especializado en la investigación de la historia eclesiástica mexicana, cuya primera labor, ya de por sí importante, sería brindarnos el acceso a los archivos y bibliotecas de carácter eclesiástico, y elaborar buenos inventarios y catálogos. Estas fuentes sufren la dispersión y el abandono típico de nuestro patrimonio cultural, fruto de épocas violentas y de irresponsabilidad en los directamente relacionados con su conservación. La edición crítica de fuentes sería otra de las labores no menos urgentes de ese instituto, completada con la elaboración de bibliografías más amplias sobre temas específicamente eclesiásticos. Elemento imprescindible sería la publicación de una revista especializada en la historia de la Iglesia.

Sin estos factores mínimos será difícil superar la gran ausencia que hay de estudios sobre historia eclesiástica, en la investigación integral y armónica de nuestro pasado histórico.

Los temas generales de historia eclesiástica mexicana han sido escasamente atendidos y hay deficiencias en quienes los han abordado, sea por su actitud polémica, por su falta de método, o quizá por ser todavía prematura la labor de síntesis, cuando aún se desconocen las líneas directrices en la historia de la Iglesia durante determinadas épocas. La lista

de estudios monográficos, que resulta amplia para determinados periodos, es nula en otros, dando la impresión de estar el campo casi inexplorado o trabajado con poca imaginación, dadas las posibilidades que ofrece. Señalábamos una dificultad notable para ese estudio más intenso en la misma dispersión de las fuentes que, sumada a la continua destrucción, fruto del descuido y la ignorancia, hace urgente una labor de rescate y catalogación. Es de todo punto encomiable la labor que el INAH (Instituto Nacional de Antropología e Historia) ha emprendido para formar un fondo documental en micropelícula, que además de salvar fondos en peligro hace asequible el material de investigación y brinda facilidades al investigador al ofrecerle reunido lo disperso, y a la mano lo que de otra forma sería difícil consultar. Aunque lo que el INAH ha logrado resulta todavía exiguo, conviene destacar la iniciativa deseando la ampliación de este esfuerzo a un mayor número de fuentes. Una política de sensibilización que abarcara a los responsables de nuestros archivos, civiles y eclesiásticos, evitaría la destrucción en curso de muchos fondos.

Nos hemos referido a la urgencia de publicar fuentes documentales sobre la historia de México y queríamos sugerir también que es insignificante lo que conocemos al lado de lo inédito. Exceptuada la rica colección de crónicas y documentos relacionados con el siglo XVI, hay muy poco más. El material relacionado con los Concilios, Sínodos y Juntas Eclasiásticas nos es desconocido; mucho queda por hacer en la publicación de fuentes relacionadas con la instrucción catequética, la labor pastoral, las visitas episcopales, los bularios y cedularios diocesanos. Colecciones como las editadas por Francisco Orozco y Jiménez para Chiapas y Guadalajara,[2] la Colección Eclesiástica Mejicana[3] o la serie de publi-

[2] FRANCISCO OROZCO Y JIMÉNEZ, *Documentos inéditos relativos a la Iglesia de Chiapas.* San Cristóbal Las Casas, 1901-11, 2 tomos y *Colección de documentos históricos inéditos o muy raros referentes al arzobispado de Guadalajara,* Guadalajara, 1922-27, 6 vols.

[3] *Colección eclesiástica Mejicana,* México, 1834, 4 vols.

caciones de F. Hipólito Vera,[4] son tan raras que resulta imposible utilizarlas, además de que se limitan a territorios muy precisos o a determinados periodos.

Básico para cualquier estudio de historia eclesiástica es el conocimiento general de la Historia de la Iglesia y en particular de la Iglesia española, pues muchos de nuestros problemas no los podemos entender desvinculándolos del contexto general.

Es importante, en un estudio objetivo de la actuación eclesiástica, estar familiarizado con la organización de la Iglesia, su derecho, su forma de gobierno, el origen y actuación de las órdenes religiosas, la significación de los concilios y la legislación emanada del Papa: colecciones de bularios, actas conciliares, recopilaciones jurídicas, etc.

Paso obligado para la investigación de temas de Historia eclesiástica mexicana es el conocimiento de las instituciones españolas e indianas, el sistema de Real Patronato, la teoría del Regio Vicariato, la serie de privilegios de que gozaban los obispos y las órdenes que trabajan en América, la historia de la Inquisición y su funcionamiento, al mismo tiempo que el conocimiento de los bularios y cedularios índicos; simultáneamente hay que adentrarse en el estudio de los teólogos, humanistas y juristas que se ocuparon de resolver los problemas ocasionados por la conquista y colonización de América.

Importancia grande para el manejo de las fuentes publicadas tienen los repertorios bibliográficos que, a partir del de Nicolás Antonio[5] y el de Beristain de Souza,[6] se han venido publicando. Por lo monumental y completo de la aportación, vale la pena destacar la recopilación de publicaciones

[4] Fortino Hipólito Vera, *Colección de documentos eclesiásticos de México,* México, 1887, 3 tomos y *Catecismo Geográfico-histórico-estadístico de la Iglesia Mexicana,* Amecameca, 1881.

[5] Nicolás Antonio, *Bibliotheca Hispana Nova sive Hispanorum Scriptorum qui ab anno MD ad MDCLXXXIV floruere Notitia.* Matriti, 1783, 2 tomos.

[6] José Mariano Beristain de Souza, *Biblioteca hispano-americana septentrional,* Amecameca, 1883, 3 tomos.

relacionadas con la Historia de las Misiones en América, que nos brindan Robert Streit y los continuadores de su *Bibliotheca Missionum*,[7] pues sus cinco volúmenes proporcionan datos preciosos sobre bibliografía poco conocida y cubren desde el descubrimiento de América hasta 1960. Bibliografías especializadas como la publicada por Bravo Ugarte, la *Bibliografía Histórica Mexicana* o la que vaga dispersa en numerosas revistas nacionales y extranjeras, es necesario tenerlas presentes para delinear la base de toda investigación. Ya señalábamos antes la urgencia de una revista especializada sobre Historia Eclesiástica Mexicana. A nivel general de América debemos señalar la labor de *Missionalia Hispanica* de Madrid o, para la labor franciscana, el *Archivo Ibero-Americano* de Madrid y *The Americas* de Washington.

Es sobremanera valiosa, en este horizonte todavía tan desprovisto de materiales para emprender con bases sólidas la investigación de historia eclesiástica, la labor emprendida en Cuernavaca por el Centro Intercultural de Documentación (CIDOC) que ha empezado a reunir el material relativo al fenómeno religioso en América y va organizando una biblioteca especializada. Sus publicaciones son de enorme importancia para nuestro tema pues, aunque comprenden asuntos de toda América Latina, dedican buena parte a problemas generales y especiales de México.

En este centro se ha emprendido la edición de fuentes conciliares y sinodales para la América Latina que esperamos incluya a México.[8]

Noticias sobre obras generales como la *Recopilación de las Leyes de Indias, Cedulario de Puga* o de *Encinas,* el *Bulario Indico de Baltazar de Tovar,* el *Fasti Novi Orbis* de Morelli o la *Collectio Maxima conciliorum omnium Hispaniae*

[7] STREIT-DIDINGER, *Biblioteca Missionum... Amerikanische Missionsliteratur.* Ed. Herder, Freiburg, tomos: II, III, XXIV, XXV y XXVI, 1963-69.

[8] Cidoc Cuaderno 1010. Catálogo de Publicaciones 1970. Cuernavaca, Morelos.

et Novi Orbis de Aguirre, o el episcopologio de González Dávila [9] son indispensables puntos de partida.

Sobre los archivos europeos que guardan fondos americanos, Lino Gómez Canedo nos ofrece una contribución particular,[10] en la que importa subrayar, en relación a nuestro tema, lo relativo a las órdenes religiosas que misionaron en Nueva España: franciscanos, dominicos, agustinos, jesuitas, carmelitas, etc. En los archivos generales de esas órdenes, como en los peninsulares que tenían especial conexión con América, hay mucho que descubrir y aprovechar. En relación a la publicación de material, es ejemplar la iniciativa de la Compañía de Jesús que va publicando en forma sistemática lo relacionado con sus diferentes campos de trabajo; cuatro son ya los tomos que se relacionan con México aunque apenas se lleve publicado lo relativo a 1570-1590, incluyendo también lo relacionado con Florida.[11] Fondos especiales del Archivo Secreto Vaticano y de las Congregaciones Romanas, apenas si han sido utilizados.

Estudios monográficos y a nivel regional

Los temas por investigar en historia eclesiástica son variados y casi inagotables. Hemos señalado la deficiencia de obras generales y de síntesis, pero esto mismo se basa en la carencia de estudios monográficos. Si quisiéramos ejemplificar lo

9 VASCO DE PUGA, *Provisiones, cédulas e instrucciones para el gobierno de la Nueva España,* México, 1563 (reed. Madrid, 1945). DIEGO DE ENCINAS, *Cedulario Indiano,* Madrid, 1596, Ed. Facs. Madrid, 1945-1946, 4 tomos. BALTHASAR DE TOBAR, *Bulario Índico.* Sevilla, 1954-65, 2 tomos. CYRIACUS MORELLI (DOMINGO MURIAL), *Fasti Novi orbis et ordinationum apostolicarum ad Indias pertinentium.* Venecia, 1776. JOSÉ DE AGUIRRE SÁENZ, Cardenal. *Collectio maxima conciliorum omnium Hispaniae et Novi Orbis...* Roma, 1753-55, 6 tomos.

10 LINO GÓMEZ CANEDO, *Los archivos de la Historia de América. Periodo colonial español.* México, 1961, 2 vols.

11 FÉLIX ZUBILLAGA, *Monumenta Mexicana,* Roma, 1956-1968, 3 tomos. *Idem. Monumenta Antiquae Floridae.* Roma, 1946.

que falta hacer, nos referiríamos a mil temas relacionados con instituciones caritativas, educacionales, económicas o sociales directamente promovidas y dependientes de la Iglesia o las órdenes religiosas. La personalidad y actividad de los misioneros en zonas particulares; las corrientes ideológicas en el seno de las órdenes, el conflicto entre criollos y peninsulares, los problemas de los privilegios, los diezmos o la jurisdicción de los obispos. Queda mucho por investigar en el campo de la arquitectura religiosa y de las ideas que la sustentan. La labor etnográfica y lingüística de los misioneros ha sido estudiada en base a las primeras figuras y en las regiones más importantes, pero muchos personajes de esos mismos ambientes permanecen inéditos y casi no se conoce lo relativo a otras áreas con figuras de importancia como podrían serlo para la náhuatl, Sahagún y Durán; o Basalenque y Guilberti para la tarasca. El sistema de cofradías y la organización religiosa de las parroquias son temas que, contando con vastísima documentación, han sido sólo parcialmente atendidos; dígase lo mismo en lo que se refiere a los santuarios y a las devociones populares y práctica sacramentaria con la riquísima derivación a sobrevivencias prehispánicas o supersticiones y prácticas mágicas europeas o a sus manifestaciones sincretistas. Hay en todos estos temas una invitación a descubrir caminos nuevos en la investigación, que posiblemente nos haga tomar contacto con las ciencias etnológicas y sociales. Es evidente que en muchos temas históricos es necesario ampliar el horizonte de lo estrictamente histórico para captar el fenómeno en toda su profundidad. Con el deseo de ejemplificar recurrimos a una experiencia personal: tratando de comprender mejor el éxito de los métodos sociales, misionales y económicos de Vasco de Quiroga, vimos la necesidad de interesarnos en los aspectos de la organización social y religiosa de la sociedad tarasca prehispánica, sin lo cual creímos que era difícil dar una interpretación válida a la obra de Quiroga. Siguiendo el mismo proceso a la inversa, tratamos de analizar la sobrevivencia de la obra de Quiroga

y sus desviaciones y para ello necesitamos la investigación antropológica que nos ayudara a tener el cuadro actual, que comparado con lo implantado hace 400 años nos da la posibilidad de estudiar un proceso histórico de enormes perspectivas sociales, históricas y humanas.

Tratando de medir la importancia de la investigación histórica dentro de la misma Iglesia, puede calificarse de notable el descuido en que se halla; esto resulta claro en alguno de los campos más revisados. Analicemos por ejemplo la política misional entre grupos aislados y paganos de México. Recorriendo superficialmente las iniciativas y experiencias de cuatro siglos de misiones en nuestra patria, no es difícil encontrar soluciones a problemas similares a los actuales; soluciones que, ya experimentadas por antecesores nuestros, pueden ser buena guía para corregir defectos y volver a utilizarlas con las debidas adaptaciones a las nuevas circunstancias. Por una ignorancia que resulta culpable, en la política civil y eclesiástica frente a los indígenas se pierden tiempo y recursos en descubrir lo que sería familiar con sólo asomarnos a nuestra historia misional y a nuestra larga experiencia de choque de culturas. Es sintomático de este desinterés por parte de la misma Iglesia, el que en los seminarios que conocemos no exista un solo curso sistemático de historia de la Iglesia de México, lo que nos deja inermes y nos impide comprender problemas actuales cuyas raíces se pierden en el pasado, resultando forzosamente superficiales nuestros planteamientos y trabajo.

El estudio de otros grupos religiosos, fuera del católico, no goza, por desgracia, de mejores perspectivas: es mucho lo que se podría investigar en relación con las distintas iglesias y grupos protestantes, ortodoxos, mahometanos y judíos, y no se ha hecho. Conocemos del interés en relación a la inquisición y sus procesos, pero aun esto resulta fragmentario. Especialmente en lo que se refiere a la época moderna, valdría la pena analizar sistemáticamente y en el marco interesantísimo que ya señalábamos de relaciones opuestas entre Iglesia y Estado las alianzas de las minorías religiosas con el

estado que quería poner en práctica la disposición de libertad de cultos y el mismo interés del estado en patrocinar corrientes disidentes en el seno de la Iglesia Católica, lo mismo que las influencias políticas extranjeras y su relación con el progreso de determinados grupos religiosos.

Si aceptamos que nuestra historia es sólo comprensible supuesta una distinción básica de lugares y tiempos y que hay que diversificar los períodos para las distintas regiones, ya que coexisten en la geografía de México, distintas épocas históricas a la vez, es lógico que hablemos de la importancia que tiene impulsar a nivel regional los estudios históricos, sean éstos de carácter político, económico, social o religioso. Mucho nos queda por hacer a este nivel, antes de englobar con carácter general, movimientos o corrientes de pensamiento que se gestaron en determinados lugares y bajo circunstancias precisas. Esto nos ayudaría a entender su aparente anacronismo. La historiografía local y regional ha sido muy poco atendida, lo aislado en que se mantienen muchas de las iniciativas regionales nos ha impedido caer en la cuenta de ese movimiento y de la importancia que reviste. Mucho se puede hacer, aun con escasos medios, en los planos que ya señalábamos de estudios monográficos, catalogación y salvación de fuentes, publicación de las mismas y desarrollo de la historiografía local. Las distintas corresponsalías del Seminario de Cultura Mexicana o de la Sociedad de Geografía e Historia, brindan experiencias valiosas en este campo y es necesario valorizarlas en una labor histórica que abarque lo ancho y lo largo de nuestra historia patria en todas sus ramas. Existen labores encomiables por parte de distintos grupos provincianos dedicados al trabajo histórico, organizados unos y otros aislados, casi siempre sin los recursos suficientes para realizar un trabajo como el que se necesita. La poca difusión que se da a sus investigaciones hace que en la mayor parte de los casos queden inéditos sus esfuerzos. En el plano regional y en lo que se refiere a historia eclesiástica es digna de mención la obra de J. Ignacio Dávila Garibi que

lleva publicados 6 tomos relacionados con la historia de la Iglesia en Guadalajara.

Como conclusión de lo anterior, puede decirse que, ante las carencias enormes en nuestra investigación de Historia eclesiástica, no es justo omitir lo hecho en relación a muchos de nuestros periodos. Es de todo punto ejemplar la labor de J. García Icazbalceta en relación al siglo XVI, que resulta el más favorecido. Muchas lagunas y desconocimiento en relación a los siglos XVI y XVII; interés y buen número de estudios en relación con la época independiente y el inicio del periodo moderno en las luchas de la reforma; se empiezan a andar caminos más amplios en el estudio de la acción de la Iglesia en relación al cambio social realizado en México en el momento revolucionario, pero no ha sido suficientemente estudiada la verdadera actitud de la Iglesia desde un punto de vista ideológico y político. La gestación del movimiento cristero y sus implicaciones sociales y económicas permite darle un nuevo enfoque a un tema álgido y demasiado simplificado por los defensores o enemigos del mismo.

Hemos indicado desde un principio la sensación de que corren ya los vientos propicios para un enjuiciamiento objetivo en el plano científico de la investigación histórica; creemos que este mismo ambiente de serenidad va creciendo en el seno mismo de la Iglesia. Abrigamos la esperanza de que estas perspectivas apoyen la imparcialidad y la seriedad en la investigación de esa gran parte de nuestra historia que se refiere al fenómeno religioso y a la institución que desde nuestros orígenes hispánicos lo ha dirigido y controlado en forma casi absoluta.

LA CIENCIA POLÍTICA Y SUS PERSPECTIVAS EN MÉXICO

Lorenzo MEYER
El Colegio de México

La situación actual de la ciencia política

ANTES DE EXPLORAR las tareas más relevantes y las posibilidades de llevarlas a cabo, de quienes están en disposición de examinar con rigor y objetividad, los temas políticos nacionales de México, conviene hacer referencia a ciertos problemas más amplios. A la pregunta ¿qué es la ciencia política?, no se puede dar una respuesta clara y aceptable para todos —o al menos para la mayoría. Para Harold Lasswell, la definición del campo de la ciencia política es inseparable del concepto de política y de poder, concepto que este autor esboza en el título mismo de una de sus obras más conocidas *Politics: Who Gets What, When and How.*[1] Para David Easton, uno de los estudiosos del tema que recientemente ha intentado dar una nueva respuesta a esta pregunta, la ciencia política trata de la política cuyo campo puede definirse como el proceso autoritario en virtud del cual los recursos escasos (tangibles e intangibles) de que dispone una sociedad son asignados entre sus miembros.[2] Podíamos continuar examinando otras definiciones pero estas son suficientes para nuestro propósito. Lo que conviene tener en cuenta es que el punto en común de éstas y otras posibles definiciones de política es la naturaleza conflictiva del fenómeno. El interés del estudioso de la política está siempre centrado alrededor de una relación social conflictiva, debida a la

[1] "Política: quién obtiene qué, cuándo y cómo."

[2] DAVID EASTON, *The Political System. An Inquiry into the State of Political Science,* Alfred A. Knopf, Nueva York, 1966, pp. 129-141.

diferencia de intereses entre sus componentes, en relación al uso y asignación de los recursos disponibles. Esto no quiere decir que esta relación conflictiva sea siempre evidente. En muchas ocasiones no lo es ni aún para la mayoría de los actores, pero potencialmente éste ha sido y es el caso en todo sistema social en donde exista una mínima diferenciación de funciones entre los miembros. Teniendo diversas definiciones este punto en común, la elección de la definición adecuada depende sobre todo del problema concreto que se desee abordar.

El problema de la definición –de cuya solución depende en cierta medida el que la ciencia política pueda reclamar como propio un campo de la actividad humana– no es el único al que ese enfrenta el analista político. Igualmente importante es establecer las posibilidades de que esta actividad pueda analizarse de manera científica. Las diferentes ramas del conocimiento humano pueden clasificarse de acuerdo al grado de rigor científico que haya sido posible introducir en ellas.

De acuerdo con esta clasificación, en un extremo se encontrarían aquellas disciplinas que cuentan con una teoría en el sentido más exacto del término, es decir, que cuentan con un vocabulario básico perfectamente definido en términos operacionales y con axiomas interrelacionados de gran poder explicativo, de los cuales puedan deducirse gran número de teoremas cuya validez sea empíricamente comprobable.[3] El ejemplo clásico de este tipo de disciplina es la geometría euclidiana y en mayor o menor medida el resto de las ciencias exactas. En el otro extremo, se encontrarían aquellas ramas del conocimiento con un bagaje teórico tan limitado, que su tarea principal consista en la mera descripción y clasificación de los elementos constitutivos de su campo. Fuera de este continuo, habría actividades intelectuales como la teología y otras ramas de la metafísica que carecen por completo

[3] GUSTAV BERGMAN, *Philosophy of Science,* The University of Wisconsin Press, Madison, Wis., 1966, pp. 33-35.

de naturaleza científica, aunque no de interés. En este cuadro, ¿qué lugar ocupa el estudio de la política? Aquí también el acuerdo no es completo. Para algunos —los menos— esta disciplina no tiene carácter de ciencia, pues la actividad humana, debido a la conciencia que tiene de sí misma, no es susceptible de obedecer a ningún tipo de leyes. La mayoría, sin embargo, acepta las posibilidades de un estudio científico en esta área, pero sin mucha certeza respecto a los límites en el grado de rigor que puede lograrse.[4] Sólo los marxistas ortodoxos parecen estar seguros de contar con una teoría social —que incluye el fenómeno político— en el sentido más estricto del término.

El estudio de la política de una manera sistemática tiene una honda raíz, cuyo origen se encuentra en la Grecia clásica. Sin embargo, no es sino hasta Maquiavelo cuando se inicia un proceso lento pero irreversible de diferenciación entre el "deber ser" y "lo que es", en el campo del pensamiento político, que es otra manera de hacer referencia a la división entre filosofía política y teoría política. Este proceso se ha acelerado en las últimas décadas, a medida que los métodos de observación y comprobación se han ido afinando en el campo de las ciencias sociales. Desde fines del siglo pasado, la especulación simple y pura fue dando lugar —sin desaparecer— al estudio empírico del fenómeno político, hasta llegar a ciertos excesos, en donde los métodos y no la teoría se convirtieron en la preocupación esencial.[5] En la actualidad, y excluyendo de nuevo a los marxistas ortodoxos, hay un consenso general sobre el mayor problema que enfrenta este estudio empírico del fenómeno político: la ausencia de una "gran teoría", cuya formulación sigue siendo la meta, ideal al menos, de todos los esfuerzos teóricos en el campo

[4] GABRIEL A. ALMOND, "Political Theory and Political Science", en *The American Political Science Review,* vol. LX, núm. 4, diciembre de 1966, p. 859.

[5] DAVID EASTON, *Varieties of Political Theory,* Prentice-Hall, Inc., Englewood Cliffs, N. J. 1966, pp. 3-4.

político.[6] El que la naturaleza misma del estudio político permita llegar a formular una teoría general con gran poder explicativo similar a las que existen en las ciencias exactas, es algo a discutir. Mientras tanto, gran parte de los esfuerzos teóricos se concentran en la elaboración de marcos generales, sin muchas hipótesis comprobables y ligadas entre sí, pero que sirven al menos para clasificar el material, y como guía al investigador para identificar los campos de mayor interés. Tal es el caso, entre otros, del esquema funcionalista de Talcott Parsons y del análisis de sistemas de David Easton.[7] Dadas las limitaciones de estos enfoques, una gran parte de los esfuerzos teóricos se han concentrado en la elaboración de las llamadas "teorías de mediano alcance" *(middle range theories)*[8] que no son otra cosa que una serie de hipótesis, la mayor parte de las veces poco formalizadas, sobre un campo limitado de la experiencia política. Se intenta compensar lo modesto de sus alcances, con el mayor rigor en su comprobación. Exceptuando una o dos de estas teorías, todas las demás aún tienen un largo camino por recorrer antes de

[6] ALMOND, *op. cit.*, pp. 878-879.

[7] Parsons ha dedicado sus principales esfuerzos al campo de la sociología, pero su esquema tiene indudables aplicaciones al campo puramente político; véase por ejemplo su artículo en DAVID EASTON, *Varieties of political Theory*, pp. 71-112, así como la obra de William C. Mitchell, *Sociological Analysis and Politics The Theories of Talcott Parsons*, Prentice- Hall Inc., Englewood Cliffs, N. J. 1967. Por lo que se refiere al trabajo de Easton, consúltese su libro, *A System Analysis of Political Life*, John Wiley & Sons, Inc., Nueva York, 1965. En algunos casos los trabajos de Easton y Parsons son considerados como verdaderas teorías, tal es el caso por ejemplo, de W. J. M. Mackenzie en *Politics and Social Science* "Pelikan", Penguin Books, Baltimore, Md., 1967, pp. 86-110. Para un estudio más a fondo sobre la diferencia entre teoría y marco teórico, con especial referencia a la obra de Easton y Parsons, véase A. JAMES GREGOR "Political Science and the Uses of Functional Analysis" en *The American Political Science Review*, vol. LXII, núm. 2, junio de 1968.

[8] Para una elaboración más sistemática de las posibilidades de la teoría general y de las teorías de mediano alcance, véase a ROBERT K. MERTON, *Social Theory and Social Structure*, The Free Press, Glencoe, Ill, 1957, pp. 5-6.

que puedan ofrecernos explicaciones satisfactorias. Aparentemente, la mayor parte de la actividad de los politólogos en la actualidad se centra alrededor de la formulación, comprobación y refinamiento de este tipo de esquemas.

Dadas las grandes limitaciones de la teoría política, muchos de los fenómenos políticos más interesantes no pueden ser tratados por la ciencia política, es decir, no pueden ser abordados de manera científica. Algunos de ellos posiblemente nunca lo serán. Tal es el caso, por ejemplo, del problema de la naturaleza social del hombre, que constituye el problema central del pensamiento político desde los griegos hasta nuestros días y de cuya solución dependen consideraciones tales como, cuál es el sistema político ideal y cuál de los sistemas concretos actuales o pasados es superior.[9] Pero no es solamente a este nivel que la ciencia política poco o nada puede hacer para contestar a nuestras preguntas. Lo mismo sucede en el caso de problemas más inmediatos en donde la falta de información o de marco teórico adecuado —o de ambas cosas— da por resultado que la buena intuición del observador experto o del político profesional, llegan a dar una respuesta mejor a la que el académico puede dar. Si esto es cierto en términos generales, lo es aún más en el caso de un sistema político como el mexicano, cuyo comportamiento ha sido mucho menos estudiado desde un punto de vista más o menos objetivo, y en donde la falta de información es particularmente notable. De ahí que el ensayo haya sido —y sea— el medio de expresión empleado con mayor frecuencia en México.

Los párrafos anteriores han querido presentar al lector una visión muy rápida de la naturaleza y estado de la ciencia política en general. Posiblemente en el caso de otras ciencias sociales más avanzadas, estas observaciones no hu-

[9] Para ahondar sobre el problema de la distinción entre la parte científica y la no científica o filosófica de la política, véase por ejemplo, LEO STRAUSS, *Natural Right and History*, University of Chicago Press, Chicago, Ill., 1953.

bieran sido necesarias, pero en un campo de tan reciente formación, tal introducción es necesaria para comprender mejor lo que está por hacerse en México y las limitaciones de tal empresa. Es quizá necesaria una segunda reflexión general, antes de entrar de lleno a discutir el caso mexicano. Ésta se relaciona con el contexto internacional de la disciplina, el cual ha afectado y seguirá afectando su desarrollo en México. Si no tomamos en cuenta a los países socialistas —en donde el estudio de la política apenas empieza a practicarse como una actividad académica independiente del estudio del marxismo— sobre los cuales no tenemos datos a la mano, podemos afirmar sin titubear, que Estados Unidos es el país que dedica el mayor número de recursos materiales y humanos al análisis de los fenómenos políticos. En 1903, al fundarse, la *American Political Science Association* contaba apenas con 200 miembros; para 1970 el número llegó a los 20 mil. Entre las ciencias sociales, la ciencia política es sin duda una de las ramas que más ha crecido en las últimas décadas. Según ciertos cálculos, nueve de cada diez politólogos, estan trabajando en los Estados Unidos.[10] Esta situación es producto tanto del gran desarrollo general que en todos los campos de la actividad científica ha experimentado ese país, como de los nuevos compromisos e intereses políticos internacionales que Norteamérica ha venido creando, en particular a partir de la Segunda Guerra Mundial. En los países periféricos que tienen como centro hegemónico a los Estados Unidos —y éste es el caso de México— la influencia del mundo académico norteamericano es abrumadora. El politólogo mexicano —y lo mismo se podría decir en mayor o menor grado del economista, el sociólogo etc.— se ve llevado a tomar al grupo académico norteamericano como centro de referencia, ya sea para asimilar, modificar o refutar sus lineamientos teóricos y metodológicos. La existencia de un "colonialismo intelectual" —a veces consciente, a veces inconsciente— es la contraparte de un fenómeno similar en el campo

[10] ALMOND, *op. cit.*, pp. 868-870.

político, económico o tecnológico. A pesar de lo que ciertos académicos han sostenido, particularmente desde que el behaviorismo se posesionó de las instituciones académicas norteamericanas y hasta cierto punto europeas, no hay una teoría social libre de valores *(value free theory)*.[11] Por tanto, junto con los nuevos desarrollos teóricos y metodológicos —y quizá en ocasiones de manera no deliberada— las universidades norteamericanas exportan sus valores a los centros académicos periféricos; una concepción particular e interesada de la actividad política. Es necesario mantener una guardia constante, si se desea evitar, dentro de lo posible, estos efectos negativos de la influencia norteamericana o de cualquier otro centro de influencia similar. Es necesario hacer explícito el sistema de valores que cada nuevo desarrollo teórico trae aparejado. Y sin embargo, no debe caerse en el rechazo sistemático de la influencia norteamericana, con el pretexto de evitar la contaminación, pues ello entraña otro peligro: el aislamiento y la falta de desarrollo. Es pues necesario mantener una actitud crítica pero receptiva; especialmente ahora que el grupo académico norteamericano —motivado sin duda por los intereses mundiales de ese país— está dejando a un lado el parroquialismo del pasado y dedica considerables esfuerzos a desarrollar sus análisis comparativos interculturales e internacionales para validar algunas de las hipótesis originalmente desarrolladas de la observación del sistema político norteamericano y de otros similares en Europa. No se debe olvidar, por otra parte, que el pluralismo político de la sociedad norteamericana existe también dentro de su mundo académico, y que las corrientes intelectuales en las ciencias sociales pueden llegar a ser aceptadas por una mayoría. Pero casi nunca la ortodoxia es completa. Esto es particularmente cierto en la actualidad, cuando el espíritu esterilizante de la

[11] Véase el discurso que pronunció David Easton en su calidad de presidente de la *American Political Science Association* en 1969 y que se encuentra en la *American Political Science Review*, vol. LXIII, núm. 4, diciembre de 1969.

guerra fría y del macartismo, están dando paso a una gran inconformidad entre los estudiantes graduados y los profesores jóvenes.[12] En conclusión, la influencia norteamericana en las ciencias sociales es un hecho irreversible, al menos a corto plazo. Por lo tanto, el científico social de países como México tiene que mantener una actitud crítica permanente, para no dejarse arrastrar inconscientemente por los valores e intereses que acompañan a la ciencia social en Estados Unidos; pero sin cerrarse a su examen, pues de lo contrario se privaría innecesariamente del debate que actualmente tiene lugar en Norteamérica y de la riqueza teórica que éste puede producir.

La Investigación Política en México

Una vez habiendo sido examinados algunos de los problemas más sobresalientes del estudio científico de los fenómenos políticos, pasaremos en esta segunda parte a examinar los trabajos más importantes de lo que se ha hecho en los diferentes campos de la ciencia política en México a la vez que presentar al lector algunas de las áreas en donde la necesidad de nuevas investigaciones es más evidente. Dada la naturaleza limitada de este trabajo y lo extenso del tema, no se insistirá mucho en las estrategias específicas a seguir en cada caso. Para sugestiones interesantes el lector haría bien en examinar primero las obras a que aquí se hará referencia, así como estudios similares hechos en otros países para iniciar la búsqueda de las fuentes y métodos adecuados. Ante la amplitud del panorama a explorar, es necesairo proceder a efectuar algún tipo de subdivisión del campo. Esta subdivisión varía según el interés e inclinación de quien la haga. En

[12] Como un ejemplo de este proceso de autocrítica dentro de la ciencia política norteamericana véase: Charles A. McCoy y John Playford (eds.), *Apolitical Politics. A Critique of Behavioralism,* Thomas Y. Crowell Company, Nueva York, 1967.

este caso no hay inconveniente en seguir la clasificación que comúnmente se hace en los departamentos de ciencia política. Generalmente el estudio de la disciplina se divide de esta manera: teoría política, partidos y proceso político, sociología política, administración pública, relaciones internacionales y política comparada. La teoría política tiene como objetivo central tanto la formulación de consideraciones teóricas sobre la conducta política del individuo y de la colectividad, como el examen de las bases éticas de tal actuación y el estudio de los métodos adecuados para la investigación en ambos niveles. La falta de obras sustantivas en esta materia en México nos lleva a considerar que, a corto plazo es poco probable que el pequeño número de investigadores mexicanos interesado en el tema pueda hacer aportaciones significativas en este campo. Quizá la tarea tiene que ser más modesta y centrarse en el examen crítico de la viabilidad y relevancia de las diferentes teorías, marcos teóricos y métodos ya formulados en otras partes, para explicar la realidad mexicana. En la medida en que este examen tenga lugar, quienes lo hagan podrán contribuir a la formulación y enriquecimiento de la teoría política general. La escasa producción de estudios políticos serios en las universidades y centros de investigación mexicanos, lleva a sospechar que en gran medida las elaboraciones teóricas y metodológicas producidas fuera de México no son aún bien conocidas en nuestros centros de estudio, y que es necesario primero dar este paso de divulgación para luego poder proceder a la revisión crítica propuesta. Esto vale tanto para el behaviorismo como para los nuevos desarrollos de la teoría marxista. En fin, en el campo de la teoría y la metodología tenemos frente a nosotros una tarea modesta pero necesaria: difundirla, pero con una conciencia crítica. Por lo que hace a los aspectos filosóficos, aún hay mucho por hacer en materia de historia de las ideas políticas en México, lo cual no quiere decir que no haya ya valiosas contribuciones, pues tanto la historia política como la de las ideas han sido disciplinas con

cierta tradición en México.[13] Pero la mayor parte de las obras en este campo se centran alrededor de temas anteriores a la época actual, y si bien es cierto que, la Revolución misma ha recibido cierta atención, no puede decirse lo mismo del periodo que va desde el momento en que la Revolución se institucionaliza hasta nuestros días. La historia de la filosofía política en México aún está por hacerse.

El estudio de los partidos, los sistemas de partidos y el proceso de votación tiene ya una sólida tradición, apuntalada en trabajos como los de Robert Michels y Maurice Duverger en Europa, y Paul Lazarsfeld y V. O. Key Jr. en los Estados Unidos, por mencionar sólo algunas de las figuras más importantes.[14] En México, hasta hace poco tiempo, el principal y casi único estudio en este campo era el de Vicente Fuentes Díaz, publicado entre 1954 y 1956, *Los partidos políticos en México;* anteriormente Lucio Mendieta y Núñez había publicado su ensayo *Los partidos políticos* (1947). Sólo en fechas muy recientes se han empezado a hacer investigaciones más rigurosas, pero que están lejos de ser definitivas, como es el caso de las obras de Robert Furtak, Daniel Moreno y Antonio Delhumeau y sus colaboradores.[15] La teoría

[13] Una guía útil sobre la literatura en este campo se puede encontrar en Luis Villoro, "historia de las ideas" en *Historia Mexicana,* vol. XV, núms. -3, octubre 1965-marzo 1966, pp. 161-195.

[14] Robert Michels, *Political Parties,* The Free Press, Nueva York, 1966; Maurice Duverger, *Les partis politiques,* Armand Colin, París, 1951; V. O. Key Jr. *Politics, Parties and Pressure Groups,* Thomas and Crowell, Nueva York, 1967; Paul F. Lazarsfeld, *The People's Choise: How the Voter Makes Up His Mind in a Presidential Campaign,* Columbia University Press, Nueva York 2ª ed., 1948; Lazarsfeld *et al., Voting,* University of Chicago Press, Chicago, Ill., 1954.

[15] Un trabajo pionero en este aspecto fue el de Frank R. Brandenburg "Mexico: An Experiment in One-Party Democracy", Tesis doctoral presentada a la University of Pennsylvania, 1955. Luego le siguió el de Robert K. Furtak. *Revolutionsparteiund Politischestabiliät in Mexico,* Ubersee, Hamburgo, 1969; unos de los trabajos más recientes son los de Antonio Delhumeau Arrecillas *et al., Mexico: realidad política de sus partidos,* Instituto Mexicano de Estudios Políticos, A. C. México, 1970 y

convencional sobre los partidos se ha centrado por un lado en el examen de aquellos casos en que existe un verdadero sistema de partidos y en que la competencia por el poder a través de él es real, ya se trate de un sistema presidencialista o parlamentario. El otro lado de la moneda lo constituye el examen de la llamada "sociedad de masas" controlada por un partido único, ya sea este comunista o fascista.[16] El estudio de sistemas de partido dominante pero que no está en ninguno de los dos extremos mencionados, no fue abordado por largo tiempo. Ha sido hasta fecha reciente que la literatura sobre esta tercera posibilidad empieza a crecer, como lo muestra la obra de Samuel P. Huntigton y Clement H. Moore, *Authoritarian Politics in Modern Society. The Dynamics of Established One-Party Systems* (1970), y en donde el caso mexicano figura de manera prominente. De todas maneras, hay muchas preguntas claves que aún están por ser contestadas en el caso mexicano: ¿es el partido el principal medio de agregación de intereses y la agencia a través de la cual sus integrantes canalizan sus demandas al sistema político, o éstas se formulan a través de otros medios y el partido es fundamentalmente un instrumento de control, o no es ninguna de las dos cosas, sino una simple agencia electoral y de propaganda? ¿Cuál es el papel del partido en el nombramiento de los candidatos a una presidencia municipal, al congreso, o a la presidencia de la república? ¿Cuáles decisiones pueden ser tomadas —y por quiénes— dentro del partido y cuáles fuera?, etc.

Por lo que hace al proceso político mismo, o sea el proceso en virtud del cual se organiza, distribuye y orienta el poder político, y para cuyo estudio es necesario examinar tanto la conducta política de los individuos como de los grupos, así como el funcionamiento de las instituciones, la

DANIEL MORENO, *Los partidos políticos del México contemporáneo 1926-1970*, B. Costa-Amic, Editor, México, 1970.

[16] El caso de la obra de Duverger ya citada es típica de esta dicotomía, dentro de cuyo esquema el caso mexicano no encaja muy bien.

situación es similar. La teoría política marxista nos proporciona un esquema básico siempre útil, sugestivo y con un poder organizativo considerable, pero cierta imprecisión en sus conceptos, y una formalización insuficiente, que impiden a veces adentrarse mucho en las particularidades de un caso específico. Ciertos desarrollos fuera del marxismo, que han puesto énfasis en la construcción de modelos para el análisis de sistemas pluralistas como el norteamericano y de Europa Occidental, así como otros encaminados a examinar a la llamada sociedad de masas o sistemas comunistas y fascistas, pueden ayudar a complementarlo.[17] El trabajo pionero en la elaboración de un modelo intermedio, el autoritario o de pluralismo limitado, se encuentra en Juan Linz,[18] pero este desarrollo teórico apenas se ha iniciado. Desde fines de los años cincuenta se inicia la publicación de varios estudios que tratan de dar una explicación del sistema político mexicano. Un primer intento, aunque indirecto, lo constituyó la obra de José E. Iturriaga, *La estructura social y cultural de México* (1951) en donde con las cifras disponibles, el autor intentó dar una visión general de la estructura clasista del México postrevolucionario. En 1957 William P. Tucker publicó su libro *The Mexican Government Today;* una obra básicamente descriptiva. Es quizá la obra de Robert E. Scott, *Mexican Government in Transition* la primera en aplicar algunos de los elementos desarrollados por la ciencia política

[17] Como ejemplo de los modelos tradicionales de sistema político podemos citar a los pluralistas, entre los que destaca la obra de ROBERT A. DAHL, *A preface to Democratic Theory,* University of Chicago Press, Chicago, Ill., 1956 y *Who Governs. Democracy and Power in an American City,* Yale University Press, New Haven, Conn., 1961. Por lo que hace al modelo la sociedad de masas, termino tomado de la obra de ORTEGA y GASSET, *La rebelión de las masas,* puede verse la obra de WILLIAM KORNHAUSER, *The Politics of Mass Society,* The Free Press of Glencoe, Glencoe, Ill., 1959.

[18] JUAN J. LINZ, "An Authoritarian Regime: Spain" en ERIK ALLARDT y YRJE LITTUNEN (eds.), *Cleavages, Ideologies and Party Systems, Contributions to Comparative Political Sociology,* Transactions of the Westermarck Society, X 1964, pp. 291-342.

norteamericana al examen de la estructura política mexicana contemporánea. El énfasis lo pone en las relaciones entre los principales grupos de interés, por un lado y la estructura administrativa y partidaria, por el otro. A la obra de Scott siguió la de un historiador, Howard F. Cline, quien en 1963 publicó *México: Revolution to Evolution, 1940-1960.* Esta investigación no presenta un marco teórico explícito, sino que es fundamentalmente descriptiva y con conclusiones muy favorables para la obra de los gobiernos posrevolucionarios. Le siguieron Frank Brandenburg con *The Making of Modern Mexico* (1964) e inmediatamente después Pablo González Casanova con *La democracia en México* (1965), siendo éste, el primer intento de un científico social mexicano por analizar explícitamente el sistema político contemporáneo del país, centrándose para ello en la estructura real de poder para explicar a continuación —y con base en ella— la estructura social y política. A la obra de González Casanova le han seguido otras, nuevamente producto de los medios académicos norteamericanos. En 1966 apareció el libro de L. Vicent Padgett, *The Mexican Political System* que empleó un enfoque estructural-funcionalista para captar la realidad política mexicana, y en 1971 se publicaron dos obras más: la de Roger D. Hansen, *The Politics of Mexican Development* y la de Kenneth F. Johnson, *Mexican Democracy. A Critical View.* La primera sigue más de cerca los standards académicos que la segunda, pero ambas son bastante críticas de los resultados del desarrollo político mexicano a partir del cardenismo. La obra de Hansen constituye la primera en que el análisis económico neoclásico combinado con el análisis behaviorista de la escuela norteamericana de ciencia política, produce una obra crítica sobre los resultados de lo que alguna vez se consideró una "revolución popular". Antes de concluir conviene hacer mención del estudio de Raymond Vernon, *The Dilemma of Mexico's Development. The Roles of the Private and Public Sectors* (1963); esta es la obra de un economista pero con implicaciones políticas importantes. Al explorar los obstáculos al desarrollo económico con lo que México se en-

frentaría al concluir su etapa de sustitución de importaciones, el autor encontró que el sistema político de partido único constituía el obstáculo central; de ahí que le dedicara bastante atención a la estructura política y a su relación con la economía. Aunque en la colección de ensayos publicados por el Fondo de Cultura Económica en 1961 bajo el título de *México, cincuenta años de Revolución,* la parte política no constituye una visión unitaria del sistema, contiene un material de gran utilidad para los estudiosos del tema; lo mismo puede decirse de los ensayos publicados en varios volúmenes, el primero apareció en 1970 y el último este año, por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, intitulados *El perfil de México en 1980.* Esta última colección presenta una visión más crítica que la primera, que se hizo bajo los auspicios del gobierno.

La investigación de Antonio Ugalde, *Power and Conflict in a Mexican Community* (1970) no trata directamente al sistema en su conjunto, pero el análisis del funcionamiento de los mecanismos de poder durante una situación conflictiva en una comunidad de cierta importancia (Tijuana) a mediados de la década que acaba de concluir, arroja luz sobre la naturaleza del sistema en su totalidad; un trabajo pionero en este campo lo fue el de Padgett y Klapp, "Power Structure and Decision Making in a Mexican Border City", *American Journal of Sociology* (1960, Nº 4). A pesar de la información y las hipótesis —algunas conflictivas y aún por dilucidarse— presentadas en las investigaciones mencionadas, continúa habiendo puntos vitales en el proceso de toma y ejecución de decisiones que aún necesitan mayor investigación. La naturaleza de la presidencia, por citar sólo el tema más crítico, debe de ser explorada más a fondo; quizá sea necesario insistir en el estudio de casos específicos antes de poder dar una explicación más satisfactoria sobre los canales a través de los cuales se presentan las demandas al sistema político, cómo se resuelven los conflictos entre éstas y se asignan prioridades, cuáles son los límites del poder presidencial, etc. Estas mismas preguntas deben de ser planteadas a niveles inferio-

res, tales como el partido y los gobiernos estatales, para poder intentar una explicación más sólida y satisfactoria de la que se ha dado en las obras ya mencionadas. En estos primeros intentos, las respuestas a este problema central de la toma de decisiones están basadas, en gran medida, en inferencias y conjeturas cuya naturaleza no es muy sólida. Desde luego el problema de la dinámica del sistema, es decir del proceso de modernización política y de las posibilidades de cambio, apenas si se ha explorado (nos referimos tanto a las posibilidades de cambio evolutivo y pacífico como a las de cambio revolucionario). Claro está que en buena medida este vacío en torno al problema del cambio estructural representa tanto una falla en la investigación del sistema político mexicano, como en las ciencias sociales mismas, que no proporcionan muchos de los instrumentos necesarios para la construcción de modelos apropiados. En cierta medida los economistas, al examinar el proceso de asignación de recursos materiales, han dado imágenes tan o más interesantes sobre la naturaleza del sistema político mexicano, que los propios politólogos y sociólogos.[19]

Si consideramos que la sociología política tiene como objetivo fundamental explorar el fondo social de las acciones políticas, entonces la meta de la investigación en este campo deberá centrarse alrededor del análisis de la estructura de clase, las organizaciones formales, los grupos secundarios, la ideología, las formas de comunicación, la socialización política y otros temas similares. Siendo tan amplio este campo, es natural que exista ya un buen número de trabajos que tocan estos temas, pero hay aún mucho por explorar antes de poder tener una idea aceptable de un problema clave: la estructura

[19] Véanse por ejemplo trabajos como los de RAYMOND VERNON, *The Dilemma of Mexico's Development*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1963 TIMOTHY KUNG, *Mexico, Industrialization and Trade Policies Since 1940*, Oxford University Press, Londres, 1970; ALFONSO AGUILAR MONTEVERDE, *El milagro mexicano*, Nuestro Tiempo, México, 1970. Éstos son sólo unos ejemplos, la bibliografía puede extenderse mucho más.

clasista de México. Prácticamente todas las obras que se han mencionado en relación a otros campos tienen un esquema —a veces sólo implícito— de la estructura de clase en México y hay aún ciertas aportaciones teóricas para ahondar en este campo, como la última obra de González Casanova, *Sociología de la explotación* (1969) y la de Rodolfo Stavenhagen, *Las clases sociales en las sociedades agrarias* (1970), pero poco se ha profundizado en la estructura general y los únicos indicadores más o menos precisos al respecto provienen por ejemplo de estudios de la distribución del ingreso hechos por los economistas;[20] o del examen de las organizaciones formales de los diferentes sectores y clases sociales a las que ya se hizo referencia. Si algo sabemos de la situación de las actitudes e ideas políticas de ciertos sectores proletarios y campesinos de México, esto es sobre todo a través de las obras de los antropólogos,[21] pero fuera de la novela, es muy poco lo que sobre este tema se sabe sobre todo en las clases dominantes: por ejemplo las investigaciones enteramente dedicadas a

[20] En este aspecto es particularmente relevante la obra de IFIGENIA M. DE NAVARRETE, que cuenta entre otros estudios con los siguientes: *La distribución del ingreso y el desarrollo económico de México,* Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1960 y "Distribución del ingreso en México: Tendencias y perspectivas" en DAVID IBARRA *et. al., Perfil de México en 1980.* Tomo I. Siglo XXI Editores, México, S. A., 1970.

[21] La obra de Oscar Lewis es quizá la más conocida en el ámbito internacional y en ella hay exámenes de individuos pertenecientes a los sectores campesinos, como es el caso de: *Lif in a Mexican Village: Tepoztlan Restudies,* University of Illinois, Urbana, Ill., 1951 y a sectores urbanos, como son *Five Families. Mexican Case Studies in the Culture of Poverty.* John Wiley & Sons, Nueva York, 1959 y *Children of Sanchez,* Random House, Nueva York, 1961. Con todo, la obra de los antropólogos data de tiempo atrás y en ella destaca la obra de Robert Redfield sobre Tepoztlán en los años treinta, y sobre Yucatán en los cuarentas. Entre los mexicanos destacan Ricardo Pozas y Julio de la Fuente por mencionar sólo a dos. Entre los trabajos a nivel nacional, están las investigaciones de Eyler N. Simpson sobre el ejido, de Frank Tannenbaum sobre la reforma agraria y de Nathan L. Whetten sobre la estructura rural de México.

examinar al grupo empesarial mexicano, su constitución y sus relaciones con los responsables políticos, apenas se están iniciando. Un trabajo pionero en este campo es la obra de Flavia Derossi, "The Mexican Entrepreneur" (mimeografiado, 1970); aunque el hecho de que el interés de la autora, consiste en la aportación de este grupo al proceso de desarrollo, le resta mucha relevancia para el estudio del fenómeno político. Por lo que se refiere a la estructura de la élite política hay algunos estudios en curso, pero ninguno ha sido publicado aún. En cuanto a las organizaciones formales, son también aquellas que agrupan a los sectores obreros y campesinos, más que las de clase media y las patronales, las que han sido examinadas.[22] Los pocos trabajos dedicados al examen de las organizaciones de los grupos dominantes pecan de formalismo o superficialidad.[23] El problema de la socialización política es un campo virgen, excepto por algunos trabajos sobre edu-

[22] La literatura sobre el movimiento obrero mexicano es muy amplia y de calidad muy variada; entre las obras generales destacan las de ALFONSO LÓPEZ APARICIO, *El movimiento obrero en México; antecedentes, desarrollo y tendencias,* Editorial Jus, México, 1952; JOSÉ REVUELTAS, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza,* Liga Leninista Espartaco, México, 1962; ROSENDO SALAZAR, *Historia de las luchas proletarias de México, 1930-1936,* s.e., México, 1944, *La CTM. Su historia, su significado,* Ediciones T. C. México. Modelo; KARL M. SCHMITT, *Communism in Mexico. A Study in Political Frustration,* University of Texas Press, Austin, Tex., 1965; SEVERO IGLESIAS, *Sindicalismo y Socialismo en México,* México Editorial Grijalbo, 1970. Las organizaciones campesinas constituyen un terreno casi inexplorado, entre las pocas obras sobre el tema se encuentra la de MOISÉS GONZÁLEZ NAVARRO, *La Confederación Nacional Campesina. Un grupo de presión en la reforma agraria mexicana,* Costa Amic Editor, México, 1968.

[23] Entre las pocas obras que estudian este tema se encuentran las de MERLE KLING, *A Mexican Interest Group in Action,* Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N. J., Inc., 1961; MARCO ANTONIO ALCAZAR, *Las agrupaciones patronales en México,* El Colegio de México, México, 1970. FRANK BRANDENBURG, "Organized Business in Mexico" en *Inter-American Economic Affairs,* vol. 12, núm. 13, invierno de 1958, JULIO RIQUELME INDA, *Cuatro décadas de vida 1917-1957,* Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio, México, 1957; *Cámara Nacional de la Industria de Transformación, 20 años de lucha,* 1941-1961, México, 1961.

cación.[24] Y sobre todo, debe señalarse que no existe una investigación seria en torno al uso de los medios de comunicación de masas con fines políticos. Los estudios sobre problemas ideológicos a que se hizo referencia al tratar el problema de las ideas políticas en México, han dejado mucho que desear al examinar las bases sociales de las ideas dominantes. El estudio sistemático de este problema está aún por hacerse; de no ser por la obra de Gabriel Almond y Sidney Verba, *The Civic Culture* (1963), en la que se incluye el caso de México entre los cinco estudiados, no hay aún una investigación seria dedicada por entero al examen de la cultura política en México.[25]

El estudio de las relaciones internacionales se preocupa por esclarecer tanto los factores que determinan las relaciones entre los estados —factores políticos, económicos estratégicos, etc.— como por examinar las instituciones y reglas legales que regulan gran parte de estas relaciones. Los graves problemas surgidos entre México y Estados Unidos a raíz de la

[24] Entre las escasas obras en este campo se pueden mencionar las de LEOPOLDO ZEA, *Del liberalismo a la revolución en la educación mexicana,* Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución, México, 1956; JOSEFINA VÁZQUEZ DE KNAUTH, *Nacionalismo y educación en México,* El Colegio de México, México, 1970; WILLIAM S. TUOHY y BARRY AMES, *Mexican University Students in Politics: Rebels Without Allies?,* University of Denver, Denver, Col., 1969-1970.

[25] Esta afirmación debe calificarse. En realidad existen un buen número de ensayos sobre varios aspectos de la cultura contemporánea mexicana, muchos de los cuales tratan de alguna forma el problema político. El interesado puede encontrar en estas obras, producto de especulaciones de carácter filosófico o sicológico sobre México y lo mexicano —que empezaron a surgir con los trabajos del grupo Hiperión—, algunas hipótesis de trabajo que pueden ser objeto de investigaciones más rigurosas a través de encuestas, estudio de los medios de comunicación masivos, etc. Entre estos trabajos destacan los de OCTAVIO PAZ, *El laberinto de la Soledad,* Fondo de Cultura Económica, México, 1959 y *Posdata,* Siglo XXI Editores, S. A., México, 1969, SAMUEL RAMOS, *El perfil del hombre y la cultura en México,* Universidad Nacional Autónoma de México, México, 4ª ed. 1963, ABELARDO VILLEGAS, *La filosofía de lo mexicano,* Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

Revolución de 1910, y el gran sentimiento nacionalista a que también dio lugar este movimietno, han dado por resultado la publicación de un buen número de estudios sobre problemas internacionales de México.[26] Sin embargo, la producción sobre el período posterior a 1940— o sea cuando cesaron los conflictos espectaculares— es bastante pobre. Sólo de manera rápida se examinan las características de este período en obras generales que tratan únicamente la relación con Estados Unidos como las de Howard F. Cline, *The United States and Mexico* (ed. rev. 1963) y de Luis G. Zorrilla, *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América* (1966); o la posición de México ante ciertos organismos internacionales, como es el caso de la obra de Jorge Castañeda *México y el orden internacional* (1956). Así pues, parece necesario poner más énfasis en los desarrollos ocurridos durante estas últimas décadas, en que si bien no ha habido ningún conflicto de tono violento o espectacular entre México y el mundo exterior, no por ello han dejado de ocurrir desarrollos igualmente trascendentales como son, por ejemplo, la saturación de los sectores más dinámicos de nuestro sistema económico por las empresas multinacionales, o el fracaso de los intentos por formar un frente unido con otros países periféricos, para defender nuestra economía y limitar la influencia de los centros hegemónicos, o el surgimiento de una "relación especial" con los Estados Unidos que ha permitido a México tomar posiciones heterodoxas dentro del sistema interamericano. Por otra parte, los estudios sobre problemas internacionales anteriores y posteriores a 1940, no se han esforzado por situar el problema de las relaciones entre México y el exterior dentro de un marco teórico, en donde el hecho particular estudiado sea visto como una instancia de un fenómeno más general. Es de esperarse que ahora que la

[26] Al respecto puede consultarse la bibliografía de DANIEL COSÍO VILLEGAS, *Cuestiones internacionales de México. Una bibliografía*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1966.

llamada teoría de la dependencia [27] se está desarrollando en varios centros académicos de Latinoamérica (CLACSO en particular), ofreciendo un nuevo cariz a la teoría del imperialismo, se aborden los problemas internacionales de México desde este ángulo, o desde cualquier otro capaz de colocar nuestros problemas particulares en el marco de las relaciones de poder del sistema internacional en su conjunto.

El estudio de la administración pública y la burocracia, intenta dar respuesta a preguntas tales como cuál ha sido el desarrollo de las instituciones administrativas, cuál su papel en la formulación y aplicación de las decisiones políticas, cómo y hasta qué punto los responsables políticos ejercen su control sobre las agencias burocráticas y en qué forma la acción de estos organismos se refleja en el sistema social en su conjunto. El problema de la burocracia ha sido ya objeto de amplias reflexiones e investigaciones, especialmente a partir de Max Weber. Por algún tiempo la teoría del fenómeno burocrático, para usar la expresión de Michel Crozier que ha intentado por examinar tanto los aspectos racionales, como los irracionales de la estructura burocrática moderna,[28] reflejó la preocupación por estudiar los sistemas administrativos de las sociedades más complejas e industrializadas; pero sólo hasta fechas muy recientes se han intentado formulaciones teóricas, destinadas a examinar las peculiaridades propias de los sistemas administrativos de los países de menor desarrollo. La obra de Fred W. Riggs,[29] es ejemplo de un nuevo esfuerzo teórico en este campo. En México —como es el caso de Latinoamérica en general, al comparársele con Asia y

[27] Véase en relación a este punto la obra de FERNANDO HENRIQUE CARDOSO y ENZO FALETTO, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI Editores, S. A., México, 1969.

[28] MICHEL CROZIER, *Le phénomene bureaucratique*. Editions du Seuil, París, 1963.

[29] La obra de este autor es muy amplia, quizá el estudio en donde mejor se concretan sus esfuerzos teóricos sea *Administration in Developing Countries. The Theory of Prismatic Society*, Houghton Mifflin Company, Boston, Mass., 1964.

África— se han hecho relativamente pocos trabajos de este este tipo; la mayor parte de los publicados lo han sido por personas con entrenamiento legal y que por tanto sólo reflexionaron sobre las estructuras legales del aparato administrativos. Los pocos trabajos realizados fuera de estos moldes resultaron de una calidad muy baja.[30] No ha sido sino hasta la aparición de las obras de Julio A. Fernández, *Political Administration in Mexico* (Boulder: University of Colorado Press, 1969), La Guy Benveniste, *Bureacracy and National Planning* (1970) y la de Martin Harry Greenberg, *Bureaucracy and Development: A Mexican Case Study* (1970), que se intenta abordar, en la primera de manera global y en la segunda de forma limitada a través de casos de estudio, los problemas de la administración pública mexicana, usando un bagaje teórico contemporáneo; pero el campo por explorar es aún vasto. Hay ciertos problemas discutidos desde hace largo tiempo que pueden ser objeto de nuevos estudios particulares, como es el que plantea la supervisión y armonización de las actividades del gran complejo burocrático representado por las Secretarías de Estado y empresas descentralizadas; otro tema igualmente importante es el de la corrupción, fenómeno que presenta no sólo problemas éticos sino teóricos sobre sus efectos funcionales y disfuncionales en los varios niveles en que se presenta, dentro del sector burocrático oficial. Otro problema que requiere los esfuerzos de un grupo considerable de investigadores, es el examen de las relaciones entre cada una de estas agencias y sus "clientelas", así como la ingerencia que éstas últimas tienen en las actividades de los agentes administradores. Este es un campo que apenas se ha tocado y que en ningún caso se ha abordado de manera sistemática.[31] Problemas de menor importan-

[30] Un ejemplo de los trabajos tradicionales sobre este campo lo constituye la obra de LUCIO MENDIETA Y NÚÑEZ, *La administración pública en México*, Imprenta Universitaria, México, 1942.

[31] Un estudio muy sugestivo sobre el caso italiano y que podría tener un gran interés para México es el de JOSEPH LA PALOMBARA,

cia relativa, tales como los sistemas de reclutamiento en los diferentes niveles administrativos, actitudes, formación de grupos —como el de los llamados "técnicos"— dentro de los conjuntos burocráticos, etc., etc., sólo han empezado a ser explorados.[32]

El campo de la política comparada, desarrollado originalmente por las universidades norteamericanas y europeas para confrontar sistemas ajenos con el propio, como método para llegar a una mejor comprensión de su funcionamiento, tiene ahora una meta más amplia: evaluar las diferentes hipótesis desarrolladas en cualquier campo de la ciencia política, a través de un examen sistemático de su validez cuando son aplicadas a los sistemas más diversos. En la medida en que los investigadores del proceso político mexicano sean capaces de descubrir, formular o modificar algunas hipótesis ya existentes con base en sus observaciones, se podrá intentar confrontarlas con estudios producidos en situaciones diferentes y en el proceso, enriquecer tanto el conocimiento del fenómeno político en general, como del mexicano en particular.

Antes de concluir esta breve revisión sobre las obras más conocidas en el campo de los estudios políticos conviene hacer referencia a las tesis de los egresados de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, algunas de entre ellas contienen datos y enfoques interesantes para el investigador.[33]

Interest Groups in Italian Politics, Princeton University Press, Princeton, N. J., 1964.

32 Entre los pocos estudios que han abordado seriamente el problema del papel y la influencia política de los "técnicos" en la administración pública mexicana está el de ERNEST B. HASS y PHILLIPE SCHMITTER, "México y la integración económica latinoamericana" en *Desarrollo Económico,* vol. 4, núms. 14-15, julio-diciembre de 1964.

33 Para tener una idea bastante exacta del tipo de trabajos presentados como tesis de licenciatura en la UNAM, véase a CECILIA CULEBRA y VIVES, "Problemas internacionales, políticos y económicos de América Latina. Bibliografía de tesis de licenciatura presentadas en la Universidad Nacional Autónoma de México, 1960-1970" en *Foro Internacional,* vol. XIX, núm. 3, enero-marzo de 1971, pp. 490-513.

Algunos obstáculos a la investigación política en México

Han sido examinados ya, aunque de manera un tanto esquemática, algunos aspectos de la naturaleza de la ciencia política y después, se han señalado algunos campos en los que los estudiosos del fenómeno podrían concentrar sus esfuerzos para ampliar nuestro conocimiento sobre la realidad política del México contemporáneo. En esta tercera y última parte, nos referiremos a ciertos problemas generales que se plantean a toda investigación en esta área. Ya se ha hecho referencia a la gran influencia que tienen las ciencias sociales norteamericanas en México. Como se ha visto al examinar las obras mencionadas en los párrafos anteriores, una gran proporción de ellas han sido efectuadas por investigadores extranjeros. La presencia norteamericana es particularmente notable al examinar los varios intentos de análisis del sistema político mexicano en su conjunto. No puede escapar al observador más casual que el cuadro que presentan estas obras es fundamentalmente favorable, y aún optimista, en relación al sistema de dominación interna que surgió a partir del movimiento revolucionario de 1910. Las críticas no son muchas y en poco afectan los fundamentos del *statu quo*. Se mencionó al principio de este ensayo que las corrientes ideológicas dentro del mundo académico norteamericano son varias y hasta antagónicas; desafortunadamente este pluralismo no se ha reflejado hasta la fecha en los análisis que los miembros de esta comunidad han hecho sobre México. No ha sido sino hasta fecha muy reciente, con la aparición de los trabajos de Hansen y Johnson que la ortodoxia impuesta por los escritos de sus predecesores parece estar tocando a su fin. Estas obras hacen esperar que el instrumental desarrollado por la escuela norteamericana de ciencia política deje de aplicarse de manera tan unilateral en favor del *statu quo*. Lo anterior no quiere decir que las obras de los otros miembros del mundo académico norteamericano no hayan sido útiles. En muchos casos tales investigaciones arrojaron una luz muy reveladora sobre la naturaleza de la vida política mexi-

cana y contribuyeron a elevar la altura del debate; pero no puede dejar de verse con inquietud el trasfondo ideológico de esos análisis pretendidamente objetivos, que fomentaron una actitud complaciente y fundamentalmente conservadora. Quizá más importante todavía que la propagación de una imagen positiva y legitimante del sistema mexicano, es el hecho de que estas obras contienen un buen número de elementos normativos, de recomendaciones para manipular ciertos aspectos del sistema a fin de preservarlo, de ahí la avidez con que los consejeros de los altos funcionarios mexicanos examinan todos estos productos de las ciencias sociales norteamericanas. En los Estados Unidos, la ciencia política ha dejado hace tiempo de ser una disciplina meramente académica para convertirse en un elemento de ayuda, al racionalizar las opciones, de quienes están a cargo de la toma de decisiones.[34] En México la situación no es tan clara todavía, pero ya existen las instituciones oficiales capaces de hacer uso de los hallazgos de la ciencia política en la medida en que éstos tienen alguna importancia para la formulación de estrategias prácticas, tal es el caso, por ejemplo, de la Secretaría de la Presidencia o de Gobernación.

Hay desde luego otro tipo de problemas más inmediatos y cuya solución se encuentra en buena medida fuera del control del investigador: la falta de información. La investigación política se ha desarrollado en países con sistemas pluralistas y en donde las informaciones sobre los procesos políticos es, en muy buena medida, del conocimiento público,

[34] Un excelente estudio sobre el papel que los académicos norteamericanos están desempeñando en la formulación de políticas eminentemente contrarias al cambio social dentro y fuera de los Estados Unidos, se puede encontrar en la obra de NOAM CHOMSKYM, *American Power and the New Mandarins*, "Vintage", Random House, Nueva York, 1969. Para tener una idea de esta situación en el caso concreto de América Latina, véase la obra de IRVING LOUIS HOROWITZ (ed.) *The Rise and Fall of Project Camelot: Studies in the Relationship Between Social Science and Practical Politics*, The M.I.T. Press, Cambridge, Mass., 1967.

pues ningún grupo tiene un monopolio del poder y la oposición está siempre interesada en la difusión de la información. Ese no es el caso en México. Aquí el pluralismo político es limitado —por decirlo de alguna manera— y en buena medida una de las formas de control político empleadas sistemáticamente consiste en manipular y suprimir un tipo de información que en otras sociedades está a disposición de los analistas.[35] Este ocultamiento y hasta alteración de los hechos, es explicable, pero lamentable: al político le es necesario mantener la legitimidad de su poder presentándose no como el representante de ciertos intereses particulares y sí como portavoz del interés general. Alrededor de este problema de legitimidad se construye una red de mitos más o menos verosímiles que le permiten manipular a sus súbditos principalmente por consentimiento y sin el uso constante de la fuerza. Por otra parte, en la medida en que el estudioso de la vida política se esfuerza por ser objetivo y riguroso —independientemente de cuáles sean los valores que defienda— el resultado de su labor tiende a desmitificar la realidad y con ello interfiere negativamente con las posibilidades de manipulación del político, atacando en alguna medida las bases de su legitimidad. Como ha observado Hans Morgenthau, entre el científico y el político hay una contradicción inherente; y de esto está consciente el político; [36] de ahí que, en la medida que le es posible, trate de interferir con la tarea del científico político. En México ésta posibilidad es bastante más seria que en otros países, lo que tiende a dificultar —aunque no a impedir la actividad del analista independiente.

[35] Véase a este respecto los comentarios de Miguel Wionczek sobre la falta de información —información que las instituciones oficiales tienen— sobre la inversión extranjera en México en "La inversión extranjera privada en México: problemas y perspectivas" en *Comercio Exterior,* vol. XX, núm. 10, octubre de 1970, pp. 818-819.

[36] MAX WEBER, *El político y el científico,* Alianza Editorial, Madrid, 1967. En este contexto resulta muy interesante el ensayo de HANZ MORGENTHAU, *Scientific Man Versus Power Politics,* en *Phoenix,* The University of Chicago Press, Chicago, Ill., 1965.

A éste se le presenta la necesidad insoslayable de buscar nuevos indicadores que le permitan superar dentro de lo posible la falta de información directamente relacionada con los procesos de toma de decisiones. Así por ejemplo, la exploración de la literatura relacionada con sistemas políticos similares al mexicano en los aspectos que interesen al investigador, puede sugerir nuevas estrategias. En cualquier caso, es necesario una buena dosis de imaginación y creatividad sobre la marcha para librar —aunque sea sólo parcialmente— el gran obstáculo constituido por el control de la información.

La Universidad Nacional Autónoma de México estableció una escuela de ciencias políticas desde la década de los años cincuenta; sin embargo, hasta hace poco la producción de sus profesores y egresados, en términos de investigaciones, no había sido particularmente notable. En buena medida esto se explica de nueva cuenta por las peculiaridades del sistema político mexicano. La actividad académica independiente es más difícil y menos bien remunerada que en otros países y a ello se agrega una deliberada política de cooptación y mediatización de los intelectuales, por parte de quienes detentan el poder político. Conscientes de esta situación, un buen número de intelectuales consideran sus investigaciones no como un fin, sino como un medio para llamar la atención de los círculos políticos y obtener su ingreso a ellos. Ello puede conseguirse tanto con obras que sirven para justifificar y legitimar al sistema, como con obras que se muestran críticas al mismo —aunque no de manera irreconciliable— y que hacen de su autor un elemento relativamente disfuncional, al que se preferiría tener bajo control incorporándolo a una actividad burocrática o política del "stablishment". En cualquiera de los dos casos, el resultado es el mismo: alentar la corrupción intelectual. Y hasta la fecha los individuos capaces que no se han desalentado ante los obstáculos que crea el control de la información, ni han abandonado sus proyectos académicos a cambio de una cierta participación en el ejercicio del poder o ante la posibilidad de obtener ma-

yores ventajas materiales continuando una labor intelectual seria e independiente, constituyen más la excepción que la regla. La observación de una elevación en la calidad de algunos centros educativos nacionales en los últimos tiempos más un cierto grado de optimismo ante la corriente de inquietud que actualmente recorre los círculos universitarios, llevan a esperar que en el futuro cercano estos casos sean más frecuentes y el país pueda contar con un grupo de científicos sociales críticos, que desmitifique diferentes aspectos de la realidad mexicana y en el proceso, efectúe un examen más justo de las alternativas que nuestro desarrollo político nos presenta. La contribución de la ciencia política mexicana a un examen crítico de la realidad actual aún está por hacerse.

LA DEMOGRAFÍA HISTÓRICA DE AMÉRICA LATINA: NECESIDADES Y PERSPECTIVAS

Woodrow BORAH
y
Sherburne F. COOK
Universidad de California, Berkeley

ESTE ENSAYO constituye en realidad la continuación o segunda parte de una ponencia llamada "La Demografía Histórica de América Latina: fuentes, técnicas controversias, logros" escrita por Woodrow Borah para el IV Congreso de la Asociación Internacional de Historia Económica que tuvo lugar en Bloomington, Indiana, del 9 al 14 de septiembre de 1968. En esa ponencia se examinan las diferentes categorías de fuentes, las técnicas que se usan actualmente y los logros obtenidos hasta la fecha, en el estudio de la población del Nuevo Mundo, desde la remota prehistoria hasta principios del siglo XX. No queremos repetir el contenido de esa ponencia ya que ha sido publicada por la Universidad de Manitoba, al igual que otras ponencias sobre demografía histórica presentadas en ese congreso. Aquí nos proponemos continuar el examen, en forma más resumida, señalando y comentando las que constituyen, a nuestro juicio, las necesidades más urgentes y las líneas de investigación más prometedoras de la demografía histórica en América Latina.

Al iniciar una investigación sobre la demografía histórica de América Latina y durante el transcurso de ella, se presenta el grave problema del control de fuentes y de literatura, problema que no tiene una solución fácil. Las fuentes para la historia demográfica de América Latina son muy variadas. Si están manuscritas, se encuentran dispersas en una multitud de archivos y bibliotecas; y si están publicadas, están disemina-

das de manera impredecible en monografías, revistas y series documentales de todos tipos, de tal manera que el investigador debe realizar una búsqueda individual lenta y exasperante en la cual sólo recibe ayuda de algunos otros visitantes de los solitarios archivos. Lo más necesario en este momento es elaborar una serie de catálogos y manuales, por países, en los cuales haya listas de las categorías de materiales, de su probable ubicación, así como inventarios de lo que ya ha sido localizado, sugerencias sobre las dificultades y las ventajas de cada categoría, e ilustraciones de los métodos de análisis. Necesitamos guías tales como los dos excelentes manuales para la investigación histórica peruana publicados por Raúl Porras Barrenechea, *Fuentes históricas peruanas* (Lima, 1963) y por Rubén Vargas Ugarte, *Manual de estudios peruanistas* (cuarta edición, Lima, 1959). Estos dos manuales sirven solamente en forma indirecta para la demografía histórica. Necesitamos también manuales que hagan referencia, en forma específica, a los materiales y problemas de América Latina y a los métodos, tales como los que se han publicado en Francia e Inglaterra para guiar a los investigadores de la demografía histórica en el análisis de categorías específicas de los materiales nacionales. De éstos, los mejores son el de M. Fleury y L. Henry llamado *Nouveau manuel de dépouillement et d'exploitation de l'état civil ancien* (París, 1965) dedicado a los problemas de la investigación en los registros parroquiales; el editado por E. A. Wrigley, *An Introduction to English Historical Demography from the Sixteenth to the Nineteenth Century* (Londres, 1966), y el de L. Henry, *Manuel de démographie historique* (Ginebra y París, 1967).

Desde luego, existen guías útiles en los archivos y en las bibliotecas importantes; pero no se concentran en materiales que interesan a la demografía histórica. Rara vez hay guías de los materiales que están dispersos en los archivos menores y en los archivos regionales. Tal es el caso de los registros parroquiales, a los cuales se ha acudido durante los últimos años para realizar estudios de demografía histórica europea. Probablemente, los registros parroquiales son también de gran

valor para las investigaciones de América Latina. Sin embargo, en la mayoría de los países latinoamericanos los manuscritos yacen en archivos parroquiales dispersos y se encuentran en diversos grados de preservación y de abandono. La única tentativa de hacer un examen general de estas fuentes es la realizada por Elio Lodolini: "Los libros parroquiales y de estado civil en América Latina" (*Archivum,* VII, 95-113, 1958) que es una introducción valiente pero muy inadecuada al material existente. Sólo en Chile hay un inventario útil de los registros existentes, publicado por Iván Larraín Eyzaguirre en el libro *La parroquia ante el derecho civil chileno o estatuto jurídico de la parroquia* (Santiago de Chile, 1956, pp. 286-331).

Existen inventarios publicados de los registros de algunas ciudades, tal como el de São Paulo incluido en la obra de María Luiza Marcilio *La villa de São Paulo, peuplement et population, 1750-1850 d'après les registres paroissiaux et les recensements anciens* (Rouen, 1968, pp. 81-96).

En el caso de las obras especializadas, la situación es igualmente anárquica y difícil. Los estudios se publican en gran variedad de revistas, entre las cuales hay muchas cuyo contenido no aparece en las guías de estudio publicadas en revistas. Así es casi imposible que un investigador encuentre todos los artículos y monografías relacionados con su tema. Por otro lado, las nuevas obras que se producen en demografía histórica, aparecen registradas en publicaciones importantes, tales como los *Annales de démographie historique* (París, 1964—), pero de costumbre estas guías son deficientes en lo que se refiere a América Latina. Esta situación es probablemente característica de todos los estudios de antropología e historia sobre América Latina, en parte debido al gran número de países y a la dispersión de las publicaciones; sin embargo, el estudio de la demografía histórica sufre aun más que las otras disciplinas de estos inconvenientes crónicos que, en su caso, constituyen un obstáculo todavía mayor porque en la demografía histórica es necesario acudir a una gran diversidad de fuentes, consultar fuentes bibliográficos desacostum-

bradamente dispersas y huidizas, y usar métodos cuantitativos de análisis tediosos y a menudo difíciles.

Veamos ahora algunos de los que podemos llamar "temas de fondo" en la investigación de la demografía histórica de América Latina. El problema fundamental es determinar el número de habitantes, especialmente a lo largo de varios períodos de tiempo, para así poder medir los cambios ocurridos. En las Américas, este problema está complicado con un contenido pasional, por las cuestiones que surgen del contacto, de la conquista y de los subsiguientes efectos de la anexión al mundo europeo. Cualquiera que haya seguido las sesiones de los congresos de Americanistas[1] sabe que este problema se discute en forma acalorada. La tarea que deben emprender los investigadores como grupo, es la de dejar a un lado sus preferencias y sus intereses políticos o ideológicos, y examinar los hechos en términos de la información y de la probabilidad. Es necesario establecer estimaciones fundamentadas del tamaño de la población americana antes de que se iniciara el contacto y la conquista. Además, necesitamos estimaciones fundamentadas de los efectos que tuvo en la población el fin del largo aislamiento de las Américas, las cuales durante largos períodos se habían quedado fuera de la comunicación oceánica continua, con otras partes del planeta.

Generalmente, se acepta que el efecto inmediato del contacto fue el descenso de la población indígena, pero aún no tenemos estimaciones cuidadosas basadas en estudios regionales detallados, que empleen la enorme cantidad de información que sabemos que existe. Aún hay que establecer estimaciones fundamentadas de la magnitud del descenso de la población indígena y del grado en el cual este descenso fue relativamente uniforme, como un todo, o bien siguió dife-

[1] Prueba de ello es el debate sostenido en las sesiones de Mar del Plata en 1966. La larga polémica de Ángel Rosenblat fue publicada, después de ser revisada, bajo el título: *La población de América en 1492. Viejos y nuevos cálculos,* México, 1967. La ponencia de Woodrow Borah aún no ha sido publicada. Ninguna de las dos ponencias ha sido incluida dentro de las publicaciones del congreso.

rentes patrones en cada zona, o al azar. Conviene, en este momento, aclarar un término que hemos usado; cuando decimos estimaciones "fundamentadas" nos referimos a estimaciones basadas en los datos, elaborados con análisis cuidadosos, y desprovistas de los sesgos que introducen las concepciones previas.

Como ya se dijo, el examen de estos problemas se realiza en forma más adecuada a través de estudios regionales.[2] En años recientes, se ha hecho una serie de estudios sobre el norte de Mesoamérica en los cuales se ha logrado un progreso notable, en especial los de Carl O. Sauer,[3] Homer Aschmann,[4] Lesley Byrd Simpson, y los nuestros.[5] Para el sur

[2] En la ponencia presentada por Woodrow Borah, "La Demografía Histórica de América Latina: fuentes, técnicas, controversias, logros", se hace énfasis en este punto. El resumen de esta ponencia fue publicado en ENRIQUE FLORESCANO (Ed.), *Perspectivas de la historia económica cuantitativa en América Latina.* Cuadernos de la Comisión de Historia Económica de CLACSO, 1, México, 1970.

[3] *The Aboriginal Population of Northwestern Mexico.* Ibero-Americana: 10, Berkeley, 1935; *Colima of New Spain in the Sixteenth Century.* Ibero-Americana: 29, Berkeley y Los Ángeles, 1948.

[4] *The Central Desert of Baja California: Demography and Ecology.* Ibero-Americana, 42, Berkeley y Los Ángeles, 1959.

[5] SHERBURNE F. COOK y LESLEY BYRD SIMPSON, *The Population of Central Mexico in the Sixteenth Century.* Ibero-Americana: 31, Berkeley y Los Ángeles, 1948; LESLEY BYRD SIMPSON, *Exploitation of Land in Central Mexico in the Sixteenth Century.* Ibero-Americana: 36, Berkeley y Los Ángeles, 1952; SHERBURNE F. COOK, *Population Trends among the California Mission Indians.* Ibero-Americana: 17, Berkeley y Los Ángeles, 1940; y los estudios realizados por SHERBURNE F. COOK y WOODROW BORAH, *The Population of Central Mexico in 1548, The Indian Population of Central México, 1531-1610, The Aboriginal Population of Central Mexico on the Eve of the Spanish Conquest, y the Population of the Mixteca Alta, 1520-1960.* Ibero-Americana: 43, 44, 45 y 50, Berkeley y Los Ángeles, 1960-1968; "On the Credibility of Contemporary Testimony on the Population of Mexico in the Sixteenth Century", en *Summa antropologica en homenaje a Roberto J. Weitlaner.* (México, 1966) y "Conquest and Population: A Demographic Approach to Mexican History", en *Proceedings of the American Philosophical Societey,* CXIII, 177-183 (1969).

de Mesoamérica no hay estudios que tengan esa amplitud ni esa profundidad en el análisis del material histórico. Los estudios con enfoque arqueológico tropiezan con muchas dificultades. Carl Sauer dedicó algunas páginas al problema demográfico de las Antillas;[6] dentro de un año esperamos contar con una publicación sobre la Española.[7] Se han publicado estudios sobre algunas provincias de Colombia, basados en los registros excepcionalmente amplios que mantenía la administración española en la Audiencia de la Nueva Granada.[8] Para otras regiones contamos con estudios dispersos que son indicativos, tales como el de William Denavan[9] sobre los Mojos y sobre otras partes de Amazonia.[10] A pesar de estos estudios, nos vemos obligados a incluir a la mayor parte de América Latina dentro de las regiones que hay que estudiar haciendo un análisis intensivo de la información histórica masiva: el sur de Mesoamérica, las Antillas consideradas en conjunto, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia, Amazonia, el Brasil no amazónico, y las zonas templadas de América del Sur.

Los estudios que nosotros realizamos, así como los de otros autores que ya mencionamos, nos permiten bosquejar una

[6] En *The Early Spanish Man.* Berkeley y Los Ángeles, 1966, *passim.*

[7] Incluida dentro de un tomo de ensayos sobre la historia de la población en México y el Caribe, de próxima publicación.

[8] JUAN FRIEDE, *Los quimbayas bajo la dominación española. Estudio documental (1539-1810),* Bogotá, 1963; "Algunas consideraciones sobre la evolución demográfica en la provincia de Tunja", en el *Anuario colombiano de historia social y de la cultura,* núm. 3, 1965, pp. 5-19; GERMÁN COLMENARES, *Encomienda y población en la provincia de Pamplona (1549-1650).* Bogotá, 1969; DARÍO FAJARDO M., *El régimen de la encomienda en la provincia de Vélez (Población indígena y economía),* Bogotá, 1969.

[9] *The Aboriginal Cultural Geography of the Llanos de Mojos of Bolivia.* Ibero-Americana: 48, Berkeley y Los Ángeles, 1966.

[10] Especialmente la ponencia que Denavan presentó en el Congreso de Americanistas en 1966, que no ha sido publicada, y la ponencia que presentó en el IV Congreso de la Asociación Internacional de Historia Económica que tuvo lugar en Indiana, en septiembre de 1968; esta última ha sido publicada por la Universidad de Manitoba, junto con otras ponencias sobre historia demográfica.

especie de patrón. Estos estudios demuestran que la densidad de la población prehispánica era muy alta y que descendió precipitadamente con el contacto europeo,[11] luego declinó hasta desaparecer completamente, o bien descendió a un nivel bajo, en el cual aún había un núcleo reproductor. En este último caso, la población inició eventualmente, una etapa de recuperación a partir de un punto muy bajo y, quizás con una gran cantidad de mezcla de otras razas, empezó a aumentar hasta alcanzar la llamada explosión de la población de estas últimas décadas. En algunas regiones ha habido un reemplazo total de población a través de la inmigración.

Los resultados obtenidos hasta la fecha también indican que el descenso de la población indígena, a raíz del contacto europeo, siguió uno o varios patrones climáticos o altitudinales. En el caso del centro de México, dividimos los pueblos indígenas, según la altitud, en tres zonas: las costas, desde el nivel del mar hasta los 1 000 metros; la zona intermedia, de 1 000 a 1 500 metros; el altiplano que incluye a todas las zonas de mayor altitud. Arbitrariamente, en cada zona asignamos el valor 1.00 a la población indígena de 1568 y después calculamos la población anterior a la conquista asignándole un valor relativo a éste. Aplicando ese procedimiento obtuvimos los siguientes resultados: Costas, 47.50; Zona intermedia, 9.55; Altiplano, 6.60.

La variación debida a la altitud (en realidad a la temperatura y a la humedad), es sorprendente. Nuestro estudio

[11] En nuestro estudio intitulado "On the Credibility of Contemporary Testimony on The Population of Mexico in the Sixteenth century", citado en la nota 5, comparamos las reconstrucciones que hicimos con el testimonio sobre la población prehispánica asentado en las Relaciones Geográficas. Puesto que en ambos casos las cifras son semejantes, a pesar de haber sido obtenidos a través de caminos muy diferentes en base a diferentes tipos de información, es posible aceptar la validez esencial de cada una de ellas. Véase el artículo "Estimating American Population. I. An Appraisal of Techniques with a New Hemispheric Estimate", de HENRY F. DOBYNS, publicado en *Current Anthropology*. VIII, 395-460, octubre de 1966, donde el autor hace una extensa revisión de la información.

de la Española, que actualmente está en prensa, indica que la población indígena de esa isla desapareció rápidamente, tal como sucedió con la de las costas mexicanas, especialmente con la de la costa central de Veracruz.

Los estudios de provincias colombianas realizados por Juan Friede, Germán Colmenares y Darío Fajardo, se ajustan a la concepción de que el descenso de la población es menor a medida que aumenta la altitud; pero estos estudios, al igual que otros sobre la población del Perú, indican que hay un patrón andino algo diferente al de la zona norte de Mesoamérica, puesto que el descenso es más lento y se prolonga hasta el siglo XVIII. Hay otro aspecto que debe ser estudiado en el caso de los países andinos. El patrón andino puede tener características aún más especiales, pues hay algunos indicios de que en las zonas altas del Ecuador hubo un aumento de la población indígena, por lo menos después de mediados del siglo XVI.[12] Sin embargo, este aumento pudo haberse debido no tanto a un mayor número de nacimientos que de defunciones entre los indios ecuatorianos, sino al hecho de que los indios de la Audiencia de Lima huían para no ser enviados a trabajar en las minas de Potosí y Huancavelica. Para las demás zonas de América Latina hay aún que examinar todo el proceso. Lo que sucedió en Amazonia es un enigma, a pesar de que constituye la zona más extensa del trópico húmedo en América Latina. Sería una prueba muy interesante de la existencia de uno o varios patrones, el saber si el movimiento de la población indígena de esta zona fue semejante al de la costa central de Veracruz y al de la Española.

Además de establecer los cambios numéricos debidos al contacto y a la conquista, hay una serie de problemas que están relacionados con los factores que causaron ese descenso. Aquí nos acercamos aun más al acalorado debate de la *leyenda negra versus* la *leyenda rosada.* Digamos pues que con-

[12] JOHN LEDDY PHELAN, *The Kingdom of Quito in the Seventeenth Century*. Madison. 1967, pp. 43-49.

sideramos simplemente absurdo este debate. Hay pocos indicios que prueben que durante la expansión europea cualquier nación de Europa haya sido mucho más o mucho menos brutal que otra. Tampoco hay pruebas para poder afirmar que los aztecas o los incas fueron mucho más bondadosos. Lo que realmente se necesita son estudios basados en los datos sobre los factores que incidieron y la magnitud del impacto que causaron. Se puede señalar que la rapidez del descenso de la población indígena y el patrón o los patrones climáticos indican la introducción de enfermedades hasta entonces desconocidas en las Américas, pero sabemos muy poco sobre las epidemias y la forma como se propagaban. Sabemos que los indígenas se veían gravemente afectados por enfermedades que atacaban en forma muy benigna a los europeos, tanto así que estos ni siquiera se consideraban enfermos.[13] Este tipo de problemas puede aclararse mediante estudios hechos por epidemiologistas. El Dr. Frederick Dunn lleva a cabo un tipo de investigación muy prometedor a través del estudio de las enfermedades endémicas en los primates no humanos, la cual pudiera aportar información nueva sobre las enfermedades más mortíferas.[14] El estudio reciente realizado por Reinhard Hoeppli constituye una interesante reseña de la información conocida sobre el origen y la propagación de las enfermedades, especialmente sobre la propagación de enfermedades del Viejo al Nuevo Mundo y viceversa.[15]

El papel prominente que tuvieron las enfermedades en el descenso de la población indígena, no debe impedirnos ver la forma en que operaron otros factores que también

13 Carl O. Sauer ha comprobado esta afirmación en discusiones de seminario, especialmente con referencia a la expedición realizada por De Soto en el sureste de los Estados Unidos.

14 Véase, por ejemplo, "On the Antiquity of Malaria in the Western Hemisphere", en *Human Biology*. XXXVII, 1965, 385-393.

15 *Parasitic Disease in Africa and the Western Hemisphere. Early Documentation and Transmission by the Slave Trade. Acta Tropica,* supplement 10, Basilea, 1969.

deben ser estudiados. La conquista y la explotación no son procesos humanitarios que tiendan a la conservación de la vida. Además, la implantación de nuevas formas culturales y de sistemas socio-económicos, aun cuando se realice con gran caridad cristiana, puede producir trastornos de largo alcance que tienen consecuencias demográficas graves y muy nocivas. De nuevo aquí se necesitan estudios en los cuales se busque información sólida sobre la destrucción de la vida durante la conquista y las guerras, y sobre la destrucción que después produjo la esclavización de los indios. Una monografía reciente sobre la administración de Nuño de Guzmán en la gobernación de Pánuco ha puesto al descubierto nueva información sobre la magnitud de la exportación de esclavos indios, información que fundamenta los cargos hechos por el Arzobispo Zumárraga y que hasta ahora se habían considerado exagerados.[16] También se necesitan estudios sobre la forma en que el contacto y la conquista alteraron la situación social tradicional, la agricultura, el almacenamiento de las reservas y su distribución, y los requerimientos tradicionales de trabajo y de servicios. Sabemos que los requerimientos de los europeos hicieron necesaria una reorganización importante de la producción, así como una diversificación del trabajo. Además, sabemos que hubo quejas por la pérdida masiva de vidas humanas causadas por el uso de los indios como cargadores, por los servicios que debían cumplir durante las expediciones, y por el transplante de indios de una zona climática a otra. Incluso la política de congregación, llevada a cabo por razones administrativas y para facilitar la cristianización, significaba sacar poblaciones de un medio ambiente al que estaban adaptadas con bastante eficiencia y colocarlas en otro medio que requería de una serie de nuevas adaptaciones. Los estudios de John Murra sobre

[16] DONALD E. CHIPMAN, *Nuño de Guzmán and the Province of Panuco in New Spain, 1518-1533*. Glendale, California, 1967, pp. 212-217. El estudio de Chipman es un ejemplo de una monografía sobre una administración que también incluye mucha información demográfica.

los sistemas de producción tradicionales en el Perú,[17] arrojan mucha luz sobre los estragos que inconscientemente causaron los españoles al alterar los patrones nativos perfectamente balanceados y muy eficientes, cuando éstos no correspondían a las concepciones europeas. También es necesario examinar cuantitativamente estos factores.

Además de los problemas relativos al significado que tuvo el contacto y la conquista, aun quedan por estudiar los cambios en el número de habitantes en diversos momentos del tiempo y hasta la fecha. Este tipo de problemas es el más fácil de resolver, pues la información es relativamente abundante y puede ser manejada con los métodos desarrollados por la demografía histórica europea. Señalaremos algunos de los estudios más importantes que abren nuevos caminos: Nicolás Moreno Besio, *Buenos Aires, puerto del río de la Plata, de la Argentina; estudio crítico de su población 1536-1936*, Buenos Aires, 1939; Rodolfo Barón Castro, *La población de El Salvador, Estudio acerca de su desenvolvimiento desde la época prehispánica hasta nuestros días*, Madrid, 1942; y los ensayos en los volúmenes VI y VIII del *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas* de la Universidad Nacional del Litoral, Rosario, Argentina. Nicolás Sánchez Albornoz y José Luis Moreno hicieron un excelente resumen de los trabajos realizados hasta la fecha en el libro intitulado *La población de América Latina, bosquejo histórico*, Buenos Aires, 1968. Sin embargo, incluso este aspecto de la demografía histórica

[17] *The Economic Organization of the Inca State*. Tesis doctoral presentada en la Universidad de Chicago en 1956, que no ha sido publicada; "Social, Structural, and Economic Themes in Andean Ethnohistory", en *Anthropological Quarterly*. XXXIV, núm. 2, abril, 1961, pp. 47-59; "An Archaeological 'Restudy' of an Andean Ethnohistorical Account", en *American Antiquity*, XXVIII, núm. 1, julio, 1962, pp. 1-4; "Herds and Herders in the Inca State", en *Man, Culture and Animals: The Role of Animals in Human Ecological Adjustments*. American Association for the Advancement of Science, publicación, núm. 78, Washington, D. C., 1965, pp. 186-216. Le estamos agradecidos a John Murra por las discusiones orales que nos han permitido ver con claridad sus ideas.

de América Latina, que es el más sencillo, ha sido poco trabajado.

Además de las cifras y de los cambios en ellas, a los demógrafos históricos les interesan los factores vitales y mecánicos que determinan que el número de habitantes se mantenga constante o que cambie. También les interesa la composición de la población.[18] Los factores vitales son, por lo menos, las tasas brutas de natalidad y mortalidad, las cuales, al ser comparadas, dan una medida del movimiento natural de la población. A ellas puede sumarse la tasa de nupcialidad o bien, en el caso de América Latina donde tantas familias se forman sin ceremonia formal, las tasas de la formación de familias y las edades en las cuales las mujeres inician su período reproductivo. A los demógrafos históricos que tratan problemas europeos, les han interesado en forma especial los siguientes temas: los cambios en las tasas vitales y el papel que cada uno de esos cambios desempeñó en el gran aumento de la población que se inició en el siglo XVIII; la relación entre esos cambios y la Revolución Industrial; el inicio del prolongado descenso de la tasa de mortalidad que constituye una característica de los tiempos recientes. Este tipo de problemas es también interesante para el estudio de América Latina; la experiencia de América Latina debería aportar elementos para explicar la situación europea. Los factores mecánicos son esencialmente: la inmigración, la emigración y las migraciones internas de población. Todos estos factores han desempeñado un papel complejo en América Latina, aun más que en Europa, debido a factores diferenciales de tipo étnico. El estudio de la composición de la población incluiría, por lo menos, un análisis en términos de la distribución por sexo y edad.

Uno de los caminos más prometedores para estudiar los

[18] Además de las obras citadas al principio de este artículo, debemos mencionar la exposición notablemente lúcida de los términos y tipos de análisis hecha por T. H. Hollingsworth en *Historical Demography*. Ithaca, 1969, exposición basada esencialmente en las experiencias inglesas.

factores vitales y la composición de la población es el examen de los registros parroquiales y del registro civil, que es la continuación de los anteriores. Los franceses se han destacado en forma especial en el estudio de los registros parroquiales en Europa. En el caso de muchos registros, lo único que se puede hacer es emplear métodos agregativos, es decir determinar el número anual de nacimientos, defunciones y matrimonios. Un método mucho más sofisticado, que se ha desarrollado en Francia, es el de la reconstrucción de familias, en una escala y a través de un período de tiempo lo suficientemente grandes, como para determinar los factores vitales y sus características.[19] Desgraciadamente, el método requiere de la identificación genealógica de los lazos de parentesco y esto resulta muy difícil en América Latina, a causa del número limitado de apellidos y de la forma irregular en que éstos eran adoptados. El examen que nosotros hicimos de los registros parroquiales de la Mixteca Alta, nos convenció de la imposibilidad de hacer reconstrucciones de familias en esa región, pues la población indígena usaba un número muy pequeño de apellidos a la vez que un número también pequeño de nombres de pila. El intento más importante de aplicación de la metodología francesa a los registros parroquiales es el realizado por María Luiza Marcilio en su obra *La ville de São Paulo. Peuplement et population.* Al hacer este estudio, la autora encontró que la irregularidad en la forma de adoptar los apellidos no permitía hacer reconstrucciones familiares y se vio obligada a usar métodos agregativos. Sin embargo, su monografía demuestra que de los registros parroquiales de América Latina se puede extraer una gran cantidad de información. Marcello Carmagnani realizó otro estudio intitulado "*Demografia e società. La struttura sociale di due centri minerari del Messico settentrionale, 1600-1720*,"[20] en el cual se ve el valor que tienen los registros pa-

[19] Véase el manual de M. Fleury y L. Henry, citado al principio de este artículo.

[20] Este artículo aparecerá en el número próximo de *Historia Mexicana*.

rroquiales para el análisis del cambio en las proporciones de los diferentes grupos raciales, el papel que estos grupos desempeñaban en la reproducción, sea por prole legítima o natural, y la propensión o el rechazo a efectuar uniones matrimoniales interétnicas. Así, los registros parroquiales y el registro civil ofrecen un vasto campo para el estudio de la demografía. Desgraciadamente salvo algunas excepciones, casi no han sido trabajados.[21] Incluso es probable que se puedan aplicar con éxito los métodos franceses de reconstrucción en parroquias urbanas ubicadas en los núcleos de las ciudades españolas.

Otra forma de estudiar las características vitales y la composición de la población, es a través del análisis de uno o varios recuentos que tengan suficiente información por sexo, edad y familia. Los recuentos hechos en una misma región, pero en diferentes fechas, aportan una información más satisfactoria, pero los demógrafos y los demógrafos históricos, tienden cada vez más a analizar un solo recuento. De 1770 a 1810 hubo en América Latina una serie de recuentos relativamente buena. Muchos de los comentarios sobre la población de la Nueva España hechos por Alejandro von Humboldt, están basados en los resultados del recuento mandado a hacer por el virrey a principios de la década de 1790. Günter Vollmer[22] trabajó en forma interesante unos recuentos coloniales peruanos, pero de ninguna manera agotó las posibilidades de análisis que éstos ofrecen. A través de los siglos, desde la conquista europea hasta la época actual, existen para muchas

[21] Borah cita algunos de estos estudios en "La Demografía Histórica de América Latina: Fuentes, técnicas, controversias, logros". Uno de los estudios más recientes es el de HORACIO ARANGUIZ DONOSO, *Notas para el estudio de una parroquia rural del siglo XVIII: Pelarco, 1786-1796,* publicado por la Universidad Católica de Chile, Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, *Anales,* 1969, pp. 37-42.

[22] *Bevölkerungspolitik und Bevölkerungsstruktur im Vizekönigreich Perú zu Ende del Kolonialzeit, 1742-1821.* Beiträge zur Soziologie und Socialkinde Lateinamerikas, COSAL, Band 2, Bad Homburg vor der Höhe, 1967. La obra es, esencialmente, un análisis del censo Peruano (o seudocenso) de 1792.

regiones, series vastas y heterogéneas de informes de misioneros, de parroquias, de tributos y de recuentos con fines militares que, con frecuencia, tienen la información dividida en categorías; quizás, a través de métodos más burdos que consisten en examinar las proporciones dentro de cada categoría, es posible analizar la composición de la población y los cambios ocurridos en ella.

También debemos mencionar la posibilidad de hacer estudios mediante el empleo de las técnicas derivadas del análisis de poblaciones estables y semi-estables.[23] En estos últimos años, la construcción de modelos teóricos de poblaciones ha permitido que se realicen grandes progresos; se parte de la hipótesis que sostiene que las tasas de natalidad y de mortalidad son constantes, es decir, que las poblaciones son estáticas, o bien crecen o disminuyen siguiendo una tasa constante. Recientemente se han construido modelos en los que se supone que las tasas de natalidad cambian, pero al igual que en el caso anterior, lo hacen en forma constante. Nosotros tratamos de aplicar las sugerencias de Stolnitz en el análisis del censo de 1777, para las regiones centrales de México; sin embargo, llegamos a la conclusión de que no eran aplicables.[24] Eduardo E. Arriaga propuso recientemente métodos más avanzados y más osados que probablemente sí pueden aplicarse a este tipo de estudio.[25] Nosotros creemos que las

[23] Véase la ponencia de Harley L. Browning "Mr. Historian, Meet Mr. Demographer", presentada en la *Tercera reunión de historiadores norteamericanos* y *mexicanos,* en Oaxtepec, Morelos, del 4 al 7 de noviembre de 1969; esta ponencia será incluida dentro de las publicaciones de la Reunión. Véase también la prudente discusión que hace sobre este tema T. H. Hollingsworth en *Historical Demography,* pp. 339-353.

[24] Aparecerá en nuestros próximos ensayos.

[25] *New Life Tables for Latin American Populations in the Nineteenth and Twentieth Centuries.* Berkeley, 1968 y *Mortality Decline and Its Demographic Effects in Latin America.* Berkeley, 1970. Ambas monografías son parte de la Serie de Monografías de Poblaciones, publicadas por el Instituto de Estudios Internacionales, en colaboración con el Centro de Estudios de Población Internacional e Investigación Urbana y con el Departamento de Demografía de la Universidad de California, Berkeley.

técnicas derivadas del estudio de las poblaciones estables y semiestables serán de gran utilidad en el futuro para el estudio de la demografía histórica de América Latina, pero que estas técnicas requieren aún de un mayor desarrollo. A los demógrafos históricos les interesa, en última instancia, conocer el movimiento de la población y su estado real, más que el teórico. Además, es necesario determinar cuál de los modelos es aplicable a una región y en un momento determinados. Actualmente, esta teoría parece ser de gran utilidad para verificar la coherencia y la confiabilidad de la información demográfica, así como de los resultados analíticos obtenidos; en algunas circunstancias, también nos permitiría completar la información deficiente. También es útil hacer proyecciones pasadas, es decir, hacer estimaciones de lo que hubiera ocurrido con las poblaciones si las condiciones específicas no hubieran sido alteradas por los acontecimientos.

Podríamos mencionar muchos otros temas que pueden ser estudiados pero sólo diremos que tanto para estos temas, como para los ya mencionados, existe el material y también las técnicas de análisis, de manera que prácticamente todos los estudios están por hacerse.

LA HISTORIA ECONÓMICA EN LA AMÉRICA LATINA

Stanley J. Stein
y
Shane J. Hunt
Universidad de Princeton

Para un mayor entendimiento de las anotaciones siguientes, quizá sería útil tener presente desde un principio que la historia económica de Latinoamérica está apenas en su infancia. No debe entenderse por esto que el desarrollo de las instituciones económicas, la operación de sistemas económicos, la formación y el crecimiento de actividades y actitudes económicas, y la formulación y ejecución de una política económica han sido poco atendidas en la historia de Latinoamérica. Más bien, sería reconocer que la disciplina formal de la historia económica, y hasta el nombre de historia económica como parte de un estudio, son cuestiones relativamente nuevas. Al igual que en la historiografía de la mayor parte de las zonas del mundo, han sido los sucesos y las personalidades políticas las que han constituido el corazón de la historiografía en Latinoamérica; aún hoy día la "nueva" historia interdisciplinaria de hace medio siglo en los Estados Unidos, o la más reciente escuela francesa de historia "total", tienen pocos adherentes. Existen muchos factores que podrían explicar el interés tardío sobre la historia económica; sin embargo, quizá será válido suponer que existe una correlación definitiva entre el grado de la crítica acerca de la naturaleza y la función de una economía, y la calidad y cantidad de la historiografía económica. Al menos en los Estados Unidos, la historia económica debe no poco a una tradición de crítica de los errores. En cambio, en Latinoamérica la naturaleza misma de la élite alfabetizada y los límites de la educación, han tendido hasta hace poco a sofocar cual-

quier surgimiento de un cuerpo de literatura económica crítica y, por extensión, de la historia económica.

Aunque la suma de las obras de historia económica de cada país resulta pequeña, el número de estudios del área en su conjunto no deja de ser importante.[1] Incorporarlos todos en un breve resumen de lo que se ha hecho, y de lo que se podría hacer, en la historia económica de una área integrada a la economía del Atlántico desde aproximadamente el año 1500, resulta imposible. Por lo tanto, lo que proponemos para los propósitos de este resumen es concentrarnos en aquellas áreas de mayor producción, o sea, Argentina, Brasil, Chile y México, y en los temas principales, dividiendo nuestro estudio en los tres períodos relevantes del pasado: los siglos

[1] Las fuentes básicas para la recopilación de una bibliografía de historia económica de Latinoamerica incluyen: *Harvard University. Bureau for Economic Research in Latin America,* Economic Literature of Latin America. A Tentative Bibliography, Harvard University Press, 2 vols., Cambridge, Mass. 1935-36; *Handbook of Latin American Studies,* 1936. Para tratados nacionales véase: México: ENRIQUE FLORESCANO, "La Vida Económica" que hace una lista de obras tanto del período colonial como del siglo XIX, y CLARK W. REYNOLDS, "The Economic Historiography of Twentieth-Century Mexico", Ponencias presentadas en la tercera reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, sección VII, Historiografía de la Historia Económica, Oaxtepec, 1969; Brasil: WILLIAW BERRIEN y RUBENS BORBA DE MORAES, *Manual bibliográfico de estudios brasileiros,* Río de Janeiro, 1949. Es útil TOM B. JONES y otros, *A Bibliography on South American Economic Affairs. Articles on Nineteenth-Century Periodicals,* Minneapolis, 1955. Hay un examen de la literatura desde 1945 en WILLIAM P. MCGREEVY y ROBSON TYRER, "Recent Research on the Economic History of Latin America", *Latin American Research Review,* III, Primavera 1968, pp. 89-117, que puede ser complementado por JERRY L. WEAVER, *Latin American Development. A Selected Bibliography, 1950-1967,* Santa Bárbara, Calif., 1969; JOHN R. WISH, *Economic Development in Latin America. An Annotated Bibliography,* Nueva York, 1966 y S. A. BAYITCH, *Latin America. A Bibliographical Guide to Economy, History, Law, Politics and Society,* Coral Gables, 1961. Los problemas en la materia han sido delineados por MIRON BURGIN, "Research in Latin America and Economic History", *Inter-American Economic Affairs,* I, 1947, pp. 3-22 y SANFORD MOSK, "Latin American Economics: The Field and its Problems", *Inter-American Economic Affairs,* III, 1949, pp. 55-64.

de la colonia, el período nacional o neocolonial de 1830 a 1945 y las décadas subsecuentes.

I. *El Período de la Colonia*

Cualesquiera que sean las razones —la perspectiva, el escaso partidismo, la acumulación de datos y análisis— lo cierto es que el período de la colonia española y portuguesa es el que ha motivado el cuerpo más grande de historia económica. Los estudios del sector minero —preocupación de los burócratas españoles y portugueses, de los intereses mercantilistas y los economistas metropolitanos en general— son notablemente escasos. En el siglo XIX, Humboldt, Elhuyar y Dahlgren sobre México, y Ferreira sobre Brasil, proporcionaron tratados básicos; [2] en el siglo XX, Bargalló, Howe y West, respectivamente, han dado un panorama completo de la economía minera de la Nueva España (y Perú), una cuidadosa descripción institucional de la fundación y desarrollo del gremio minero creado en el último cuarto del siglo XVIII, y un análisis de un centro minero.[3] Lohmann Villena y Whitaker han estudiado la producción del mercurio en el Perú, pero todavía queda mucho por hacer con respecto a este aspecto clave del proceso minero.[4] Los cálculos de la pro-

[2] ALEXANDER VON HUMBOLDT, *Essai Politique sur le royaume de la Nouvelle-Espagne.* 5 vols., París, 1811; FAUSTO DE ELHUYAR, *Memoria sobre el influjo de la minería en la agricultura, industria, población y civilización de la Nueva España...* México, 1825; CHARLES B. DAHLGREN, *Historic Mines of Mexico.* Nueva York, 1883; FRANCISCO IGNACIO FERREIRA, *Diccionario Geográphico das Minas do Brasil...*, Río de Janeiro, 1885.

[3] MODESTO BARGALLÓ, *La Minería y la Metalurgia en la América Española durante la Época Colonial.* México, 1955; WALTER HOWE, *The Mining Guild of New Spain and its Tribunal General, 1771-1821.* Cambridge, Mass., 1949; ROBERT C. WEST, *The Mining Community in Northern New Spain. The Parral Mining District.* Berkeley, 1949.

[4] GUILLERMO LOHMANN VILLENA, *Las Minas de Huancavelica en los Siglos XVI, XVII.* Sevilla, 1949; ARTHUR P. WHITAKER, *The Huancavelica*

ducción de plata y oro han sido revalorizados cuidadosamente por Jara, pero desafortunadamente, esta serie está limitada a los siglos XVI y XVII.[5] En cuanto a Brasil, cuyas minas de oro y diamantes no son todavía objeto de un estudio completo, existe algo en la publicación reciente de Boxer y también en la de Simonsen y Calogeras.[6]

La percepción de la persistencia secular de estructuras agrarias, su desarrollo como parte de la economía de exportación de Latinoamérica en los siglos XIX y XX, y las repercusiones después de 1910 de la primera revolución agraria de Latinoamérica, que tuvo lugar en México, todo esto estimuló el interés en el sector agrario colonial y especialmente en los factores de mano de obra y tenencia de la tierra. Para el problema de la mano de obra indígena mexicana las obras básicas siguen siendo las de Simpson, Zavala y Miranda; [7] el fecundo artículo de Zavala acerca de la transición al peonaje endeudado, complementado por la obra de Borah acerca de la crisis demográfica del siglo XVI y principios del XVII, proporciona un panorama de los orígenes del

Mercury Mine. A Contribution to the History of the Bourbon Renaissance in the Spanish Empire. Cambridge, Mass., 1941.

[5] ALVARO JARA, *Tres Ensayos sobre Economía Minera Hispanoamericana.* Santiago, 1966.

[6] CHARLES BOXER, *The Golden Age of Brazil, 1695-1750. Growing Pains of a Colonial Society.* Berkeley, 1962; ROBERTO SIMONSEN, *Historia Económica do Brasil, 1500-1820.* 2 vols., Sao Paulo, 1937; JOÃO PANDIÁ CALOGERAS, *As Minas do Brasil e sua Legislação.* 3 vols., Río de Janeiro, 1904-1905.

[7] LESLIE B. SIMPSON, *The Encomienda in New Spain. Forced Native Labour in the Spanish Colonies, 1492-1550.* Berkeley, 1929 y 1950; además de su *Studies in the Administration of the Indians in New Spain.* Berkeley, 1934-40; SILVIO ZAVALA, *De Encomienda Indiana y Propiedad Territorial en Algunas Regiones de la América Española.* México, 1940; "Orígenes Coloniales del Peonaje en México", *El Trimestre Económico,* X, 1944, pp. 711-748; *New Viewpoints on the Spanish Colonization of America.* Filadelfia, 1943 y, con MARÍA CASTELO, *Fuentes para la Historia del Trabajo en Nueva España.* 8 vols., México, 1939-1945; JOSÉ MIRANDA, *El Tributo Indígena en la Nueva España durante el Siglo XVI.* México, 1952.

trabajo en las haciendas de la Nueva España de los siglos subsecuentes.[8] El tratado de Arcila Farías sobre la encomienda en Venezuela y el estudio de Góngora sobre los orígenes del inquilino chileno, representan lo mejor de los pocos estudios que hay de esta naturaleza acerca de una área externa al virreinato de la Nueva España.[9]

La mano de obra de las minas de plata del virreinato del Perú, bajo la forma de la mita, no ha recibido atención más que en la síntesis de Kubler y Rowe.[10] Recientemente, Lockhart ha lanzado una tesis de valor, en pro de una visión unitaria de la encomienda y de la hacienda; punto de vista que investigadores anteriores no compartieron. La tesis refleja las investigaciones del autor acerca de las primeras décadas del dominio español en el Perú.[11]

Desde luego, el problema de la consecución de mano de obra durante la colonia es sólo una parte del cuadro. Aunque desde muy temprano se trajeron esclavos africanos a los imperios españoles y portugueses para trabajar en los plantíos de Santo Domingo y del noreste de Brasil y en las mi-

[8] W. W. BORAH, *New Spain's Century of Depression*. Berkeley, 1951.

[9] EDUARDO ARCILA FARÍAS, *El Régimen de la Encomienda en Venezuela*. Sevilla, 1952; MARIO GÓNGORA, *Origen de los "Inquilinos" de Chile Central*. Santiago, 1969.

[10] GEORGE KUBLER, "The Quechua in the Colonial World", en Julian Steward, editor, *Handbook of South American Indians*. II, Washington, D. C., 1946-59, pp. 331-410; JOHN ROWE, "The Incas under Spanish Colonial Institutions", *Hispanic American Historical Review*. XXXVII, 1957, pp. 155-199. Estudios peruanos incluyen ALBERTO CRESPO RODAS, "La 'Mita' de Potosí", *Revista Histórica*. XXII, Lima, 1955-56, pp. 169-182; MANUEL V. VILLARÁN, *Apunte Sobre la Realidad Social de los Indígenas del Perú ante las Leyes de Indias*. Lima, 1964. Véase también JAMES M. LOCKHART, *Spanish Peru, 1532-1560. A Colonial Society*. Madison, Wisconsin, 1968.

[11] JAMES M. LOCKHART, "Encomienda and Hacienda: The Evaluation of the Great Estate in the Spanish Indies", *Hispanic American Historical Review*. XLIX, Agosto, 1969, pp. 411-429, que debe leerse junto con ROBERT S. CHAMBERLAIN, "Simpson's The Encomienda in New Spain and Recent Encomienda Studies", *Hispanic American Historical Review*. XXXIV, Mayo, 1954, pp. 238-250.

nas mexicanas, la mayor importación de esclavos a través del Atlántico fue en el siglo XVIII, y en el caso de Brasil y Cuba, en el XIX. Además de los tratados generales clásicos de Scelle y Donnan, ahora tenemos un nuevo estudio minucioso de Curtin,[12] acerca del alcance y la distribución de la migración africana forzada en toda América. Los aspectos de la trata de negros en Argentina, Chile y México son más conocidos. En vista de que el uso de esclavos africanos estuvo muy difundido en las minas y en los plantíos del Brasil, no es de extrañar que la literatura acerca del comercio de esclavos al Brasil sea, sin duda, la más amplia, incluyendo los tratados de Taunay, Goulart y Boxer, y especialmente el de Verger.[13]

A pesar de la importancia evidente de las grandes haciendas en la producción de maíz y otros granos de consumo local, y del azúcar, el café y el tabaco para la exportación, su función, utilidades y evolución siguen siendo nebulosas. El artículo de Ratekin acerca de los primeros plantíos de caña de azúcar en Santo Domingo, es casi único en su género, aunque existe material disperso de Friedländer y de Le Riverend[14] acerca de Cuba. De hecho, uno de los pocos

[12] GEORGES SCELLE, *La Traite Negriére aux Indes de Castille.* Elizabeth Donnan, editor, Documento I, París, 1906. Philip D. Curtin, *The Atlantic Slave Trade. A Census.* Madison, Wisconsin, 1969.

[13] ELENA F. S. DE STUDER, *La Trata de Negros en el Río de la Plata en el siglo XVIII.* Buenos Aires, 1968; ROLANDO MELLAFE, *La Introducción de la Esclavitud de Negros en Chile. Tráfico y Rutas.* Santiago, 1959; GONZALO AGUIRRE BELTRÁN, *La Población Negra de México. 1519-1810.* México, 1946; y sobre Brasil, ALFONSO d'E. TAUNAY, *Subsidios Para a Historia do Trafico Africano no Brasil.* Sao Paulo, 1941; MAURICIO GOULART, *Escravidao Africana no Brasil,* Sao Paulo, 1949; CHARLES R. BOXER, *Salvador de Sá and the Struggle for Brazil and Angola. 1602-1686.* Londres, 1922; PIERRE VERGER, *Flux et Reflux de la Traite des Négres entre le Golfe de Benin et Bahia de Todos los Santos, du XVII^e au XIX^e siécle.* París, 1968.

[14] M. RATEKIN, "The Early Sugar Industry in Española", *Hispanic American Historical Review.* XXXIV, 1954, pp. 1-19; HEINRICH FRIEDLÄNDER, *Historia Económica de Cuba.* La Habana, 1944; JULIO LERIVEREND BRUSONE en Ramiro Guerra y Sánchez, editor, *Historia de la Nación Cubana.* 10 vols., La Habana, 1952.

estudios detallados es el de Borde y Góngora, acerca de una área limitada del Chile colonial.[15] En cambio, en cuanto a México, la literatura acerca de las haciendas y la producción agraria relacionada con ellas, aumenta cada vez más en cantidad y comienza ya a destacarse por su calidad. Entre los estudios sobresalientes, figura el tratado clásico de Chevalier acerca de las grandes haciendas en los siglos XVI y XVII y, más recientemente destacan la obra pionera de Alejandra Moreno Toscano, que constituye un enfoque, directo sobre el problema de los cultivos del maíz, el estudio de Enrique Florescano acerca de las fluctuaciones de los precios del maíz, y en la porción Guatemalteca del virreinato de la Nueva España, el artículo de Smith acerca de la producción del índigo en el siglo XVIII.[16]

Los análisis sobre las minas, la agricultura y la mano de obra son tan escasos como los estudios sobre la organización de corrientes de comercio coloniales, ya sea internas, intercoloniales o de las colonias a las metrópolis.

Esto es, de hecho, más notable aún ya que los comerciantes coloniales, como gremio, constituían la mayor concentración de ingresos, convirtiéndose su capital en la base de las familias terratenientes, mientras que su riqueza y sus ingresos les permitían actuar como un grupo poderoso en las finanzas, las minas y la política. Los influyentes gremios o consulados comerciales de México, Guatemala y Venezuela han sido estudiados en lo principal, aunque no completa-

[15] JEAN BORDE y MARIO GÓNGORA, *Evolución de la Propiedad Rural en el Valle del Puangue.* Santiago, 1956.

[16] FRANÇOIS CHEVALIER, *Land and Society in Colonial Mexico. The Great Hacienda.* Berkeley, 1963, una traducción de *La Formation des Grandes Domaines au Mexique. Terre et Societé au XVIe et XVIIe siècles.* París, 1952. Una versión muy bien ilustrada de la obra de CHEVALIER se encuentra en *Problemas Agrícolas e Industriales de México.* VIII, 1956. ALEJANDRA MORENO TOSCANO, *Geografía Económica de México, siglo XVI.* México, 1968; ENRIQUE FLORESCANO, *Precios del Maíz y Crisis Agrícolas en México (1708-1810).* México, 1969. ROBERT S. SMITH, "Indigo Production and Trade in Colonial Guatemala", *Hispanic America Historical Review.* XXXIX, Febrero, 1939, pp. 181-221.

mente, desde el punto de vista de su estructura organizativa. Aparte del tratado de Rodríguez Vicente, acerca del consulado Peruano, del de Woodward, sobre Guatemala y el de Tjark, sobre el de Buenos Aires, no existen estudios de fondo.[17] Corrientes de comercio interregionales, a partir de los dos centros del imperio español en América, México y Perú, están recibiendo atención apenas hasta ahora. Como pioneros solitarios, están la monografía de Borah acerca del comercio entre México y Perú en el siglo XVI, y el análisis hecho por Arcila Farías acerca del comercio entre México y Venezuela en el siglo XVIII.[18]

Es evidente ahora que la política de libre comercio, en el movimiento por la independencia colonial, fue mucho más importante en las colonias españolas "periféricas", que en los centros mineros de México o Perú. Fue en Argentina, en Venezuela y en Chile donde triunfaron los movimientos antimperialistas, antes que en México o en Perú. Los primeros estudios sobre el sistema comercial colonial —los materiales de Cruchaga acerca de Chile, los de Macedo de México y los de Levene de Argentina—, han sido seguidos por monografías en Chile y Argentina.[19] La obra de Levene re-

[17] ROBERT S. SMITH, "A Research on Consulado History", *Journal of Inter-American Studies*. III, 1961, pp. 41-5[illegible] "The Institution of the Consulado in New Spain", *Hispanic American Historical Review*. XXIV, 1944, pp. 61-83; MARÍA E. RODRÍGUEZ VICENTE, *El Tribunal del Consulado de Lima en la Primer Mitad del Siglo XVIII*. Madrid, 1960; RALPH L. WOODWARD, *Class, Privilege and Development. The Consulado de Comercio of Guatemala, 1793-1871*. Chapee Hill, 1966; MERCEDES M. ÁLVAREZ F. *El Tribunal del Real Consulado de Caracas*. 2 vols., Caracas, 1967; GERMAN O. E. TJARKS, *El Consulado de Buenos Aires y sus Proyecciones en la Historia del Río de la Plata*. Buenos Aires, 1962.

[18] WOODROW W. BORAH, *Early Colonial Trade and Navigation Between Mexico and Peru*. Berkeley, 1954; EDUARDO ARCILA FARÍAS, *Comercio entre Venezuela y México en los siglos XVI y XVII*. México, 1950.

[19] MANUEL CRUCHAGA, *Obras*. 10 vols., Madrid, 1928-29, IV-VI; PABLO MACEDO, *La Evolución Mercantil, Comunicaciones y Obras Públicas. La Hacienda Pública*. México, 1905; RICARDO LEVENE, *La Política Económica de España en América y la Revolución de 1810*. Buenos Aires, 1914.

presenta una contribución sólida a la historia económica de Argentina en el siglo XVIII, y ha sido continuada por Puiggrós, Mariluz Urquijo y Tjarks.[20] El papel comercial periférico de Chile, en relación con Argentina y Perú, y el grado en que fue opresiva la estructura del intercambio colonial, han conducido a lo que quizá sea la mayor cantidad de investigaciones y al debate más reñido, en las obras de Ramírez Necochea y de Villalobos.[21]

Hasta ahora en este examen de la historia económica de los siglos coloniales, nos hemos concentrado en segmentos del imperio.

Sin embargo, en un sentido muy real, los estudios sobresalientes de la historia económica del imperio son precisamente aquellos que representan un punto de vista global de la economía colonial, siendo éstos los estudios clásicos de Haring y Artiñano que reflejaron, quizá, la influencia de Leroy-Beaulieu y Roscher.[22] El artículo de Haring acerca de los primeros envíos de plata y su *Trade and Navigation,* fueron seguidos, primero, por el estudio de Hamilton acerca

Una versión más amplia de él es su *Investigaciones sobre la Historia Económica del Río de la Plata.* Buenos Aires, 1927 y 1952.

20 RICARDO PUIGGRÓS, *De la Colonia a la Revolución.* Buenos Aires, 1949, 3ª edición; MARILUZ URQUIJO, *El Virreinato del Río de la Plata en la Epoca del Marqués de Avilés, 1799-1801.* Buenos Aires, 1964; GERMÁN TJARKS y ALICIA VIDAURRETE DE TJARKS, *El Comercio Inglés y el Contrabando.* Buenos Aires, 1962.

21 HERNÁN RAMÍREZ NECOCHEA, *Antecedentes Económicos de la Independencia de Chile.* Santiago, 1959; SERGIO VILLALOBOS R., *El Comercio y la Crisis Colonial. Un Mito de la Independencia.* Santiago, 1968.

22 CLARENCE H. HARING, "American Gold and Silver Production in the First Half of the Sixteenth Century", *Quarterly Journal of Economics.* XXIX, Mayo, 1915, pp. 433-479; *Trade and Navigation between Spain and the Indies in the Time of the Hapsburgs.* Cambridge, Mass., 1918; GERVASIO DE ARTIÑANO Y DE GALDÁCANO, *Historia del Comercio con las Indias durante el Dominio de los Austrias.* Barcelona, 1917; PIERRE PAUL LEROY-BEAULIEU, *De la Colonisation Chez Les Peuples Modernes.* París, 1874, y WILHELM GEORGE FRIEDRICH ROSCHER, *Kolonien, Kolonialpolitik und Auswanderung.* Leipzig, 1856, del cual una sección es "The Spanish Colonial System". Nueva York, 1904.

del impacto de los metales americanos en la economía metropolitana española y, recientemente, por los volúmenes exhaustivos de Pierre y Huguette Chaunu.[23] Estos estudios se complementan, ya que el esfuerzo de Haring se centró en la organización y la estructura del sistema comercial colonial español, y los elementos formales de un primer "monopolio" comercial capitalista con base en el puerto de Sevilla, la Casa de Contratación, el sistema de flotas, los puertos en América, las formalidades legales y el contrabando. A esta contribución esencialmente descriptiva e institucional de Haring, los Chaunu añadieron otra dimensión: el análisis cuantitativo de la composición de corrientes de intercambio comercial, reforzándolo con gran riqueza de detalles gráficos y una visión penetrante de la expansión en el siglo XVI y la contracción en el siglo XVII del intercambio comercial español a través del Atlántico.

En este sentido, ambos estudios respaldan la validez de la famosa tesis del "declive de España" en el siglo XVII. Estos trabajos, junto con el estudio de Girard acerca de los franceses en Sevilla, el sugestivo punto de vista generalizador de Larraz López, y las contribuciones de Haring y de Chaunu, junto con la de Mauro sobre Portugal, trazan las primeras etapas de la incorporación de Latinoamérica al sistema comercial del Atlántico.[24] Sin embargo, no hay que olvidarlo, todos terminan al final del siglo XVII, esto es, *antes* del auge del comercio latinoamericano en el siglo XVIII, antes de la gran producción de plata en el imperio español y de la época de oro del imperio portugués en América, aspectos

[23] EARL J. HAMILTON, *American Treasure and the Price Revolution in Spain, 1501-1650.* Cambridge, Mass., 1934; PIERRE y HUGUETTE CHAUNU, *Seville et l'Atlantique, 1504-1650.* 8 vols., París, 1955-60. Muy apropiadamente, Haring hizo un examen dé la obra de los Chaunu en *Hispanic American Historical Review.* XL, 1960, pp. 53-62.

[24] ALBERT GIRARD, *Le Commerce Français á Seville et Cadix au temps des Habsbourgs.* París, 1932; JOSÉ LARRAZ LÓPEZ, *La Época del Mercantilismo en España, 1500-1700.* 2ª edición, 1943; FRÉDERIC MAURO, *Le Portugal et l'Atlantique au XVII^e Siécle, 1570-1670.* París, 1960.

que están apenas empezando a atraer la atención de eruditos interesados en la historia económica.[25]

Hasta un examen superficial de la historiografía del período colonial como el que acabamos de hacer, bastaría para demostrar la variedad de problemas que están en espera de investigación. Apreciar lo hecho por la historiografía económica de Latinoamérica colonial, no significa cegarnos ante sus limitaciones. Se han hecho trabajos importantes a nivel micro-económico pero no a nivel macro-económico, y escasean síntesis sólidas acerca del crecimiento y funcionamiento de la economía Latinoamericana en el período colonial. Aquí, sin embargo, nos limitaremos a señalar que en términos generales, el período colonial no puede ser considerado como monolítico, que sus flujos y reflujos indujeron reacciones significativas tanto en las metrópolis como en las colonias, en España y Portugal y en sus posesiones respectivas y, por extensión, en el resto de la Europa Occidental. España no manejó a las colonias que exportaban minerales —México y Perú—, de la misma manera que administró las áreas de las plantaciones y haciendas que se desarrollaron más tarde. El imperio colonial español en América estuvo basado en las minas de plata de México y Perú y estos países, a su vez, funcionaron como centros para las colonias periféricas, o sea Venezuela, Cuba, el Río de la Plata y Chile. Aunque sin duda el colonialismo dejó en las posesiones de América instituciones económicas y actitudes comunes, las diferencias regionales no deben minimizarse. Una vez resquebrajado el poder colonial, las colonias periféricas abandonaron el comercio intercolonial en favor del comercio directo con Europa, y esta transición no se resolvió fácilmente.[26]

25 La obra de PIERRE VILAR, *La Catalogne dans l'Espagne Moderne.* 3 vols., París, 1962, que se concentra en el crecimiento regional, es única en su tratamiento de la interrelación entre el crecimiento económico colonial y metropolitano en el siglo XVIII, especialmente en el volumen tres.

26 Se examina esto para Argentina en MIRON BURGIN, *Economic Aspects of Argentine Federalism.* Cambridge, Mass., 1947, y en la obra

En segundo lugar, aunque la investigación futura se enfocará evidentemente sobre el crecimiento interno de cada una de las áreas coloniales de América y, de hecho, también en las metrópolis, será necesario mantener una perspectiva amplia para abarcar todo el comercio del Atlántico, tanto en América como en Europa. Solamente de esta manera será posible acercanos a la cuestión fundamental: la contribución de las colonias americanas, durante tres siglos, al florecimiento del capitalismo comercial y a la transición a la industrialización, es decir, al desarrollo del capitalismo en Europa Occidental. Además, en el contexto de las colonias latinoamericanas, los historiadores económicos tarde o temprano tendrán que formular un balance de la herencia de tres siglos de colonialismo; es decir, tendrán que considerar el bajo nivel de acumulación del capital doméstico, como resultado de la transferencia de ingresos a Europa; la explotación de la mano de obra local y la migración africana forzada; el atraso tecnológico; la estructura de economías de exportación; en resumen, los lastres creados por un sistema económico colonial impuesto por metrópolis que a su vez eran los satélites económicos de Holanda, Inglaterra y Francia. Los orígenes de la dependencia actual de Latinoamérica tienen sus raíces en los tres siglos que siguieron a la conquista.

III. *Los siglos XIX y XX*

Un acercamiento provisional a la historiografía económica de Latinoamérica indica que, hasta finales de los años treinta, la generalidad de los historiadores económicos descuidó el estudio del desarrollo en el siglo XIX y principios del XX. Su interés se volcaba sobre lo que al parecer fue originalmente el mayor impedimento al crecimiento y al desarrollo: el sistema económico colonial, impuesto externa-

anterior de JUAN ÁLVAREZ, *Temas de Historia Económica Argentina*. Buenos Aires, 1925.

mente (esto fue cierto a pesar de que el contrabando alcanzó proporciones significativas y burló el sistema legal). Además, en contraste con las décadas posteriores a 1870 o 1880, las primeras décadas del siglo XIX y las intermedias, no despertaron interés alguno durante mucho tiempo. Es de lamentar que exista esta laguna por muchas razones, y quizá la más significativa de éstas sea que durante esas décadas de reorientación de la política económica bajo gobiernos políticamente soberanos tuvieron lugar una serie de intentos abortivos de diversificación económica; por ejemplo, crear una marina mercante, una industria de hierro, fábricas de textiles y, en el caso de México, un banco de financiamiento para la industria.[27] Hay además otro factor que explica ese descuido hasta décadas recientes: el éxito evidente de las naciones latinoamericanas después de 1870 hasta la primera Guerra Mundial para expander sus economías de exportación dentro de la estructura del mercado mundial, como abastecedores de alimentos y materias primas, primero para Europa y después para los Estados Unidos, lo cual fue un éxito que no fue puesto en duda sino hasta principios de la primera Guerra Mundial. La crítica permaneció indecisa o callada hasta la gran depresión. Incluso la temprana industrialización en el procesamiento de alimentos, bebidas, tabaco y textiles, recibió escasa atención, antes, durante y después de las décadas posteriores a los años 1914-1918; estos aspectos fueron considerados incluso como precursores del crecimiento balanceado. Esta industrialización parecía proporcionar más pruebas

[27] El descuido está llegando a su fin como se revela en CLAUDIO VELIZ, *Historia de la Marina Mercante de Chile.* Santiago, 1961, y el sugestivo estudio de ROBERT M. WILL, "La Política Económica de Chile, 1810-1864", *El Trimestre Económico.* XXVII, 1960, pp. 238-257; MARCOS CARNEIRO DE MENDONCA, *O Intendente Camara.* Sao Paulo, 1958; HOWARD F. CLINE, "The 'Aurora Yucateca' and the Spirit of Enterprise in Yucatan, 1812-1847", *Hispanic American Historical Review.* XXVII, Febrero 1947, pp. 30-60; JAN BAZANT, *La Industria Nacional y el Comercio Exterior.* México, 1962; ROBERT POTASH, *El Banco de Avío de México; el Fomento de la Industria, 1821-1846.* México, 1959.

en el sentido de que la diversificación económica era factible, y hasta compatible, con el crecimiento de estructuras económicas de exportación. En general, los temas que aparecían en la historia económica, eran los de aquellas instituciones y procesos que ataban a Latinoamérica a una economía mundial con base en Europa, y que fueron juzgadas como factores dinámicos para el crecimiento de las economías latinoamericanas. Pocos, en aquel entonces, consideraban semejante integración como lo que ha sido llamado en fechas recientes el desarrollo del subdesarrollo.

De esta manera, los más importantes temas de interés en la historiografía económica de Argentina, Chile, Brasil y México, eran predominantemente los asuntos monetarios y fiscales; la disposición de tierras públicas, en especial en México después del estallido de la Revolución de 1910 y, finalmente, el comercio. Los estudios fueron primordialmente orientados hacia la política a seguir, en el sentido de que muchos autores buscaron los orígenes de los problemas contemporáneos para formular programas reformistas eficaces. *Primero,* había el problema de la deuda exterior que tuvo origen, en la mayoría de los casos. en los préstamos hechos hacia las primeras décadas de la independencia, cuando los gobiernos estaban luchando para cumplir con las necesidades del ejército y la burocracia, que estaban en expansión; al mismo tiempo los ingresos gubernamentales derivados de las exportaciones y de los impuestos aduanales no eran suficientes. El problema de la deuda exterior planteó durante mucho tiempo la amenaza del cobro de la deuda por invasión militar de los acreedores, pero también al final del siglo puso en peligro los préstamos externos para la expansión de la tasa general de crecimiento. *Segundo,* en el caso de Chile y Brasil, por ejemplo, las guerras internacionales condujeron directamente a la política inflacionista y a las fluctuaciones en las divisas; en Argentina, los préstamos extranjeros a gran escala en los años ochenta, utilizando empréstitos pagaderos en oro, suscitaron la crisis financiera de 1890 y una inestabilidad revolucionaria. Esta situación condujo a su vez a esfuerzos para hacer las monedas convertibles y, consecuente-

mente, a crear planes de amortización para lograr un clima favorable a la inversión extranjera.[28]

El siguiente grupo de problemas se localizaba alrededor de la cuestión de las tierras públicas, cuya transferencia acelerada a manos privadas constituyó una característica básica del crecimiento económico de México y Argentina después de 1880. Los autores argentinos parecen haber sido motivados por el interés en la acumulación oligárquica de grandes fortunas territoriales, obtenidas mediante una serie de actas legislativas y decisiones políticas que cerraron casi por completo la posibilidad de adquirir pequeñas propiedades territoriales a los inmigrantes europeos. Pero estos análisis difícilmente podrían considerarse radicales; más bien partieron de la

[28] Las repercusiones de los préstamos externos sobre la política monetaria y fiscal son discutidas para Argentina, por: EMILIO HANSEN, *La Moneda Argentina. Estudio Histórico.* Buenos Aires, 1916; ERNESTO TORNQUIST y Cía. Ltd., *The Economic Development of the Argentine Republic in the Last Fifty Years.* Buenos Aires, 1919; JOHN H. WILLIAMS, *Argentine Trade under Inconvertible Paper Money, 1880-1900.* Cambridge, Mass., 1920; NORBERTO PIÑERO, *La Moneda, el Crédito y los Bancos en la Argentina.* Buenos Aires, 1921; HAROLD E. PETERS, *The Foreign Debt of the Argentine Republic.* Baltimore, 1934; Brasil: LIBERATO DE CASTRO CARREIRA, *Historia Financiera e Orcamentaria do Imperio do Brasil.* Río de Janeiro, 1893; FELISBELLO FREIRE, *Historia do Banco do Brasil.* Río de Janeiro, 1907; JOÃO PANDÍA CALOGERAS, *La Politique Monetaire du Brésil.* Río de Janeiro, 1910; Chile: Dirección de Contabilidad. *Resumen de la Hacienda Pública de Chile. Desde la Independencia hasta 1900.* Santiago, 1901; AGUSTÍN ROSS, *Chile, 1851-1910. Sesenta Años de Cuestiones Monetarias y Financieras y de Problemas Bancarios.* Santiago, 1911; GUILLERMO SUBERCASEAUX, *Monetary and Banking Policy of Chile.* Oxford, 1922; FRANK W. FETTER, *Monetary Inflation in Chile.* Princeton, 1931; México: THOMAS MURPHY, *Memoria sobre La Deuda Exterior de la República Mexicana Desde su Creación Hasta Fines de 1847.* París, 1848; JOAQUÍN DE CASASÚS, *Historia de la Deuda Contraída en Londres.* México, 1885; PABLO MACEDO, "La Hacienda Pública", en *México. Su Evolución Social.* México, 1905; CARLOS DÍAZ DUFFOO, *México y Los Capitales Extranjeros.* México, 1918; WALTER F. MCCALEB, *The Public Finances of Mexico.* Nueva York, 1912; *Present and Past Banking in Mexico.* Nueva York, 1930; ANTONIO MANERO, *El Banco de México, sus Orígenes y Fundación.* Nueva York, 1926.

creencia de que el crecimiento económico y la estabilidad política requerían del acceso a la tierra y de la formación de una clase próspera de terratenientes acomodados.[29] Sin lugar a dudas esto fue también el tema de la jeremiada de Guerra y Sánchez en contra de la expansión inexorable de los latifundios en manos de extranjeros en Cuba.[30] Sin embargo, fue en México, en las décadas posteriores a 1910, donde la cuestión de la tenencia de la tierra causó el florecimiento de un gran número de estudios todavía importantes. Algo de perspectiva histórica tenía la obra sobre los años anteriores a 1910 de Molina Enríquez, pero muchos más análisis de esa índole, aunque a veces de carácter histórico-legal, aparecieron después del inicio de la Revolución Agraria en las contribuciones de González Roa y Covarrubias, McBride, Phipps, Tannenbaum y Simpson.[31] Quizá por primera vez unos cuantos investigadores extranjeros empezaron a ver desde adentro los problemas de la historia económica de una nación latinoamericana.

Uno corre el riesgo de forzar demasiado la definición de historia económica, al manejar materiales publicados antes de 1930 acerca de aspectos de la evolución histórica de las

[29] MIGUEL A. CÁRCANO, *Evolución Histórica del Régimen de la Tierra Pública, 1810-1916*. Buenos Aires, 1917; EMILIO A. CONI, *La Verdad Sobre la Enfiteusis*. Buenos Aires, 1927; JACINTO ODDONE, *La Burguesía Terrateniente Argentina*. Buenos Aires, 1930.

[30] RAMIRO GUERRA Y SÁNCHEZ, *Azúcar y Población en las Antillas*. La Habana, 1927. Existe una traducción al inglés con una introducción sugestiva de Sidney Mintz, *Sugar and Society in the Caribbean. An Economic History of Cuban Agriculture*. New Haven, 1964.

[31] ANDRÉS MOLINA ENRÍQUEZ, *Los Grandes Problemas Nacionales*. México, 1909; FERNANDO GONZÁLEZ ROA y JOSÉ COVARRUBIAS, *El Problema Rural de México*. México, 1917; FERNANDO GONZÁLEZ ROA, *El Aspecto Agrario de la Revolución Mexicana*. México, 1919; GEORGE M. MC BRIDE, *The Land Systems of Mexico*. Nueva York, 1923; HELEN PHIPPS, *Some Aspects of the Agrarian Question in Mexico. A Historical Study*. Austin, 1925; FRANK TANNENBAUM, *The Mexican Agrarian Revolution*. México, 1929; EYLER N. SIMPSON, *The Ejido; Mexico's Way Out*. Chapel Hill, 1937.

economías latinoamericanas en el siglo XIX y principios del XX. Así pues, las obras que acabamos de mencionar no suponen una búsqueda exhaustiva en bibliografías nacionales que no existen. Sin embargo, la reserva parece apoyarse en el hecho de que la primera bibliografía principal de publicaciones acerca de la economía de Latinoamérica, la *Economic Literature of Latin America* preparada por la oficina de la Universidad de Harvard para la Investigación Económica en la América Latina (1935), no tiene ninguna sección intitulada "historia económica" ni tampoco una que hoy sería designada como "desarrollo económico". En su estudio de México, los autores declararon francamente: "no se dispone de material en historia económica", lo cual apoya al comentario del historiador económico mexicano, Chávez Orozco, en el sentido de que desde 1901 no había aparecido nada de historia económica de México.[32] Fue Normano quien comentó con toda razón en su introducción a *Brazil. A Study of Economic Types* (1935): "Todavía no es el momento de emprender la audaz tarea de un estudio generalizador de la historia económica de Latinoamérica, ni siquiera de un sólo país". Lo que se dijo con respecto a México y a Brasil, bien podría decirse del resto de Latinoamérica.

Los historiadores económicos, como los demás historiadores, tienden a examinar las características del pasado porque muchas veces las evoluciones contemporáneas requieren de una perspectiva a largo y no a corto plazo. De la misma manera que la inflación durante y después de la primera Guerra Mundial instó a Hamilton a producir su libro *American Treasure and The Price Revolution,* hoy parece que el desarrollo de la historia económica de Latinoamérica, después de 1930, fue un efecto secundario de la gran crisis. El sistema internacional de comercio que, al integrar las economías de Latinoamérica las había dominado, fue profundamente sacudido cuando la recesión se convirtió en depresión;

[32] LUIS CHÁVEZ OROZCO, editor, *Documentos para la Historia Económica de México.* México, 1933-36, I, p. 2.

la contracción económica en el corazón del sistema generó ondas de choque hacia las áreas periféricas y dependientes, como Latinoamérica. Casi por primera vez desde la década de 1870 y la gran época de expansión de las economías exportadoras de Latinoamérica, elementos que durante mucho tiempo fueron ensalzados como esenciales para el crecimiento dinámico, y por tanto favorables (la inversión extranjera directa e indirecta, la posesión y dirección extranjeras de la infraestructura del transporte y otros servicios públicos y las presiones económicas del exterior, más o menos encubiertas), fueron sometidos a una revisión crítica, muchas veces radical en sus denuncias. La consecuencia económica de la contracción de la economía mundial, sensibilizó a los latinoamericanos en cuanto a la infraestructura económica de la política nacional. La reflexión amarga de Guerra y Sánchez (1929) acerca del papel de los plantíos en Cuba, cuyos propietarios y dirigentes eran extranjeros, no pasó sin ser advertida: "El día en que Cuba se convierta por fin en un solo plantío grande, la república y su soberanía desaparecerán, y estamos ya en camino hacia esto." [33]

Estos elementos explican el *leit motiv* de la historiografía económica del período entre la gran crisis financiera y el final de la segunda Guerra Mundial: puede decirse que después de 1870, la rápida integración a la economía mundial, a pesar de las letanías de confianza, había fracasado en cuanto a la modernización de las estructuras económicas latinoamericanas; hubo crecimiento pero no desarrollo, y la integración condujo a la deformación y a la dependencia y no al crecimiento equilibrado y a la industrialización. Más significativo aún, el patrón latinoamericano de crecimiento económico, como respuesta al dinamismo externo, parece haber convertido la independencia económica en una ilusión.

En Argentina, el malestar asumió la forma de imputaciones muchas veces amargas contra el capital y el control

[33] RAMIRO GUERRA Y SÁNCHEZ, *Azúcar y Población*, p. 115.

inglés en lo que, en un tiempo, había sido considerado uno de los logros nacionales más sobresalientes de Argentina: su red ferroviaria, con centro en Buenos Aires, de donde fluía hacia el Atlántico trigo, maíz, aceite de linaza, carne de res y de borrego y cueros. Sin duda la crítica tuvo su origen en lo que para muchos argentinos eran los términos desventajosos del acuerdo Roca-Runciman, junto con el manejo dispendioso de los servicios públicos, la luz y el transporte.

La descripción histórico-legal de Soares acerca de la expansión de las rutas ferroviarias, constituyó un paso hacia el ataque hecho por Sommi a los tranvías callejeros de Buenos Aires, y hacia la convicción profunda de Scalabrini Ortiz, acerca de la prestidigitación financiera ejecutada por los intereses ingleses para obtener el control, con capital argentino, de cuatro de las principales rutas ferroviarias y, por extensión, del imperialismo inglés indirecto en Argentina, el "quinto poder".[34] Las ediciones subsecuentes de la historia de los ferroviarios de Scalabrini, indican su influencia, pero debe recordarse que la publicación fue parte del estudio hecho en los años treinta acerca de la historia económica de Argentina desde 1870, y que coincidió con otras publicaciones que fueron también igualmente opuestas a la política de la tenencia de la tierra. Además, Scalabrini Ortiz fue una figura prominente en el grupo pequeño, pero influyente, de nacionalistas agrupados en FORJA.

La contraparte de la crítica de los argentinos, respecto a la historia del capital extranjero en sus patrones de crecimiento, fue el enfoque concentrado en Brasil sobre los patrones seculares de ciclos de exportación y sus consecuencias. Normano, un miembro de la oficina de Harvard para la Investigación Económica en Latinoamérica, presentó una sín-

[34] ERNESTO A. SOARES, *Ferrocarriles Argentinos. Sus Orígenes, Antecedentes Legales, Leyes...* Buenos Aires, 1937; LUIS VÍCTOR SOMMI, *El Monopolio Inglés del Transporte en Buenos Aires.* Buenos Aires, 1940. RODOLFO SCALABRINI ORTIZ, *Historia de los ferrocarriles argentinos.* Buenos Aires, 1940; y del mismo autor, *Política Británica en el Río de la Plata.* Buenos Aires, 1940.

tesis provisional y cautelosa de los ciclos sucesivos de exportación de madera, azúcar, oro y diamantes en el período colonial; y de café, en el período nacional. Su pequeño volumen prologó la revisión del ciclo del café y de los patrones de la política fiscal y monetaria, con la provocativa declaración: "El mercado mundial y sus precios siguen siendo el árbitro todopoderoso de los conflictos brasileños y esta dependencia del mercado mundial es el factor determinante de su evolución económica".[35] Dos años después se publicaron las conferencias de Simonsen acerca de la evolución de la economía colonial, las cuales constituyeron la primera historia económica del Brasil.[36] En ella, sin embargo, el tono de la crítica fue más bien reservado. De hecho buscaba aislar los factores económicos que había detrás de la unión política de las grandes masas agrarias de Brasil en los siglos XIX y XX, de modo que los brasileños pudieron comprender mejor, durante la depresión, el *impasse* en que se hallaban. Para Simonsen, los factores dinámicos de crecimiento fueron los ciclos de exportación que integraban a Brasil a la economía internacional, y la función de São Paulo como integrador económico de Brasil mismo. El estudio de Simonsen fue ampliado, con una orientación marxista explícita, en *La Historia Económica de Brasil* de Prado (1945). Aunque no es el primer intento de una historia económica general de una economía latinoamericana, como muchas que surgieron entre 1929 y 1945,[37] la historia de Prado se destaca porque trata, entre otros elementos, la integración de la his-

[35] NORMANO, *Brazil. A Study of Economic Types.* Chapel Hill, 1935. ix.

[36] ROBERTO SIMONSEN, *Historia Económica do Brasil, 1500-1820.* Sao Paulo, 1937.

[37] Un esquema cronológico muy tentativo basado en una investigación bibliográfica preliminar, resulta en la siguiente secuencia de historias económicas: CÉSAR A. UGARTE, *Bosquejo de la Historia del Perú.* Lima, 1926; DANIEL MARTNER, *Historia de Chile. Historia Económica.* I, Santiago, 1929; EMILIO ROMERO, *Historia Económica y Financiera del Perú, Antiguo Perú y Virreynato.* Lima, 1937; ROBERTO SIMONSEN, *Historia Económica do Brasil, 1500-1820.* Sao Paulo, 1937; LUIS CHÁVEZ

toria económica y social, el estudio completo de los siglos XIX y XX y el análisis del imperialismo económico que había producido la crisis general de dependencia y subordinación orgánica y funcional de la economía brasileña, es decir, el "sistema colonial brasileño".[38] Tres años después produjo un estudio voluminoso, basado en fuentes impresas del período colonial, en el que examinó el desarrollo histórico de las estructuras económicas al final de la hegemonía colonial portuguesa.[39]

Según el modo de ver de cada quien, el acercamiento a las características principales de la historiografía económica latinoamericana en la época señalada, puede conducir a una de dos conclusiones básicas: que el grueso de la literatura culmina en las primeras historias económicas generales, o bien que señala el principio de la escuela de análisis desarrollada plenamente por la CEPAL. Quizá la distinción sea de hecho inconsecuente e innecesaria, ya que los historiadores encuentran más continuidades compatibles que discontinuidades; todo lo que tenemos que hacer es observar que la historiografía económica de este período muestra elementos predominantemente transicionales. Por otro lado, hay una madurez de visión progresiva si se comparan con fines de análisis, *Nuestra Inferioridad Económica* (1911) del chileno Francisco Encina y la *Historia Económica* del brasileño Prado. Encina observó que otras naciones se habían desarrollado mediante la importación de capital, tecnología y hasta personal extranjero, con resultados "normales y benéficos". Chile, sin embargo, no podía "ni dominar ni absorber" tales elementos dinámicos. La incapacidad de Chile para convertirse en un

OROZCO, *Historia Económica y Social de México. Ensayo de Interpretación*. México, 1938; LUIS ROQUE GONDRA, *Historia Económica de la República Argentina*. Buenos Aires, 1943; CAIO PRADO JUNIOR, *Historia Económica do Brasil*. Sao Paulo, 1945.

38 *Historia Económica do Brasil*, Sao Paulo, 1963, 8ª edición, pp. 275, 340.

39 *Formação do Brasil Contemporâneo*. Sao Paulo, 1948, traducido como *The Colonial Background of Modern Brazil*. Berkeley, 1967.

gran poder comercial e industrial no era atribuible a la ineptitud monetaria, fiscal, comercial o del gobierno en general. Influido profundamente por el "darwinismo social" que estaba muy difundido en el corazón metropolitano de la economía mundial de su época, Encina concluyó que las naciones "fuertes", por su misma naturaleza se expanden "para crear un satélite que facilita su crecimiento y las ayuda en su lucha con otros pueblos".

El papel de Chile como satélite derivaba por lo tanto de una "incapacidad chilena determinada racialmente para la modernización económica; nuestra raza... carece de todos los requisitos para la vida moderna".[40]

La madurez en el análisis del atraso económico (un proceso que evolucionaría a lo largo de los próximos 34 años), el cambio del darwinismo social al marxismo, y la sujeción de las economías nacionales al sistema capitalista internacional en general, todo eso queda claro en el enfoque de Prado que considera la dominación externa mediante las fuerzas económicas del imperialismo capitalista, como la clave del subdesarrollo sostenido de Brasil. Ya para el año de 1945, muy pocos historiadores económicos de Latinoamérica daban prioridad a la cuestión de la ineptitud étnica como causa de los entuertos económicos. En este sentido, el análisis había madurado; correspondió a la CEPAL ampliar la estructura y levantar aún más el nivel de análisis mediante la adopción de un punto de vista regional y no nacional, y, consecuentemente, ofrecer una perspectiva regional e internacional de la historia económica de Latinoamérica.

III. *La CEPAL y el pensamiento económico de la posguerra*

Una vez superados los efectos externos de la gran depresión económica y de la segunda Guerra Mundial, el progreso

[40] Francisco Encina, *Nuestra Inferioridad Económica*. Santiago, 1955, 2ª edición, pp. 6, 16-17, 75.

económico de Latinoamérica seguía siendo espasmódico y disparejo. Influida por esta experiencia, la especulación histórica reciente se ha concentrado en los obstáculos del progreso. Poco después de su fundación, a finales de la década de los cuarenta, la CEPAL desarrolló una serie de proposiciones explicando el estancamiento relativo; tales proposiciones reciben colectivamente el nombre de estructuralismo. Desde entonces el enfoque estructuralista ha dominado el análisis económico en Latinoamérica. También ha dominado algunas de las más importantes interpretaciones históricas presentadas por latinoamericanos en busca de las raíces de sus dificultades actuales.

Este no es el lugar apropiado para dar un resumen completo del pensamiento estructuralista, cuyos lineamientos principales son bien conocidos a través de un gran número de exposiciones y planteamientos.[41] Sin embargo, son dignos de atención los tres obstáculos principales del crecimiento según el sistema estructuralista, ya que adquieren suma importancia en los estudios históricos derivados de esa tendencia.

El primer obstáculo se encuentra en la estructura del

[41] U.N. Economic Comission for Latin America, *The Economic Development of Latin America and its Principal Problems.* Nueva York, 1950, reimpreso en *Economic Bulletin for Latin America.* Febrero, 1962; U.N. CEPAL, *Towards a Dynamic Development Policy for Latin America.* Nueva York, 1963; ALBERT HIRSCHMAN, "Ideologies of Economic Development in Latin America", en Hirschman, editor, *Latin American Issues: Essays and Comments.* Nueva York, 1961; WERNER BAER, "The Economics of Prebisch and CEPAL", *Economic Development and Cultural Change.* Enero, 1962; M. JUNE FLANDERS, "Prebisch on Protectionism: An Evaluation", *Economic Journal.* Junio, 1964; GERALD M. MEIER, *International Trade and Development.* Nueva York, 1963, Capítulos vi y vii; DUDLEY SEERS, "A Theory of Inflation and Growth in Under Developed Economies Based on the Experience of Latin America", *Oxford Economic Papers.* Junio, 1962; OSVALDO SUNKEL, "Inflation in Chile: An Unorthodox Approach", *International Economic Papers.* Núm. 10, Londres, 1960, una traducción de "La Inflación Chilena: Un Enfoque Heterodoxo", en *El Trimestre Económico.* Octubre-diciembre, 1958.

comercio exterior. La especialización de la economía mundial ha asignado a Latinoamérica el papel de exportador de productos primarios. El pensamiento estructuralista mantiene que las ganancias del intercambio comercial son apropiadas sistemáticamente por los países industriales, privando de esta manera a los países exportadores de productos primarios, del dinamismo que el intercambio podría proporcionar, y dejándolos en el estancamiento. Varios mecanismos han sido propuestos como causas de esto: distinta conducta de los mercados de factores productivos frente a mejoras de la productividad; baja elasticidad ingreso de la demanda de productos primarios; cambios tecnológicos ahorradores de materias primas, en los sectores industriales de los países industrializados. Las pruebas empíricas de esta tesis se han apoyado en la evolución a largo plazo de los términos de intercambio.

La afirmación original de Prebisch, en el sentido de que los términos de intercambio de Latinoamérica deben haber declinado después de 1870, ya que los de la Gran Bretaña estaban en aumento, se basaba en argumentos más débiles, pero de todas maneras es muy posible que los términos de intercambio latinoamericanos hayan sufrido, de hecho, un descenso a largo plazo.[42]

Confrontando las perspectivas de exportación tan poco alentadoras, no sorprende que los estructuralistas hayan enfatizado la restricción que el volumen de divisas imponía sobre el crecimiento; en efecto, este tipo de restricción en particular constituye un elemento clave para los llamados "two gap models" que han sido desarrollados no sólo en Latino-

[42] CEPAL, "The Economic Development of Latin America and its Principal Problems", *Economic Bulletin for Latin America.* Febrero, 1962, p. 4; CHARLES KINDLEBERGER, *The Terms of Trade. A European Case Study.* Nueva York, 1956, Capítulo x; THEODORE MORGAN, "The Long-Run Terms of Trade between Agriculture and Manufacturing", *Economic Development and Cultural Change.* Octubre, 1959.

américa, sino fuera de ella también.[43] Hay poca discusión respecto a la existencia de la restricción que el volumen de divisas impone al crecimiento en muchos países latinoamericanos. Lo que sí está en cuestión es la solución al problema. Consideremos la posición de CEPAL: "La explicación a la persistente pérdida de terreno de Latinoamérica en los mercados mundiales está en la persistente aplicación de medidas restrictivas y prácticas discriminatorias con respecto al intercambio comercial; en la competencia con productos sustitutos y en tipos de producción alentados en áreas desarrolladas; en desequilibrios entre la oferta y la demanda; y en las barreras existentes a la salida de sus productos".[44] Esto contrasta con el punto de vista neoclásico, no-estructuralista de la Comisión Pearson: "Factores exógenos explican parcialmente el comportamiento de la exportación de algunos países; por ejemplo, las exportaciones de Venezuela y de Trinidad dependen de las condiciones del mercado mundial de petróleo. Sin embargo, las políticas domésticas han ejercido también un impacto fuerte sobre las exportaciones, tanto negativamente, como en el caso de Argentina, como positivamente en Perú, Centroamérica y Colombia." [45]

En consecuencia, la diferencia en estas tesis radica en la eficacia de la política doméstica para incrementar sus exportaciones y romper la restricción impuesta por las divisas. El punto de vista estructuralista dice que las políticas domésticas tienen un impacto insignificante: la solución al problema está fuera de Latinoamérica. Visto así, las condiciones vigentes en los mercados mundiales son las únicas determinantes de los ingresos por concepto de exportaciones.

[43] Véase, por ejemplo, HOLLIS B. CHENERY y ALAN M. STROUT, "Foreign Assistance and Economic Development", *American Economic Review*. Septiembre, 1966; JAROSLAV VANEK, *Estimating Foreign Resource Needs for Economic Development. Theory, Method, and a Case Study of Colombia*. Nueva York, 1967.

[44] CEPAL, *Economic Survey of Latin America 1967*. N. Y., 1969.

[45] Commission on International Development, *Partners in Development*. Nueva York, 1969, p. 242.

El segundo obstáculo clave del crecimiento, se encuentra en el sector agrícola. Muchos estructuralistas han expresado especial preocupación por el estancamiento de la producción agrícola, fenómeno que se atribuye a la estructura tradicional de la tenencia de la tierra y al comportamiento no-económico de la oligarquía terrateniente. Esta oligarquía, posee la tierra por razones de prestigio, o como defensa contra la inflación; maneja indirectamente sus propiedades, y practica una agricultura exageradamente extensiva y estática.

El último obstáculo se refiere a la distribución del ingreso. En palabras de la CEPAL, la concentración de la riqueza y del poder político en manos de unos cuantos "impide la movilidad social... debilita o destruye el incentivo a la actividad económica... [y] se refleja no en una tasa rápida de formación neta de capital, sino en patrones extravagantes de consumo..." [46] Más específicamente, la desigualdad en la distribución del ingreso limita el mercado interno de productos industriales, obstruyendo el desarrollo industrial; también tiene un efecto adverso sobre la propensión al ahorro, a través de los efectos de demostración sobre el consumo que se ejercen en una sociedad clasista.

Aparte de estos diagnósticos acerca del estancamiento económico, la CEPAL desarrolló un programa de acción durante los años cincuenta. El programa pugnaba por que Latinoamérica dejara la especialización dentro de la economía internacional y se concentrara en el desarrollo "hacia adentro", mediante el estímulo de la producción doméstica industrial y agrícola, para el mercado interno. La CEPAL se convirtió en abogado de la reforma agraria que iba a dividir las grandes haciendas, de la industrialización que sustituiría a las importaciones, y de la integración económica para aprovechar las economías de escala en la industria.

[46] United Nations, *Towards a Dynamic Development Policy for Latin America*. Nueva York, 1963, p. 4.

Sin embargo, este programa sólo logró un éxito parcial. Se inició la reforma agraria en la mayoría de los países, pero sólo en Cuba fue llevada a cabo con rapidez y profundidad. La industrialización mediante la sustitución de importaciones caminó al mismo paso, pero al cabo de unos cuantos años las perspectivas de fácil sustitución de bienes de consumo se habían agotado. Rápidamente, se evidenció que las etapas subsecuentes de la sustitución de importaciones iban a ser mucho más difíciles, debido a que las industrias de bienes de consumo de alto costo no podían renunciar a sus insumos importados de bajo costo. Finalmente, la integración económica, la política clave de reducción de costos, se paralizó por las nimias discusiones alrededor de intereses particulares y en la desilusión de los intelectuales que veían con alarma la experiencia de la Comunidad Económica Europea con la corporación multinacional con matriz en los E. U.

La desilusión en relación al programa de reforma de la CEPAL en los años cincuenta constituye solamente una de las causas del pesimismo que permea el pensamiento económico latinoamericano en los últimos años. Aparte de esto, el curso de la economía de hecho empeoró en la década de los sesenta: el crecimiento per cápita en términos reales fue menor que en la década anterior. Además el nuevo énfasis sobre la tecnología como fuente de crecimiento, un redescubrimiento en todo el mundo en los años sesenta, llevó a Latinoamérica a tener mayor conciencia de su dependencia tecnológica en la corporación multinacional.[47] Mientras que antes los latinoamericanos tendían a considerar sus relaciones eco-

[47] Esto es solamente uno de los aspectos de la dependencia externa, un concepto que ha sido estudiado, comentado y apoyado políticamente en los últimos años con igual intensidad que el concepto del estructuralismo en la década de 1950. El artículo piloto es de OSVALDO SUNKEL, "Política Nacional de Desarrollo y Dependencia Exterior", *Estudios Internacionales*. Mayo, 1967. Véase también THEOTONIO DOS SANTOS, "The Structure of Dependence", *American Economic Review*. Mayo, 1970, p. 231.

nómicas con el resto del mundo como contraproducentes por el mecanismo del mercado mundial, ahora son más sensibles a la explotación directa vía la inversión extranjera directa.

Todos estos factores han hecho menos atractiva la versión actual del capitalismo latinoamericano. Esto sucede especialmente porque, desde la revolución cubana, existe en Latinoamérica un sistema económico alternativo muy atractivo. Un número creciente de investigadores y políticos latinoamericanos, al contemplar estos sucesos, han llegado a la conclusión de que la única solución posible a los problemas económicos es la revolución. Muchos siguen comprometidos en pugnar por reformas, pero tras veinte años de desilusión en cuanto al ritmo de cambio, la posición reformista se pone cada vez más en duda.

IV. *Nuevas interpretaciones históricas desde la perspectiva del estructuralismo y la dependencia*

Varios estudios históricos se han apoyado en el aparato analítico del estructuralismo y la dependencia. Los cuatro estudios que examinamos aquí fueron escogidos porque sus interpretaciones contrastantes permiten enfocar las cuestiones no resueltas que deberán formar la agenda de la investigación futura.[48] Solamente dos de ellos —los de Pinto y de Ferrer— pueden llamarse realmente estructuralistas. La obra de Gunder Frank se apoya mucho en el análisis marxista, mientras que Díaz-Alejandro pertenece más bien a la tradición neoclásica.

Tanto Pinto como Frank se enfrentan al problema de

[48] ANÍBAL PINTO, *Chile. Un Caso de Desarrollo Frustrado.* Santiago, 1959; ALDO FERRER, *The Argentine Economy.* Berkeley, 1967, una traducción de *La Economía Argentina.* Buenos Aires, 1963; ANDRÉ GUNDER FRANK, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America. Historical Studies of Chile and Brazil.* Nueva York, 1967; CARLOS DÍAZ-ALEJANDRO, *Essays on the Economic History of the Argentine Republic.* New Haven, 1970.

explicar el estancamiento en Chile. Su tarea se complica todavía más por el hecho de que Chile no estuvo siempre en esta situación; las primeras décadas de la independencia fueron un período en el que hubo un ritmo impresionante de progreso económico. La producción y las exportaciones de minerales y productos agrícolas, en general, aumentaron cuatro o más veces en el breve período comprendido entre 1840 y 1860.[49]

Sin embargo, después de 1860 el crecimiento se redujo drásticamente, y los mercados para las exportaciones se desplomaron durante la década de 1870. En seguida, hubo una guerra triunfante en contra del Perú y Bolivia, a través de la cual Chile logró adueñarse de grandes depósitos de nitrato en los desiertos del norte. Después de la guerra, estos recursos recién adquiridos formaron la base de una expansión sostenida de las exportaciones, pero no de un crecimiento económico sostenido. A lo largo de las décadas subsecuentes, hasta la gran depresión y después de ella, la historia económica de Chile presenta una trayectoria triste y monótona de lento crecimiento, inestabilidad monetaria y, en las palabras de Pinto, de desarrollo frustrado.

Pinto nos da dos razones fundamentales para la expansión notable de Chile en las primeras décadas de su independencia. En primer lugar, hubo "la presencia de un conglomerado admirable de pioneros cuyo espíritu empresarial no pierde nada en la comparación con sus casi legendarios contrapartes de los Estados Unidos".[50] Segundo, el gobierno asumió un papel económico activo, alentando a las empresas mediante el impulso al desarrollo de los ferrocarriles y la formación de una marina mercante chilena.

La causa del estancamiento de Chile, según Pinto, se debió a la desaparición de estos factores. Las generaciones posteriores parecían carecer del espíritu empresarial que fue la característica sobresaliente a mediados del siglo XIX. Sin

[49] PINTO, *Chile*, pp. 15-16.
[50] *Ibid.*, p. 16.

profundizar sobre las razones de este cambio sociológico un tanto misterioso, y sin caer de ninguna manera en los conceptos anteriores de inferioridad racial, Pinto acepta el juicio entristecedor de Encina de 1911: "Una de las características más notables del chileno de las generaciones anteriores, fue su espíritu empresarial... Aquella iniciativa, aquel espíritu de empresa y esa personalidad vigorosa, se han perdido. Ahora sabemos más, pero arriesgamos menos." [51] El acontecimiento que sirvió para dramatizar este cambio en la historia chilena fue para Pinto y otros, la pérdida de los depósitos de nitrato de Chile en manos de empresas extranjeras. Chile libró y ganó una guerra para ganar la riqueza que significaba el nitrato y después los empresarios extranjeros mostrando aún más espíritu de empresa que los propios chilenos, lograron dominar la industria.

Esto sucedió simplemente porque el Estado Chileno se había comprometido profundamente con la política de "la filosofía económica del *laissez-faire,* creada en una situación radicalmente distinta... fue aplicada como la verdad revelada, con consecuencias desastrosas para nuestro desarrollo económico".[52] Pinto señala, entre otras consecuencias, la liquidación de la marina mercante y el estancamiento de la producción industrial. En esta forma, Chile comenzó el largo período de estancamiento relativo, del cual aún no sale.

Gunder Frank nos da una interpretación distinta de la misma experiencia histórica. Se sitúa explícitamente en oposición a Pinto alegando que Chile no constituía una economía cerrada que se abrió a la especialización internacional en el siglo XIX, escogiendo erróneamente el desarrollo "hacia afuera" en lugar de "hacia adentro", por medio de la protección arancelaria y la industrialización. Más bien afirma que Chile fue explotado por el capitalismo desde los tiempos de la conquista, y, "si el desarrollo hacia afuera, dependiente y subdesarrollado ha estado profundamente arraigado

[51] *Ibid.*, p. 52.
[52] *Ibid.*, p. 35.

en la economía chilena desde la conquista misma, entonces la supuesta opción del desarrollo capitalista independiente y nacionalista ni siquiera existía en el siglo XIX, ni existe mucho menos en la realidad actual" [53] Chile sigue sufriendo el estancamiento ya que, "el monopolio externo ha conllevado siempre la expropiación (e indisponibilidad consecuente para Chile) de una parte significativa del excedente económico producido en Chile, el cual ha sido apropiado por otro sector del sistema capitalista mundial".[54] Siguiendo esta lógica, resulta que el capitalismo y la burguesía nacionales siendo inevitablemente dependientes del capital extranjero, son eliminados como vehículos de escape del subdesarrollo. La única solución entonces es el socialismo: "El proceso del desarrollo capitalista es discontinuo pero permanente, como lo es el proceso de su decadencia revolucionaria. En nuestros tiempos, las contradicciones se agudizan, se acelera el proceso, la discontinuidad destruye al sistema, la posibilidad de liberar al pueblo y desarrollar la civilización está a la mano, y el pueblo la toma. Que los líderes sigan el ejemplo del pueblo." [55]

En ambos estudios, y especialmente en el de Pinto, vemos un argumento clave del estructuralismo: el desarrollo no se dará por medio de la especialización en la economía mundial, sino a través de la industrialización para sustituir las importaciones. Sin embargo, los obstáculos al desarrollo futuro creados por la orientación de una economía "hacia afuera", no son claramente indicados. A Pinto le parece que los obstáculos son las bajas tasas de ahorro y el débil espíritu empresarial derivado de la estructura social y la mentalidad creada por la producción para la exportación. Pinto asume que estos obstáculos hubieran podido ser superados por la creación de una nueva estructura de producción mediante la protección arancelaria; sin embargo, no examina

[53] GUNDER FRANK, *Capitalism and Underdevelopment...*, p. 6.
[54] *Ibid.*, p. 7.
[55] *Ibid.*, p. 120.

cuidadosamente la relación entre la protección y el crecimiento. Nos deja con una idea vaga acerca de la contribución de la política económica de mayor intervención estatal en el crecimiento, en el período anterior a 1860. Will señala que el gobierno chileno impulsó la protección arancelaria además del desarrollo del sistema de transportes durante este período, pero los aranceles nunca excedieron el 35%, y el impulso a la expansión industrial tuvo poco éxito.[56] En vista de esta experiencia y del énfasis de Pinto sobre los obstáculos al desarrollo subsecuente, es realmente de dudarse si la continuación de la protección arancelaria hubiera cambiado tanto la situación, particularmente en un país donde el mercado doméstico es tan pequeño.[57]

Según las ideas de Gunder Frank, la desventaja del desarrollo "hacia afuera" es más obvia: las relaciones de intercambio e inversiones con los países capitalistas hacen que el excedente sea expropiado de Chile y transferido al extranjero. Siguiendo los pasos de otros autores, Gunder Frank calcula que el excedente transferido al exterior en este siglo es equivalente al acervo total de capital del país en 1964.[58] Evitaremos la tentación de enredarnos en la naturaleza del valor y de la plusvalía; únicamente anotamos que aunque la estructura ideológica y terminológica de Gunder Frank difiere de la de Pinto, estas diferencias no deben ocultar la tesis, fundamentalmente similar, de los defectos estructurales adquiridos por una economía capitalista periférica.[59] A tra-

[56] ROBERT WILL, "La Política Económica de Chile, 1810-64", *El Trimestre Económico*. Abril-junio, 1960, pp. 243, 246, 256.

[57] Esta misma duda expresa Celso Furtado en otro estudio histórico sobresaliente influido por el estructuralismo, al sugerir que los tratados Anglo-Brasileños en los cuales fue negado a Brasil el derecho de aumentar las tarifas, tuvieron en realidad pocos efectos sobre la industrialización brasileña. Compárese *The Economic Growth of Brazil*. Berkeley, 1963, pp. 105, 107, una traducción de *Formação Económica do Brasil*. Río de Janeiro, 1959.

[58] GUNDER FRANK, *Capitalism and Underdevelopment...* p. 99.

[59] Algunas de las dificultades terminológicas surgen del uso casual

vés de ambos autores llegamos a dividir la triste historia de Chile en una etapa de robo colonialista, una etapa de imperialismo y de libre intercambio en el siglo XIX en la que el capital extranjero acaparó la mayoría de las grandes líneas de producción y comercio, por ser mayor su agresividad y perspicacia, y finalmente una etapa de desorganización en el siglo XX, cuando la estructura social rígida creada por el sistema de producción y la distribución de ingresos del siglo XIX condenó a Chile a la persistencia del desorden doméstico y del estancamiento económico.

En sus estudios sobre la historia de la República de Argentina, Ferrer y Díaz-Alejandro se enfrentan a otro problema de estancamiento.

Es un estancamiento que se ha apoderado de Argentina solamente desde 1929. En contraste, los 70 años anteriores a la gran depresión constituyeron un período de expansión económica continua en una economía completamente abierta. Tanto capital como mano de obra inundaron el país, la frontera iba retrocediendo constantemente, y un volumen cada vez mayor de exportaciones era destinado a Europa. Al presentarse la depresión, los ingresos por concepto de exportaciones se desplomaron y la depreciación de la moneda dio automáticamente un impulso al desarrollo industrial. La in-

que hace Gunder Frank de las definiciones de términos, especialmente en el caso de su concepto más importante, el subdesarrollo. Es algo más que mera pobreza, a saber: "Los países nuevos desarrollados desde el siglo XIX, habían ya logrado una independencia económica interna y externa significativa, como los Estados Unidos, Canadá y Australia... Es de extrañar que estos países, actualmente más o menos desarrollados, no fueran más ricos que Chile al emprender el camino al desarrollo. Sin embargo —y creo que ésta es la distinción clave— no eran subdesarrollados ya... Mi opinión es que Chile sigue formando parte del mismo sistema capitalista con las mismas contradicciones fundamentales que son la polarización y la apropiación del excedente. Lo que ha cambiado en el siglo XX es que Chile es ahora *más* subdesarrollado, más dependiente; y su subdesarrollo es cada vez más notable". GUNDER FRANK, *Capitalism and Underdevelopment...*, pp. 56, 96-97.

dustria argentina se concentró en los bienes de consumo y se volvió dependiente de insumos importados, y, en vista del prolongado estancamiento de las exportaciones, esta estructura industrial condenó al país a una carestía crónica de divisas extranjeras y a una tasa de crecimiento deprimido.

¿Cómo fue que se disipó de esta manera el potencial de crecimiento de la economía argentina? Según Ferrer, el crecimiento argentino antes de la depresión fue de todos modos frágil: Argentina era totalmente dependiente de las condiciones económicas europeas. "Claramente, los fundamentos del crecimiento económico eran inestables y vulnerables. Si desaparecía el estímulo externo y/o si se cerraba la frontera de producción de la región de la Pampa con toda la tierra disponible bajo cultivo, entonces la crisis era inevitable." [60] Sin embargo, después de la depresión, los mercados de exportaciones no permitieron un margen de flexibilidad sobre el cual construir el crecimiento del futuro. Para Ferrer, el error en la política después de 1929, no fue el haber fracasado en desarrollar los ingresos por concepto de las exportaciones, ya que éstas son determinadas exógenamente. Más bien el error clave fue el no haber desarrollado la industria básica para producir, en las palabras de Ferrer, "una economía industrial integrada... para poder superar las limitaciones del desarrollo industrial no integrado y lograr la transición hacia una estructura integrada... una política de inversiones debe llevarse a cabo con el único propósito de expander las industrias básicas... Argentina no tiene más camino que éste porque sólo tene un medio posible de asegurar su desarrollo económico y social: la integración de su estructura económica. Dados los cambios en el comportamiento de factores externos... sería imposible regresar a la etapa de las exportaciones primarias." [61]

Una economía industrial integrada es una economía autárquica, es decir, que no depende fuertemente de las im-

[60] FERRER, *The Argentine Economy*, p. 124.
[61] *Ibid.*, p. 177.

portaciones en ninguna rama clave de producción. Ferrer no considera explícitamente a las necesidades de importación de la fase transicional durante la que se construiría la industria básica; claramente, esto sería una tarea difícil y ardua. En el argumento de Ferrer está implícito que la economía argentina orientada a las exportaciones de la década de los veinte se dirigía hacia un período de austeridad severa, antes de poder transformar sus estructuras para permitir el crecimiento sostenido en el futuro.

Aquí, Díaz-Alejandro difiere. Mientras que él y Ferrer están de acuerdo en su desacuerdo respecto a la política de Argentina después de la depresión, Díaz-Alejandro sostiene que la economía argentina siguió siendo capaz de un crecimiento anual del 5 porciento, sin tener que pasar primero por un período de austeridad severa.

Por esta razón, él llega a un juicio más favorable del sistema económico anterior a 1929. Mientras que Ferrer ve un sector rígido de exportaciones cuyas ganancias son determinadas exógenamente, Díaz-Alejandro subraya la flexibilidad de la economía rural de Argentina para ajustar la composición y el destino geográfico de sus exportaciones a medida que surgían nuevas oportunidades en el comercio internacional. En lugar de seguir a Ferrer, subrayando la rigidez de una economía vulnerable a los impactos externos, Díaz-Alejandro mantiene que de hecho Argentina sobrevivió la depresión mucho mejor que los mismos E. U. Por ejemplo, el valor agregado del sector manufacturero aumentó en un 62 por ciento entre 1932 y 1939.[62] Por lo tanto las dificultades económicas de Argentina no provenían del impacto de la depresión sobre una economía orientada externamente. Díaz-Alejandro culpa más bien a la falta de divisas extranjeras sobre las que la política económica de Argentina pudo haber ejercido influencia, diciendo que a pesar de todos los síntomas de atraso tecnológico en el campo, un aumento en el precio relativo de productos exportables hubiera expandido

[62] DÍAZ-ALEJANDRO, *Essays on the Economic History...*, pp. 94-95.

el volumen y el valor de las exportaciones rurales. En esencia esto constituye una negación neoclásica de la tesis de que la oferta de divisas extranjeras está determinada exógenamente. Díaz-Alejandro no tiene datos acerca de las elasticidades precio e ingreso de la demanda externa de exportaciones argentinas; sin embargo, asume que hubiera sido posible para Argentina mantener su parte en el mercado mundial entre 1934 y 1938 con sus productos principales claves para la exportación, mediante un cambio en la política de los precios. De esta manera las exportaciones pudieron haber crecido a una tasa anual de alrededor del 2.5 por ciento a lo largo de las últimas tres décadas. Mediante rápidos cálculos aritméticos acerca del probable crecimiento en otros sectores, llega a la conclusión de que esta tasa de crecimiento en las exportaciones, hubiera proporcionado suficientes divisas extranjeras como para permitir un crecimiento económico general a una tasa del 5 por ciento.[63]

Desde luego que esto presupone un programa vigoroso de sustitución de importaciones, y Díaz-Alejandro expone detalladamente que el desarrollo de las exportaciones no constituye una alternativa a la sustitución de importaciones, sino que más bien es un complemento necesario de ella. El error principal en la política económica de Argentina, afirma, fue el excesivo énfasis en la producción de productos para el mercado interno, como la construcción, el transporte, y otros servicios que no pueden entrar al comercio internacional, y en consecuencia limitaron los productos adecuados para el intercambio. "La historia económica de Argentina desde 1930, pero en especial desde 1943, debe ser materia de estudio obligatoria para los planeadores de los países que están iniciando su industrialización, ya que constituye un ejemplo dramático de los peligros que surgen en el proceso del desarrollo cuando se descuida el equilibrio entre la producción de bienes exportables, importables y destinados al mercado

[63] *Ibid.*, p. 138-40.

interno. Dentro de una economía que padece un severo estrangulamiento en materia de divisas extranjeras, ni siquiera una tasa bruta de ahorro del 20 por ciento generará un crecimiento rápido... La lección más irónica de la experiencia de la posguerra en Argentina es que si hubiera habido menos discriminación en contra de las exportaciones, la expansión manufacturera hubiera sido mayor." [64]

Las diferencias que hay entre las interpretaciones históricas de Ferrer y Díaz-Alejandro son las diferencias entre la economía estructuralista y la neoclásica. El análisis de Ferrer subraya lo rígido e inflexible del sistema económico, especialmente en el sector de las exportaciones donde los ingresos en divisas extranjeras están más allá de la influencia de la política interna. El camino al progreso económico no es solamente la industrialización mediante la sustitución de importaciones, sino es también un rechazo de la economía internacional en favor de la autarquía.[65]

El mensaje de Díaz-Alejandro es que en Argentina la preocupación neoclásica acerca de la asignación de recursos ha adquirido una importancia superlativa ya que ha significado la diferencia entre el crecimiento y el estancamiento.

De este argumento, como también del de Gunder Frank, se desprenden consecuencias políticas: si los originadores de la política en Latinoamérica verdaderamente tienen a su disposición de herramientas necesarias para lograr tasas aceptables de crecimiento económico, entonces no son víctimas impotentes de las circunstancias externas, y no es necesaria una transformación revolucionaria para la persecución eficaz del crecimiento económico y la justicia social.

64 *Ibid.*, p. 138.

65 Ferrer se muestra notablemente indiferente para con la ventaja comparativa y las ganancias del intercambio comercial. En todo el libro no hay más que una referencia oblicua al hecho de que Argentina fue "forzada a hacerse autosuficiente hasta un grado dañino para su participación progresiva en la división internacional de la mano de obra". FERRER, *The Argentine Economy*, p. 177.

V. *El marco de los estudios recientes*

Los cuatro estudios que hemos examinado constituyen una aproximación a los diversos enfoques de la historia económica posterior a la independencia y consideramos que son los más importantes de los años recientes.[66] Sin embargo, representan solamente una parte de la variedad de la investigación histórica emprendida recientemente, y nuestro deseo de balance y justicia nos obliga a mencionar brevemente algunas de las otras líneas de investigación importantes.

Varios eruditos se han sumergido en la historia cuantitativa del siglo XIX y de principios del XX, y han producido estudios que servirán de fundamentos estadísticos para estudios futuros tanto de ellos como de sus colegas. En este espíritu, Ballesteros y Davis han producido estimaciones de la producción anual para los sectores principales de materias primas de Chile comenzando en 1908, mientras que la CEPAL ha hecho estimaciones amplias de la producción en Argentina empezando en 1900 y en Colombia a partir de 1925.[67] En México, el mayor esfuerzo ha sido realizado bajo la dirección de Fernando Rosensweig, en El Colegio de Méxi-

[66] El enfoque estructuralista-dependiente está presente en varias otras obras históricas, entre las cuales, destacan: CELSO FURTADO, *The Economic Growth of Brazil.* Berkeley, 1963, *La Economía Latinoamericana desde la Conquista Ibérica hasta la Revolución Cubana.* Santiago, 1969; OSVALDO SUNKEL y PEDRO PAZ, *El Subdesarrollo Latinoamericano y la Teoría del Desarrollo.* México, 1970.

[67] MARTO BALLESTEROS y TOM DAVIS, "The Growth of Output and Employment in Basic Sectors of the Chilean Economy", *Economic Development and Cultural Change.* Enero, 1963; MARTO BALLESTEROS, "Desarrollo Agrícola Chileno, 1910-1955", *Cuadernos de Economía.* Enero-abril, 1965; CEPAL, *Analyses and Projections of Economic Development. III. The Economic Development of Colombia. Ginebra,* 1957; CEPAL, *Análisis y Proyecciones del Desarrollo Económico. V. El Desarrollo Económico de la Argentina.* 3 vols., México, 1959; WILLIAM P. MCGREEVEY, "Quantative Research in Latin America History, Nineteenth and Twentieth Centuries", una ponencia preparada para la *Conference on the Economic History of Latin America,* 1969, mimeografiado.

co, de donde han provenido dos volúmenes de estadísticas acerca del comercio exterior y la producción durante el porfiriato; mientras que la obra cuantitativa sobresaliente hasta ahora en Perú, es el estudio de Bonilla acerca del comercio exterior en el siglo XIX.[68] Éstas constituyen solamente unas cuantas de las obras publicadas hasta la fecha; hay muchas otras en proceso en casi todos los países de la región.

Los otros estudios recientes tratan de una manera o de otra el problema central de determinar las razones del crecimiento o el estancamiento. Otro enfoque importante trata la hipótesis del enclave en el crecimiento orientado hacia las exportaciones y sostienen que el crecimiento "hacia afuera" produce un efecto poco duradero, principalmente porque el sector de exportación no está ligado a la estructura económica interna y no provee ningún estímulo para el crecimiento doméstico. Este enfoque está ejemplificado por el estudio de Levin, *Perú en la era del Guano,* que, según él, constituye un ejemplo clásico de recursos naturales que fueron agotados sin dejar beneficios duraderos.[69] Otro estudio de este tipo es el de Reynolds que trata la historia de las compañías extranjeras de cobre en Chile, y afirma que las tendencias en los términos de intercambio son medidas engañosas en cuanto beneficios recibidos, porque Chile ha conseguido progresivamente mayores ganancias a lo largo de las décadas en el sector del cobre, mediante impuestos más altos y la adquisición de mayor volumen de insumos para la economía externa.[70]

[68] El Colegio de México, *Estadísticas Económicas del Porfiriato. 1. Comercio Exterior de México.* México, 1960; 2. *Fuerza de Trabajo y Actividades Económicas por Sectores.* México, 1965; HERACLIO BONILLA, "La Coyuntura Comercial del Siglo XIX en el Perú", *Revista del Museo Nacional.* 1967-68.

[69] JONATHAN V. LEVIN, *The Export Economies; Their Pattern of Development in Historical Perspective.* Cambridge, Mass., 1960.

[70] CLARK W. REYNOLDS, "Development Problems of an Export Economy; the Case of Chile and Copper", en MARKOS MAMALAKIS y CLARK REYNOLDS, *Essays on the Chilean Economy.* Homewood, Ill., 1965.

En casos aislados, existe el problema de explicar el éxito en lugar del fracaso del desarrollo económico. Esto ha sido el reto para aquellos investigadores que han prestado especial atención al notable desarrollo industrial de Medellín, Colombia. Hagen utilizó la historia de Medellín como uno de los ejemplos de la importancia de los factores psicológicos en el desarrollo económico.[71] La clave del progreso económico de Medellín, afirma, se basó en el control del status social nacional ejercido por la élite de Bogotá, control que forzó a la élite provinciana de Medellín a buscar logros económicos como ruta sustituta para adquirir una elevada situación social. Álvaro López, sin embargo, llegó a una respuesta muy diferente.[72] Él afirma más bien que el colapso fortuito del sistema de grandes haciendas durante el siglo XVIII, hizo que hubiera una distribución de ingresos inusitadamente equitativa y una demanda sustancial de productos industriales en la región de Medellín. Fue esta demanda de manufacturas, dice López, la que indujo a la élite de Medellín, primero, a emprender un intercambio comercial vigoroso y, después, a concentrarse en proyectos industriales.

Además de estos estudios que se centran en la historia cuantitativa o en los determinantes del crecimiento o del estancamiento, existen otras obras que estudian instituciones, sectores o hipótesis específicas. Queremos expresar a lectores y autores, que lamentamos que la restricción de espacio no nos permita alargar más este trabajo.

VI. *Una agenda para la investigación*

Lo que emerge como centro del pensamiento económico y de la historia económica de Latinoamérica desde la Segunda Guerra Mundial, es el hecho de que existen serias reservas en cuanto a la actuación pasada, y la actuación que

[71] EVERETT E. HAGEN, *On the Theory of Social Change*. Homewood, Ill., 1962, pp. 353-84.

[72] ÁLVARO LÓPEZ, *Migración y Cambio Social en Antioquia durante el Siglo XIX*. Bogotá, 1968.

se espera en el futuro, de las economías latinoamericanas. Los economistas y los historiadores económicos sencillamente dudan de la viabilidad del crecimiento y el desarrollo en las condiciones de lo que podríamos llamar capitalismo periférico, y esperamos que sus investigaciones se enfoquen cada vez más sobre la evaluación de la teoría y operación del liberalismo económico tal como se presenta en el contexto latinoamericano. Es muy probable que mucha de la investigación solamente delineará lo que pasó, a través de estudios cuantitativos orientados a establecer los datos sobre las corrientes de ingresos. Para ir más al grano, el tema requiere del examen de las relaciones causales fundamentales que han determinado el crecimiento y el cambio estructural bajo el capitalismo periférico. Consideramos que este aspecto constituye el reto más importante al que tendrán que enfrentarse los historiadores económicos de Latinoamérica.

Los historiadores económicos de la escuela estructuralismo-dependencia han sugerido que son claves ciertas relaciones para poder entender la evolución económica latinoamericana. En este momento pueden ser caracterizadas como visiones útiles que requieren de examen y pruebas detalladas y más a fondo, por ejemplo, el conflicto entre Ferrer y Díaz-Alejandro sobre la cuestión de los determinantes del desarrollo de la exportación. Tendrá que haber conocimientos mayores sobre el grado en que las políticas internas influyeron en la expansión de las exportaciones. En los casos donde la política doméstica fue ineficaz, ¿es que el problema fue la inelasticidad de la demanda externa o de la oferta doméstica? También necesitamos más información sobre la contribución de los sectores de exportación a la economía doméstica, es decir, sobre la relevancia del modelo de enclave del desarrollo de exportaciones.

Necesitamos saber más acerca de las relaciones entre la política proteccionista y el desarrollo industrial. No existe información con respecto a la disponibilidad de los factores de producción requeridos para la actividad industrial, los costos asociados a la combinación de los factores dis-

ponibles para producir una variedad de productos industriales, y las tasas arancelarias que se hubieran requerido para proteger tales industrias de la competencia extranjera. Sin tales conocimientos, el significado de las restricciones sobre la política arancelaria como obstáculo al crecimiento, no está claro.

Necesitamos también una mejor evaluación de las relaciones entre la estructura de los salarios, la distribución de los ingresos, y el desarrollo industrial. La afirmación de que la desigualdad en la distribución de los ingresos reduce la demanda de manufacturas nacionales y obstruye por tanto el desarrollo industrial, es teóricamente acertada; sin embargo su relevancia exacta es relativamente desconocida. Sólo el estudio de López sobre Antioquia, muestra evidencia sólida sobre esta proposición.

Aparte de estas características especiales de la estructura del mercado, un modelo de capitalismo periférico debe prestar particular atención a las interacciones entre variables sociales y económicas. Se ha observado que una economía de exportación crea una estructura de poder que favorece el libre comercio y se opone a una política deliberada de desarrollo industrial. Esto no es de ninguna manera excepcional; cualquier sistema económico tiende a asegurar su perpetuación mediante el establecimiento de intereses creados. Sin embargo, Pinto y otros han ido más allá afirmando que la élite creada por una economía de exportación desarrolla patrones de comportamiento que inhiben el desarrollo económico. Es generalmente reconocido que esta élite consume extravagantemente, es tecnológicamente estática y opuesta a la educación de las masas. En su forma extrema, tal comportamiento está resumido en "la mentalidad azucarera" de la economía de plantación. Esto constituye solamente una de las formas en que las interacciones socio-económicas pueden afectar las perspectivas, de desarrollo; otras posibilidades no necesariamente tienen efectos tan corrosivos. Los historiadores económicos deben intentar desenredar las posibilidades. ¿Qué clase de actividades de exportación de productos pri-

marios tienden casi inevitablemente a crear una serie de instituciones sociales que fortalecen el estancamiento y cuáles ofrecen perspectivas de desarrollo sustancialmente mejores?

Una última serie de relaciones que determinan el progreso económico bajo el capitalismo periférico puede agruparse bajo la categoría general de influencias externas que operan fuera de los mecanismos del mercado. Claramente, la forma específica de influencia extranjera que más exige estudio es el imperialismo, por lo que queremos decir el ejercicio del poder político por las economías metropolitanas de manera tal que la evolución de la estructura económica de la periferia es influida significativamente.

Hay dos aspectos del imperialismo que exigen atención especial. El primero trata de los instrumentos mediante los cuales se ha ejercido el poder imperialista durante el imperialismo informal de los siglos XIX y XX, y el alcance de las alternativas posibles para los países latinoamericanos que operaban bajo las restricciones imperialistas. Las naciones latinoamericanas han resistido abiertamente tales restricciones sólo ocasionalmente; y ha sido en estas ocasiones cuando se han observado más claramente los instrumentos del imperialismo. Estudios de tales momentos de tensión revelarán mucho de la naturaleza del imperialismo, las alternativas de acción abiertas para América Latina y las perspectivas planteadas por tipos de desarrollo alternativos que fueron cerrados por las restricciones imperialistas.

El segundo aspecto del imperialismo se refiere a la contribución de la inversión extranjera directa en el desarrollo latinoamericano. Realmente no necesitamos impulsar a los investigadores para que trabajen en esta área ya que el volumen de investigaciones en proceso es asombroso. Sin embargo, algunas de las líneas de investigación deben mencionarse.

La inversión extranjera directa plantea problemas para el estudio de la economía como tal y también para el estudio del poder político. Del lado de la economía, es imperativo que los economistas e historiadores económicos evalúen con mayor precisión los beneficios netos de la inversión extran-

jera, ya sean positivos o negativos, para el país receptor. Esto implica el reto estadístico de calcular las tasas de ganancia corrigiendo las falsificaciones contables; también requiere una evaluación del impacto neto sobre la oferta de factores. La oferta de factores, claro, es incrementada a corto plazo por la presencia de los factores externos; sin embargo el efecto a largo plazo puede ser negativo en factores claves como el espíritu empresarial local.

En el estudio del poder, deseamos saber cómo la presencia de la inversión extranjera directa moldea las restricciones políticas trazadas por el poder metropolitano. Es el ejercicio mismo del poder por una corporación extranjera lo que nos interesa. Se dice muchas veces que una desventaja muy importante de la inversión extranjera directa es que los centros de decisión política, quedan fuera de la estructura económica y del control del gobierno nacional. Sabemos muy poco acerca de la toma de decisiones de la corporación multinacional y en particular de cómo se diferenciaría de la toma de decisiones de una empresa nacional.

Estos son algunos de los elementos que creemos están siendo investigados y que serán integrados en el futuro a una nueva explicación del desarrollo capitalista de la América Latina. Aunque esta tarea ha ocupado a muchos científicos sociales competentes durante veinte años, aún es obvio que quedan muchas lagunas. Hasta la fecha, no se ha reflexionado lo suficiente acerca de varias de las relaciones claves en el sistema del capitalismo periférico latinoamericano.

Desde nuestra perspectiva actual, vemos el sistema como uno que ha tenido una actuación caprichosa, produciendo cierto crecimiento y quizá cierto desarrollo, dependiendo de cómo quiera uno definir estos términos, pero también ha producido bastante insatisfacción. En parte debido al ejemplo del socialismo cubano, muchos latinoamericanos sienten más que nunca la urgencia de acelerar el proceso de cambio social. La justicia social derramada con gotero, de arriba hacia abajo no es, ya, suficiente.

LA HISTORIA ORAL. ORIGEN, METODOLOGÍA, DESARROLLO Y PERSPECTIVAS

Eugenia Meyer
y
Alicia Olivera de Bonfil
Instituto Nacional de Antropología e Historia

Desde las primeras tablas de arcilla con escritura cuneiforme, el papiro alejandrino o los manuscritos medievales, hasta la invención de la imprenta, el propósito óptimo de la historia ha sido la comunicación como medio para comprender al hombre.

Toda la historia se refiere a ideas, a palabras que transmiten un pensamiento y ello es lo que hace de la técnica de la historia oral, un complemento de otras técnicas, ya tradicionales, de las que se vale el historiador.

El historiador que hace la historia oral, se distingue, tan sólo, en que al realizar sus entrevistas, lo hace con el fin de que alguien en el futuro las emplee. Por ello, la historia oral implica ciertos problemas y obligaciones; se convierte de hecho en un sistema extractor de recuerdos, de ideas y memorias que contribuyen a conocer mejor la Historia.

Sin embargo, debe insistirse, por más que parezca implícito, en que la historia oral no sólo es útil al historiador, ya que puede aplicarse con todo éxito en el campo de la medicina, de la psicología, de las ciencias, etc.

Lo que la historia oral pretende, es recolectar un material virgen que podrá ser utilizado posteriormente. De hecho proporciona una documentación distinta para el conocimiento histórico, y quizá allí es en donde se delimitan en parte el valor de conferencias, discursos, etc., puesto que ese material

no es nuevo o desconocido, sino por el contrario, es el resultado de un estudio, de una meditación o de una investigación.

De hecho la historia oral viene a enriquecer, y al mismo tiempo a complicar un poco la tarea del historiador, al proporcionar un material generalmente fresco, desprovisto de sofisticación o de depuración.

Origen

El acelerado desarrollo de la tecnología moderna, ha venido a cambiar y a revolucionar en parte el oficio del historiador.

Con las grabadoras modernas, aparecidas en los años cuarentas, lo que se ha podido realizar es la preservación del método logográfico, que Herodoto, el padre de la Historia, empleara hace ya tanto tiempo.

En gran medida, la historia oral es el conjunto de entrevistas con personajes destacados de la historia, o con individuos que fueron testigos de hechos fundamentales, en donde la función del historiador debe ser la de rescatar tales testimonios.

El origen estricto de la historia oral, se debe al historiador norteamericano, Allan Nevins, profesor de la Universidad de Columbia, quien al estar elaborando una investigación sobre Groover Cleveland [1] (la que posteriormente obtendría el premio Pulitzer), comprendió la importancia de rescatar vivencias personales de muchos de los contemporáneos del presidente biografiado. Personas cuya edad avanzada requería de una ardua labor, precisa y urgente. De allí,

[1] ALLAN NEVINS, *Groover Cleveland. A history in courage,* Dodd, Mead and Co., Nueva York, 1933. Nevins ha publicado algunos artículos sobre historia oral y hace mención especial al tema en *The Gateway to history,* Anchor Books, Doubleday and Co., Nueva York, 1963.

que decidiera entrevistarlos y grabar el resultado de sus reuniones.

Antiguamente, la gente escribía diarios o intercambiaba correspondencia y gran parte de ese material es el que los historiadores empleamos en nuestras investigaciones. Material que está basado precisamente en recuerdos o versiones personales de los acontecimientos que permite recrear el pasado. Sin embargo, al paso del tiempo, con la agitada vida moderna, esta fuente documental tiende a desaparecer de manera alarmante.

En lugar de la pluma y el papel, el hombre utiliza el teléfono, el telégrafo y al ritmo de la era supersónica, las grabadoras han venido a llenar una necesidad fundamental, ya que permiten la comunicación rápida y efectiva entre los seres humanos; sea en el campo de los negocios, sea en el de la ciencia o la técnica.

Fue por todo esto, que en 1948, Nevins, entusiasmado con sus primeros resultados, organizó en Columbia la *Oral History Research Office.*

Poco a poco, el interés por esta especialidad fue en aumento.[2] El material recopilado e incluso rescatado en el campo del arte, la historia, las ciencias, la antropología y la política, contribuye hoy día a una comprensión más aguda y precisa del acontecer histórico. Aunque debe advertirse que en muchos casos lo que definimos como historia oral, no es sino sociología oral, politología oral, economía oral y así sucesivamente, rastros que en un momento dado pasarán a formar parte de la Historia.

[2] Puede consultarse la bibliografía exhaustiva del tema organizada por DONALD J. SCHIPPERS y ADELAIDE G. TUSLER, *A bibliography of Oral History,* Oral History Association, Miscelaneous Publications, Núm. 1, 1967. Asimismo, se recomienda la lectura del artículo de CLIFFORD L. LORD, *Is oral history really worthwhile? Ideas in conflict. A colloquium on certain problems in the historical society work in the United States and Canada,* American Association for State and Local History, Harrisburgh, 1958, pp. 17-57.

La historia oral, debe basarse de manera específica en lo que no se ha dicho o escrito; en aquello que pueda contribuir al conocimiento ya existente. Por ello quizá, cuando se entrevista a un escritor, surgen preguntas que aún no tienen una respuesta clara, precisa. Lo escrito, muchas veces explica lo que pasó, pero no el porqué sucedió y es aquí en donde la historia oral puede hacer su aportación.

Los historiadores hemos estado entrevistando gente por cientos de años. La diferencia fundamental pues, con la historia oral, estriba en que generalmente el historiador entrevista gente para sus propósitos propios, específicos, individuales, y aquel que hace historia oral "ortodoxa", está reuniendo una gran cantidad de datos que posiblemente servirá a otros investigadores.

Metodología y aplicabilidad

Una entrevista puede definirse brevemente como la conversación entre dos o más personas, con una finalidad concreta, que por otra parte está encaminada a obtener cierta información.

De acuerdo con las ciencias sociales, existen entrevistas dirigidas, estructuradas, controladas, guiadas y no guiadas.[3]

Es la forma en que el entrevistador conduce su entrevista la que le da su carácter particular, permitiendo al entrevistado narrar sus experiencias, sus puntos de vista, etc. Las entrevistas pueden realizarse mediante un cuestionario pre-

[3] FELIPE PARDINAS, *Metodología y técnicas de investigación en ciencias sociales. Introducción elemental,* Siglo XXI Editores, S. A. (Sociología y política), México, 1969. JAN VANSINA, *La tradición oral,* Nueva Colección Labor, Barcelona, Madrid, Buenos Aires, Río de Janeiro, Montevideo, México, 1966. Dentro de los métodos de entrevista se puede emplear también el conocido como *rapid fire quiestioning,* o ráfaga de preguntas. Muchas y muy directas, pero su aplicación es casi imposible dentro del campo de la historia oral, ya que se confunde al entrevistado.

viamente elaborado (dirigidas), o por el contrario permitir que la espontaneidad del sujeto entrevistado se manifieste con toda libertad (no dirigidas).

De hecho, la experiencia ha venido a demostrar que no hay normas categóricas para realizar una entrevista, todo depende del sujeto entrevistado. Es decir: el método está condicionado por el problema o problemas concretos que se puedan presentar.

Resulta obvio mencionar que en el campo de la historia oral, se usa básicamente el método de entrevista focalizada, que, de acuerdo con lo señalado por Merton y Kendall en 1956, requiere de una "experiencia y habilidad especial por parte de quien realiza la entrevista".[4]

Se denomina focalizada a la entrevista que está circunscrita a experiencias objetivas, actitudes y respuestas emocionales de situaciones particulares.

La entrevista, cuya finalidad es el rescate de información con valor histórico, debe basarse en una preparación previa por parte de quien habrá de realizarla, de tal suerte, que no abrume al entrevistado con cuestiones conocidas o intrascendentes. Entonces, el entrevistador debe conocer a su entrevistado, y saber a conciencia lo que quiere; debe tener un programa y esto obliga a que se emplee muchísimo más tiempo en preparar una entrevista que en realizarla, en "empaparse del personaje", antes de comunicarse con él.

El entrevistador tiene que definir con claridad aquellos temas particulares o generales que pretende tratar y si tiene interés en saber las opiniones actuales del entrevistado o únicamente intenta ocuparse de un campo concreto.

El que entrevista deberá inspirarle confianza al entrevistado, amén de enterarlo de su propósito, estableciendo una relación directa con aquél; despertar su confianza y sobre todo, el deseo de transmitir sus experiencias, sus conocimientos, etc.; y debe abstenerse de expresar opiniones per-

[4] R. K. Merton y Patricia Kendall, "The Focused Interview". *American Journal of Sociology*, LI, pp. 541-542.

sonales que influyan o varíen el punto de vista del sujeto entrevistado.

Al relatar el entrevistado esas experiencias, "sus experiencias", es importante que éste sienta que no está hablando a un micrófono, a un auditor mecánico, deshumanizado; sino a alguien que verdaderamente tiene interés en escucharlo. Por todo esto, se recomienda realizar la entrevista en el medio ambiente familiar para el entrevistado, lo que permitirá a éste una mayor libertad de expresión.

Se considera que generalmente las entrevistas no deben ser demasiado largas, pues la "víctima" se fatiga. Sin embargo, muchos de los sujetos a quienes hemos entrevistado, entusiasmados con su plática, prefieren continuar.

Las entrevistas pueden hacerse en serie, pero ello impide la espontaneidad. Sin embargo, la realidad es que, como anotamos anteriormente, no existe un método o manual de entrevistas, ya que cada individuo entrevistado, insistimos, es un sujeto distinto, único, y por lo tanto representa una nueva experiencia.

En cuanto a quiénes son entrevistables, sin duda, podemos hacer una generalización que consiste en afirmar que las entrevistas más difíciles, son las que se realizan a especialistas o investigadores a quienes su preparación ha transformado. La gente sencilla, menos evolucionada culturalmente, es más accesible para la entrevista. Recordemos, sin embargo, que ya Tucídides decía con cierta amargura (al referir sus esfuerzos por historiar las guerras del Peloponeso), que se había topado con una ardua y compleja labor, puesto que los testigos presenciales de los mismos acontecimientos, daban versiones subjetivas: ya lo que recordaban, ya lo que querían hacer creer, ya lo que les convenía que se creyese.

Es por ello que se considera al entrevistador como un fiscal, que deberá poseer valor ante lo imprevisto, control sobre una situación diferente, etc. Conociendo a su sujeto, llegará en ciertos casos a emplear incluso la jerga del lenguaje propia del entrevistado y persuadirlo a que refiera todos los detalles, por más simples y poco importantes que éstos le

pudieran parecer y que a otros les podrán resultar reveladores.

Sin embargo, francamente debemos reconocer que la entrevista presupone riesgos: la mentira voluntaria, la distorsión de los hechos, o incluso la edad avanzada del sujeto entrevistado cuya memoria puede fallar, llevándole por consecuencia a un proceso selectivo, equivocado o deformado de los hechos que relata.

Persistirá siempre, por sobre todas las objeciones, estímulos, depuraciones y selecciones, la duda de haber llegado realmente a la verdad histórica.

Aunque el método de la entrevista es básicamente el elemento fundamental constitutivo de los acervos de historia oral, existen otras posibilidades secundarias: las mesas redondas, las conferencias, los monólogos espontáneos, las interpretaciones musicales improvisadas, los corridos populares trasmitidos de generación en generación, etc.

La historia oral, por otra parte tiene un compromiso tácito y urgente: rescatar el mayor número de materia verbal, que no se ha escrito, que no se escribirá, ya sea por circunstancias de educación, de tiempo, por escasez de posibilidades, por cuestiones de orden político, etc. Este material, llevado a la cinta magnetofónica preservará testimonios de valor indiscutible para el historiador. Baste como botón de muestra, imaginar lo que hubieran podido decir los soldados de la Conquista y los aztecas ya vencidos; o las experiencias que podrían relatar las huestes de Hidalgo; o el drama de los citadinos con la ocupación norteamericana del 47; o las experiencias de un soldado en el dramático proceso de la lucha revolucionaria.

Todos estos testimonios ahora perdidos, darían quizá una nueva imagen, una impresión distinta de la historia, que en parte podría enriquecerse, ya no tan sólo con la erudición de un historiador del pasado, de un cronista o de un narrador pretérito; sino que podríamos rehacer nuestra tarea histórica —que no es sino un deseo siempre insatisfecho por comprender la vivencia humana— en la versión del hombre

común, en sus sentimientos y emociones, desprovistos del bagaje que implica la cultura.

Tratando de ser objetivos, reconocemos que al plasmar en un papel nuestras ideas, éstas se transforman, puesto que domina nuestra intención de darles un sentido más literario que literal. Además, si se acepta la idea de que el historiador encuentra en su labor de búsqueda lo que realmente desea encontrar, el material utilizado tiene un valor subjetivo. Sin embargo, si este material se conserva *íntegro* permitirá a uno y otro estudioso del tema, ahora y mañana, observar, estudiar, analizar y comprender de manera diferente cada vez un mismo proceso histórico.

La historia oral implica una labor muy compleja y sumamente costosa. Aunque no todo el material pueda ser publicado luego de realizar una entrevista, ésta se debe transcribir y corregir, quizá pulir en parte, evitando que pierda su originalidad y autenticidad como testimonio; aunque sí permitiendo su mejor comprensión.

Generalmente las transcripciones se envían al sujeto entrevistado, quien muchas veces se sorprende de lo que dijo al calor de la plática; otras, puede añadir datos o corregir errores de fechas o de nombres, que incluso vienen a aumentar la información. Esto sucede especialmente con los individuos de edad avanzada, quienes creen haber dicho algo que no dijeron; al leer la transcripción pueden incorporar una nueva información.

Sin embargo, debe tomarse en cuenta un factor psicológico determinante en este campo y es que el sujeto informante generalmente desea conservar su intimidad. Por ello, en muchas ocasiones se realizan largas entrevistas, de días, de horas, de semanas incluso, en que podemos tomar notas pero en donde no podemos introducir una grabadora que auxiliaría en muchos nuestra labor y evitaría la ausencia de detalles, de errores o de olvidos.

Este es el verdadero problema con que se enfrenta el historiador que pretende enriquecer un acervo de historia oral: lograr que la gente, además de proporcionar información,

acepte "dejarse grabar", puesto que los apuntes, aunque casi sean textuales, nunca podrán resultar tan fieles como una grabación íntegra de la conversación.

Muchas veces, el obtener versiones inmediatas de los hechos ocurridos, evita la distorsión, los cambios, etc. Sin embargo, la entrevista, la grabación y la posible y eventual publicación, conducen a un problema legal. En ocasiones existe en el sujeto entrevistado temor a que se divulgue su información, y para ello tendremos que recurrir a remedios temporales, es decir, a la clausura temporal de una información, condición que, aunque no es del todo deseable, permite rescatar un material, de otra suerte, perdido.

Sólo brevemente mencionaremos el problema legal que aparece implícito.[5] Tres son fundamentalmente los casos que pueden afectar el buen desarrollo de esta nueva técnica histórica: *a)* la difamación; *b)* la violación de la vida privada del individuo entrevistado, y *c)* los derechos de autor, al publicarse la entrevista.

El entrevistado tiene definitivamente el derecho de decidir si acepta que su entrevista se publique o no; si la información que proporciona está abierta a un público en general, o si se destinara únicamente para uso de los investigadores. Puede también limitar algunas partes de la grabación, pero con todo, la información siempre se conservará y tendrá valor para futuras investigaciones.

Si al entrevistado se le hacen saber esos derechos con toda anticipación, se podrá evitar que surja su angustia, que dado el caso, le impediría adquirir confianza para comunicar hechos o incidentes; del otro modo, se propician mayor libertad, franqueza y espontaneidad en la entrevista.

Se le debe hacer saber igualmente, que podrá leer una copia transcrita de la entrevista y que la institución que rea-

[5] Aunque se refiere a las condiciones en los Estados Unidos, se recomienda la lectura de la ponencia de E. Douglas Hamilton en el 2º Coloquio Nacional de Historia Oral efectuado en 1967 en Harriman, Nueva York: *Oral history and the law of libel.* The Oral history Association, Nueva York, 1968, pp. 41-56.

liza la labor histórica, es sólida y con integridad moral, asegurando con ello que el material que proporcione no será mutilado o *tergiversado*. Asimismo se le dirá que ningún material será publicado sin su previo consentimiento.

En cuanto a las cintas grabadas en sí, se ha discutido mucho, especialmente en los coloquios de historia oral sostenidos en los Estados Unidos,[6] si ya transcrito el material, éste debe conservarse o borrarse, o conservar, quizá, una pequeña parte que identifique la voz del sujeto entrevistado. En cada proyecto de historia oral se han tomado medidas diferentes al respecto, dadas las posibilidades económicas y las de conservación física del material. Nosotros juzgamos que resulta mejor conservar las grabaciones íntegras, a manera de archivo sonoro, en las condiciones adecuadas para su preservación.

Desarrollo del campo de la historia oral en México

En el caso concreto de México, el origen de la historia oral se remonta a 1959, cuando el profesor Wigberto Jiménez Moreno, a la sazón jefe del Departamento de Investigaciones Históricas del Instituto Nacional de Antropología e Historia, decidió organizar un archivo sonoro, con objeto de recabar y preservar testimonios vivos de personajes destacados, tanto en el campo político como en el militar, durante la Revolución de 1910.

[6] El auge de la Historia Oral se pone de manifiesto si consideramos que ya se han celebrado cinco coloquios en esta especialidad; se ha integrado una Asociación de Historia Oral y de acuerdo con la información que ella proporciona, existen en los Estados Unidos 250 programas de historia oral en más de 70 instituciones académicas. La técnica empieza a difundirse en Canadá, Francia, Inglaterra e Israel. Asimismo, este vertiginoso desarrollo, ha llevado a los especialistas a considerar los primeros proyectos de que se incluya la filmación de la entrevista, proporcionando de esta manera una entrevista que llene los aspectos visuales y sonoros

Sin embargo, existía ya desde tiempo atrás un departamento de grabaciones en el Museo de Antropología, reorganizado por Thomas Stanford, así como una recopilación de música folklórica, realizada con gran acierto por Raúl Helmer, para el Instituto Nacional de Bellas Artes.

Más tarde, entre 1964 y 1965, James y Edna Wilkie hicieron una serie de entrevistas, que en forma de libro, fueron publicadas.[7] Debemos mencionar también los discos de la Universidad Nacional, conocidos como "Voz Viva de México", y, aunque con reservas, la reciente publicación de Píndaro Urióstegui.[8]

De manera esporádica también, han aparecido entrevistas o diálogos grabados en periódicos, revistas, etc. Sin embargo, no es sino hasta 1968, cuando el Archivo Sonoro del Departamento de Investigaciones Históricas, se reorganizó, de tal suerte que se pudo iniciar una intensiva labor de recopilación de material, dándose preferencia a los sobrevivientes de al gesta revolucionaria, puesto que el elemento tiempo, en estos casos, es fundamental.

Asimismo, aquel proyecto inicial se extendió a otros campos, ya que pudo comprobarse que el material de historia oral en nuestro país era tan rico como variado y que no podíamos restringirlo a la historia revolucionaria como tal, sino a buscar los elementos históricos generales que debían rescatarse.

7 JAMES W. WILKIE y EDNA MONZÓN DE WILKIE, *México, visto en el siglo XX. Entrevistas de historia oral,* Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, México, 1969.

8 PÍNDARO URIÓSTEGUI MIRANDA, *Testimonio del proceso revolucionario de México,* Argrin, El Autor, México, 1970. Se acusa en esta obra falta de técnica así como cierto descuido en la información complementaria, v. gr.: nombres, fechas, etc., y en general perpetúa la versión institucionalizada de la *Historia de la Revolución,* sin corregir ni aportar nada novedoso. Además, tuvimos la oportunidad de dialogar con uno de los entrevistados, el Sr. Nicolás Bernal, el cual nos aseguró que por lo menos la versión de él, fue corregida y mutilada. Todo lo cual invalida de base este trabajo.

Fue por ello, que empezaron a realizarse entrevistas sin un campo o especialidad definidos. Lo importante —juzgamos entonces— era el rescate del material para darle posteriormente una aplicación en el campo de la investigación histórica.

Se siguió pues, una política flexible en cuanto a las transcripciones y a las posibles publicaciones. Es por eso que aunque el acervo ha ido aumentando considerablemente, no todas las grabaciones se han transcrito ni mucho menos publicado; para esto último nos hemos visto forzados a emplear un criterio selectivo.

Desde 1970, se instituyó dentro de las publicaciones del INAH, una serie propia del Archivo Sonoro; [9] serie que pretende difundir este material histórico-informativo, no sólo entre profesionales, sino entre el público en general y particularmente entre los estudiantes. Ello nos decidió a publicarlos en forma de folletos de fácil adquisición, por su bajo costo, además de que consideramos que una publicación breve podría tener mayor posibilidad de ser leída, que un grueso volumen que reuniera varias entrevistas.

Cada entrevista publicada ha seguido la norma de llevar un prólogo introductorio que proporcione datos acerca del entrevistado, tratando de que éste se limite a informar y no a prejuiciar al lector. En los casos en que lo amerita, se han incluido datos aclaratorios, anexos y apéndices con documentos relacionados con la entrevista, o poco conocidos hasta entonces.

[9] La serie del Archivo Sonoro del INAH incluye: *Ernest Gruening, experiencias y comentarios sobre el México Post-Revolucionario* (entrevista por Eugenia Meyer). INAH. Archivo Sonoro 1, México, 1970. *Miguel Palomar y Vizcarra y su interpretación del conflicto religioso de 1926* (entrevista por Alicia Olivera de Bonfil). INAH, Archivo Sonoro 2, México, 1970. *Jesús Sotelo Inclán y sus conceptos sobre el movimiento zapatista* (entrevista por Alicia Olivera de Bonfil y Eugenia Meyer). INAH, Archivo Sonoro 3, México, 1970. *Gustavo Baz y sus juicios como revolucionario, médico y político* (entrevista por Alicia Olivera de Bonfil y Eugenia Meyer). INAH, Archivo Sonoro 4, México, 1971.

De acuerdo con nuestra experiencia, las entrevistas deben hacerse sin enviar con anticipación un cuestionario que delimitaría la espontaneidad y haría que el entrevistado estudiara sus respuestas. (Tal es, quizá, el defecto que sufren las entrevistas de los Wilkie. Resultan demasiado depuradas, demasiado estudiadas y a veces los criterios vertidos en ellas se antojan oficialistas.)

Aunque las limitaciones económicas (que parecen ser el común denominador de todos los proyectos de historia oral), no permitirían la transcripción y publicación de todo lo grabado, el material debe conservarse íntegramente. Ya habrá alguien que lo utilice, e incluso que lo reúna o seleccione eventualmente, produciendo libros tan importantes y valiosos como el de Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco,* que ella misma define como testimonio de historia oral,[10] este libro aunque es una recolección fragmentaria, permite reconstruir con acuciosidad un episodio importante de nuestra historia actual.

Considerando que uno de los problemas fundamentales de esta nueva manera de hacer historia es el de las relaciones públicas, el Archivo Sonoro busca su difusión y, especialmente, pretende lograr que los investigadores, profesores y estudiantes se interesen en él y deseen cooperar.

Somos conscientes de que la característica intrínseca del mexicano, es su actitud reticente, sin embargo, hay que luchar en contra de él. Cualquier conversación en el campo, en la ciudad, en la fábrica, en la universidad, en una reunión política o durante un paro sindical, puede venir a enriquecer nuestro acervo documental.

Se debe buscar, sobre todo, difundir los valores de la historia oral, considerando que ello será el paso definitivo para su divulgación y aplicación.

No ignoramos que mucha gente considera que es una absoluta pérdida de tiempo *hablar* a una máquina cuando

10 ELENA PONIATOWSKA, *La noche de Tlatelolco, testimonios de historia oral,* Ediciones Era, S. A., México, 1971.

"bien puedo escribir mucho mejor lo que pienso sobre algún asunto en particular".

La labor del historiador oral, debe ser la de intentar convencer al sujeto; sin embargo, en aquellas ocasiones en que éste se niegue (que no son escasas), debe aceptarse que el sujeto entrevistable escriba lo que desea comunicar, ya que aunque sólo sirva de complemento documental, es parte de la información que se logra rescatar.

Es indudable que la historia oral tiene errores y defectos y muchos aspectos "débiles", que pueden limitar su valor. Cuando los lectores leen las entrevistas, siempre surgen aquellos temas, aquellas preguntas o asuntos *que ellos* hubiesen preguntado y que al entrevistador se le escaparon.

Se critica también la forma casi literal en que se hacen las transcripciones. Esto sin duda —como se señaló anteriormente— está sujeto al afán de tratar de conservar con la mayor fidelidad posible el original, aunque carezca de un depurado estilo literario.

Sin embargo, aunque éstas han sido hasta hoy nuestras breves experiencias, existen infinidad de proyectos y de posibilidades. México es aún, por decirlo así, un campo inexplorado para la historia oral.

Perspectivas y posibilidades

El campo de la historia oral en México ha permanecido ignorado. Ya por negligencia, por franco repudio al método, o por rechazo a su validez, mucha gente se opone a utilizarlo porque piensa que lo que el entrevistado dice es una serie de mentiras, máxime que el tradicional carácter desconfiado del mexicano no le permite explayarse abiertamente.

Pero si consideramos a la historia oral como un medio y no como un fin, toda información que conduzca al conocimiento de *la verdad,* siempre relativa, es útil.

Las posibilidades son muchas, pero aquí sólo nos podemos referir a algunos de los proyectos planeados.

Recopilación de material folklórico.—Si aceptamos la definición que E. S. Hartland diera hace ya tiempo, de que "el folklore es la ciencia de la tradición oral", esto significa que en México existe un vasto material que debe recopilarse: grabaciones con gente del campo, con un albañil, con un herrero, con un obrero, etc., que seguramente ofrecerían un tipo de información valiosa y diferente. Existe aquí el caso ya común, de las dificultades para poder introducir una grabadora. Testigos constantes de esta dificultad son los antropólogos y sociólogos, quienes en el medio mexicano se enfrentan a diario con este tipo de obstáculos.

La tradición o manera de hacer la historia.—Este proyecto, iniciado hace tiempo, pretende rescatar impresiones, conceptos y mensajes de los historiadores ya formados; de las diversas generaciones de historiadores que han hecho historia, de cómo la han realizado y su opinión acerca de cómo debería hacerse. Estas opiniones, no fueron plasmadas en sus obras; no fueron transmitidas, y creemos que deben *perdurar* para ser leídas por las futuras generaciones de historiógrafos.

Otro proyecto aprobado, incluye la recopilación de material oral, que trata sobre la actual generación estudiantil universitaria; la que indiscutiblemente vive un momento de crisis. Generación cuyas opiniones quizá, de no ser grabadas, se perderían, sea porque al convertirse en profesionistas se enajenen en su campo, o porque pierdan interés en los sucesos pasados; o porque su mente al evolucionar tome rutas contrarias a la espontánea expresión de lo que ve y le entusiasma en el presente.

En el campo de la vida política de México, existe mucho material flotando en el ambiente; material que quizá mañana desaparezca. Es por ello que se ha pensado en grabar entrevistas con líderes políticos, representantes de diversos partidos, miembros del Senado, diputados a quienes pudiésemos entrevistar ahora y volver a hacerlo al finalizar su período, cuando posiblemente su criterio haya madurado y su situación haya cambiado; estableciendo entonces un método comparativo.

Otro de los proyectos, pretende realizar un rescate de material etnográfico, material que existe y se pierde día con día. En cuanto a este proyecto en concreto, la ayuda que los etnólogos puedan proporcionar resultaría fundamental.

Con todo, la historia oral nos proporciona un auxiliar esencialmente didáctico y resulta de primordial importancia dentro del campo de la historia biográfica, ya que combinando el relato autobiográfico con la historia nacional, se obtienen magníficos resultados.

Además, la historia oral pueden hacerla los estudiantes, periodistas, profesionistas, historiadores, etc., puesto que *no* se necesitan especialistas, sino simplemente gente con cierta cultura, interesada en preparar y documentar su entrevista, y aunque todo proyecto de historia oral debe tener como propósito último su publicación y difusión, comprendemos que esto es casi imposible. Sin embargo, el Archivo Sonoro pretende ser un fondo informativo y de consulta, por lo cual se ha organizado un catálogo que permita el servicio al público; así como un intercambio de material grabado con otros centros de la misma especialidad.

Debemos concluir por otra parte, que al introducir esta técnica en el campo de la investigación histórica en México, rescatamos la vieja tradición iniciada por Fray Bernardino de Sahagún, quien valiéndose de la entrevista con sus informantes, salvaguardó leyendas, mitos y el relato directo de los sucesos entre caciques, sacerdotes y ancianos, como fuente esencial de su obra; indiscutiblemente una de las más completas y valiosas de nuestra historiografía.

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

NUEVA SERIE

Títulos publicados:

1. Luis González, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia,* 368 pp.
2. Alejandra Moreno Toscano, *Geografía económica de México (siglo xvi),* 178 pp.
3. Jan Bazant, *Historia de la deuda exterior de México (1823-1946),* XII, 280 pp.
4. Enrique Florescano, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México (1708-1810),* xx, 256 pp.
5. Bernardo García Martínez, *El Marquesado del Valle. Tres siglos de régimen señorial en Nueva España,* XIV, 178 pp.
6. Javier Ocampo, *Las ideas de un día. El pueblo mexicano ante la consumación de su independencia,* x, 378 pp.
7. Álvaro Jara [Ed.], *Tierras nuevas. Expansión territorial y ocupación del suelo en América (siglos xvi-xix),* x, 142 pp.
8. Romeo Flores Caballero, *La contrarrevolución en la independencia. Los españoles en la vida política, social y económica de México (1804-1838),* 204 pp.
9. Josefina Vázquez de Knauth, *Nacionalismo y educación en México,* 294 pp.
10. Moisés González Navarro, *Raza y tierra. La guerra de castas y el henequén,* 240 pp.
11. Bernardo García Martínez *et al.* [Eds.], *Historia y sociedad en el mundo de habla española. Homenaje al maestro José Miranda.* x, 398 pp.
12. Berta Ulloa, *La revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos (1910-1914).* XII, 396 pp.
13. Jan Bazant, *Los bienes de la Iglesia en México. Aspectos económicos y sociales de la revolución liberal.* XIV, 366 pp.
14. Centro de Estudios Históricos, *Extremos de México, Homenaje a don Daniel Cosío Villegas.* x, 590 pp.

EL COLEGIO DE MÉXICO
DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
Guanajuato 125, México 7, D. F.

Revista de
HISTORIA DE AMÉRICA

Publicación semestral de la Comisión de Historia
del Instituto Panamericano de Geografía e Historia

Es distribuida en canje a las instituciones científicas

Suscripción anual: 7.00 dólares.

COMISIÓN DE HISTORIA DEL I. P. G. H.
Ex-Arzobispado Nº 29
México 18, D. F.

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.

CENTRO NACIONAL DE INFORMACIÓN SOBRE COMERCIO EXTERIOR

(establecido en septiembre de 1965)

El Centro Nacional de Información sobre Comercio Exterior ofrece a los exportadores mexicanos, sin costo alguno, los siguientes servicios:

información sobre oportunidades de exportación en todo el mundo.

asesoría sobre la elección de canales de distribución y contactos comerciales en el extranjero.

información sobre medios de transporte y costo de fletes y seguros.

asesoría sobre procedimientos de exportación y financiamiento de ventas al exterior.

El Centro Nacional de Información sobre Comercio Exterior distribuye gratuitamente un boletín quincenal *(Carta para los Exportadores)*, que puede solicitarse a las oficinas del Centro: